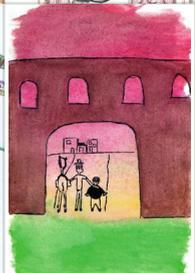
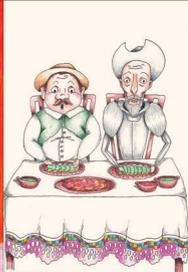
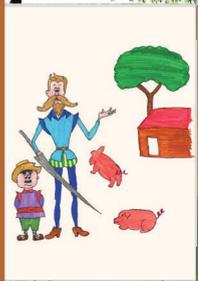
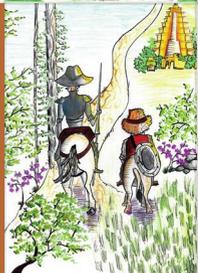


# EL QUINTO QUIJOTE

Escrito por escolares  
iberoamericanos





[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© Ayuntamiento de Alcalá de Henares. Concejalía de Educación  
© De esta edición:  
2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.  
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)  
Teléfono: 91 744 90 60

Printed in Spain - Impreso en España  
Edición no venal

**Coordinación Organización**

**Estados Iberoamericanos:**

Begoña Pérez Tabares

**Coordinador técnico:**

José Díaz Peña

**Equipo Concejalía de Educación**

**Universidad de Alcalá:**

Mario Martín Briss

Dirección Relaciones con Iberoamérica

**Coordinador literario:**

Santiago García-Clairac

**Tutores literarios:**

Santiago García-Clairac

Marinella Terzi

Maria Inés Almeida

Paula Bombara

Sebastian Pedrozo

Estela Franco

Mariana Ruiz

Weslwei García de Paulo

Edgar Alan García

John Fitzgerald Torres

Carlos Fong

Julio Serrano

Antonio Malpica

Pedro Cabiya

Claudia René Meyer

**Directora de la colección:**

Maite Malagón

**Edición:**

Yolanda Caja

**Dirección de Arte:**

José Crespo y Rosa Marín

**Proyecto gráfico:**

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de Sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# EL QUINTO QUIJOTE

---

Escrito por escolares  
Iberoamericanos



## Presentación de Javier Rodríguez Palacios

Alcalde de Alcalá de Henares

Queridos amigos y amigas que os habéis decidido a abrir este libro:

5

Después de varios años como alcalde de la ciudad de Alcalá de Henares, he estado en contacto con mis conciudadanos más pequeños permanentemente, y he aprendido –y sigo haciéndolo– algo importante de ellos; esto es, que lo que desde las instituciones y cargos mejor podemos hacer por ellos es impulsar iniciativas educativas que potencien, por un lado, el conocimiento, la conservación y la difusión del patrimonio de todos nosotros y, por otro, fomentar el hábito de la lecto-escritura.

Estoy convencido de que ambas les ayudarán a saber desenvolverse en la redes de la sociedad que les ha tocado vivir, y cuidar y fomentar el conocimiento de la ciudad en la que viven y sus personajes más importantes.

Este «Quijote Iberoamericano, Quinto Quijote» cumple con ambos objetivos de manera singular y transcendente.

Nuestro Cervantes, y por ende nuestros «Quijotes y Sanchos renacidos», trascienden fronteras sirviendo sus aventuras, con los matices propios de cada cultura, como nexo de unión entre escolares de catorce países hermanos, unidos por las nuevas andanzas inventadas por ellos, ayudados por sus

profesores y auxiliados cada grupo por un escritor de reconocido prestigio en literatura infantil y juvenil de cada Estado.

6 Me enorgullece colaborar en este nuevo proyecto, que continúa el éxito de sus precedentes, con la Organización de Estados Iberoamericanos, con D. Mariano Jabonero a la cabeza por su excelente trabajo de colaboración, y con todo su equipo por darnos la oportunidad de trabajar con todos los directores de la OEI, y sumar en un ejemplo colaborativo dirigido a aunar intereses e ilusiones compartidas.

Como decía en la presentación de anteriores ediciones, solo nos queda esperar que a este «Quijote Iberoamericano, Quinto Quijote» le sigan otros, y que tengamos la capacidad de seguir sumando esfuerzos, agregando nuevos lugares.

Si Cervantes es universal, el «Quijote» de nuestros escolares debe también serlo. Ojalá nuestros Quijote y Sancho continúen sus aventuras por toda Europa, Asia, África y hasta las antípodas...

Pensar, leer y escribir nos hace más libres y sobre todo mejores personas, por eso... ya estoy deseando leer las aventuras allá en el Big Ben, en la Muralla China, en la Estatua de la Libertad o en las pirámides de Egipto.

Mientras, disfrutemos de las aventuras en Iberoamérica...  
Continuad leyendo...

Javier Rodríguez Palacios  
*Alcalde de Alcalá de Henares*

## Presentación de Diana Díaz del Pozo

Concejala de Educación de Alcalá de Henares

«... sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese».

7

*D. Quijote de la Mancha, I parte, cap. VII.*

Y así, discretos, sin algarabías, comenzaron, comenzamos, nuestra tercera aventura. No sé si con estas breves palabras seré capaz de transmitir la emoción que siento presentando este *Quijote iberoamericano*. El tercero que pilotamos desde la Concejalía de Educación de Alcalá de Henares y que ve la luz gracias a la implicación de muchos actores, pero sobre todo a la imaginación de nuestros jóvenes y a la ayuda de sus profesores.

El compromiso de la Concejalía de Educación con los proyectos de lectoescritura se viene consolidando en los últimos años, de manera muy especial, con las ediciones del Tercer y Cuarto Quijote. Proyectos originales, que potencian la escritura creativa entre nuestros escolares; pero sobre todo proyectos colaborativos.

Así ha vuelto a ser este *Quinto Quijote*, el iberoamericano. Una obra nutrida por la riqueza lingüística de los escolares de aquí, de nuestra querida Alcalá de Henares, y de allá, de ese

continente americano al que a veces miramos menos de lo que debiéramos. Un Quijote en el que se han unido diferentes visiones y formas de escribir las aventuras de los dos personajes que nos unen a todos los iberoamericanos alrededor de nuestra obra más universal.

8 Y, por supuesto, una obra que solo se puede realizar desde la colaboración, establecida entre nuestro Ayuntamiento y la Organización de Estados Iberoamericanos. Imposible llevar a cabo esta obra sin el entusiasmo de su director general, D. Mariano Jabonero, y de todos los directores de los países participantes, que hicieron suyo el proyecto desde el primer momento y continuaron la labor de crear esas aventuras quijotescas transoceánicas, así como de Santiago García-Clairac, gran escritor y amigo de Alcalá, que coordinó la literatura de todos los países, y de Maite Malagón, directora de Loqueleo, el sello de literatura infantil y juvenil de Santillana, que ha dado luz y brillo a todo el conjunto del trabajo.

Ya lo decía nuestro alegre Sancho Panza a su mujer Teresa: «... *El que no sabe gozar de la aventura cuando le viene, no se debe quejar si se le pasa*». ¡Y vaya si la hemos gozado! Hemos conseguido aunar esfuerzos y unir en un fin educativo a más de trescientas personas de catorce países.

Solo puedo terminar con dos afirmaciones, reconociendo la labor del equipo de la Concejalía de Educación, sin cuyo concurso todo esto hubiera sido imposible, y animándole, querido lector, a que se sumerja en este libro, porque no le dejará indiferente.

Diana Díaz del Pozo

*Concejala de Educación, Hacienda y Patrimonio Histórico*

## Prólogo de José María Merino

Miembro de la Real Academia Española

No es la primera vez que cuento que mi padre era muy aficionado al *Quijote* y a todo lo quijotesco, y que conservo una figura en bronce del Ingenioso Hidalgo y Caballero alanceando al molino, de estimable envergadura, que él tenía entre sus libros cervantinos, así como varias ilustraciones del caballero y su escudero que también he heredado.

9

Sin embargo, como también he contado en otras ocasiones, yo de niño no podía comprender cómo mi padre podía admirar tanto a un héroe que solía perder todos los combates, a quien molían a palos o le cortaban una oreja... Yo leía, por obligación escolar, alguna de aquellas ediciones infantiles del *Quijote* que reducían las aventuras del caballero a los aspectos más simples, y tampoco me hacían demasiada gracia...

Tuve que llegar a jovencito para leer por primera vez el *Quijote*, entender su sustancia y quedar fascinado, porque, entre otras cosas, descubrí que se puede ser *vencido*, sin que eso signifique en lo hondo ser *derrotado*. Y también descubrí, más adelante, que esa experiencia te introduce en el sentimiento de eso que llamamos melancolía.

El caso es que, a lo largo de la vida, he releído a fondo el *Quijote* unas cuantas veces, dedicándole tiempo, hasta el punto de que, la última, se me ocurrió la no sé si peregrina idea de escribir un libro sobre ello, titulado *A través del Quijote*. Y así lo hice, siguiendo capítulo tras capítulo su Primera Parte, luego el libro de Avellaneda, y por último su Segunda Parte. Incluí el libro del felón y tordesillesco autor porque completa sin duda la comprensión del *Quijote* verdadero... Y, aparte de seguir el hilo de los *Quijotes* y sus sucesivos capítulos, introduje en mi travesía un par de tramas novelescas, numerosos cuentos y minicuentos, ciertos ensayitos, etc.

Ya cuando leí el *Quijote* por primera vez, hace tantos años, descubrí que había servido de modelo a muchas de las novelas juveniles que yo había conocido antes con mucho placer. Pondré como ejemplo *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, en la que el quijotesco Phileas Fogg y el sanchopancesco Jean Passepartout recorren el mundo en una aventura que no se caracteriza solo por la lucha contra el tiempo, sino también por los numerosos tuerfos que enderezan... Y recordé a Huckleberry Finn, huyendo con el esclavo Jim por el Misisipí, o a ese personaje tan quijotesco, también de Mark Twain, llamado Tom Sawyer... Y recordé al *Kim de la India* que inventó Rudyard Kipling, ayudando al lama en la quijotesca búsqueda del «río de la flecha»... En fin, supe entonces que el *Quijote* había sido la referencia arquetípica y mítica de mucha narrativa, y luego fui conociendo que también fue base y referencia para numerosos estudios y otros tantos libros inclasificables, cuya asombrosa abundancia he podido ir comprobando a lo largo de la vida...

Lo sorprendente es cómo la novela de Miguel de Cervantes ha ido suscitando en tanta gente la idea de escribir sobre ella, dando origen a textos muy interesantes, pero también a bastantes propuestas pintorescas. En mi libro citado, *A través del Quijote*, uno de los personajes, el profesor Souto, dice con humor lo siguiente:

*«El Quijote es una cadena de alucinaciones recurrentes. No sé si eso está relacionado con un tema tan español como el del soñador soñado, o la vida como sueño... Dejando aparte a don Quijote, que vive la alucinación sin reservas, Sancho, por ejemplo, acaba entrando en ella, se cree muchas cosas de las que su amo habla, llega a pensar que podrá ser rey de Micomicón para vender como esclavos a sus súbditos... Y muchos personajes de las novelas incrustadas en el libro son presa de graves delirios: ese Grisóstomo acosador de Marcela, que acaba suicidándose por el desdén de ella; ese Cardenio a quien le entra la locura montaraz y se dedica a agredir a los pacíficos pastores; Anselmo en el delirio de pretender que su amigo Lotario seduzca a su mujer Camila... Pero, además, ¿es que el bachiller Sansón Carrasco no está desvariando caballerescamente en su empeño de derrotar a don Quijote y hacerlo volver a la aldea? Y si seguimos con alucinaciones, el cura, tan razonable, está alucinando cuando piensa disfrazarse de dama para ir a rescatar a don Quijote de Sierra Morena, o los duques, con la que montan para reírse del caballero y del escudero, o la propia Altisidora, a quien los rechazos de don Quijote también le hacen ofuscarse, o doña Rodríguez, convencida de que, igual que don Quijote, está viviendo una verdadera historia novelesca... La Zoraida que viene con el cautivo leonés es otra zumbada por la fe cristiana, como el morisco Ricote, en su loca aventura en busca del tesoro, o su hija Ana Félix, disfrazada de hombre, que ha dejado a su enamorado Gregorio en Berbería*

*disfrazado de mujer... Hasta don Antonio Moreno, el de la cabeza encantada, es un enajenado. La alucinación es la materia sustantiva del libro...».*

12

Estas «alucinaciones recurrentes», a las que se refiere el profesor Souto, nunca se desvanecerán, porque el *Quijote* tiene innumerables virtudes: por ejemplo, la de haber inventado la presencia de un narrador cómplice en una renovada voz narrativa -«*Desocupado lector, sin juramento me podrás creer...*»- que nos habla con toda naturalidad e ironía desde dentro del propio libro, y que ya ha quedado incorporada al género novelesco; la del perfil y redondeo de los personajes, como el de don Quijote y el de Sancho Panza, de una forma también magistral para la historia de la Literatura, porque creó los primeros personajes «modernos»; la de mostrarnos la cantidad de facetas que puede conseguir la variedad en el discurso dramático, etc., etc.

Pero ahora me interesa, sobre todo, señalar una misteriosa virtud: la de estimular, también desde cierta «alucinación» tan peculiar como positiva, escritos, teóricos o narrativos, relacionados con la propia obra cervantina, lo que justifica el hecho de que el *Quijote* sea el libro de ficción más leído de la historia. Esa sería la justificación estética y moral del libro de mi autoría del que antes ha hablado... y en ese espacio imaginativo del estímulo quijotesco entraría este *Quijote iberoamericano*, que prologo como académico de la RAE, siguiendo una tradición marcada desde *El tercer Quijote*, dentro de un programa ya desarrollado en varios libros anteriores y apoyado por la Concejalía de Educación del Ayuntamiento de Alcalá de Henares.

Promover la invención y la escritura -y la ilustración-, por parte de escolares jóvenes, de un libro que tiene como supuesta referencia nuevas aventuras quijotescas -lo que debe suponer la inteligente lectura del original-, requiere comprometer en el asunto, sobre todo, al profesorado de ese ámbito escolar. Pienso que sin el profesorado es difícil acercar a los más jóvenes al *Quijote*, que por su venerable antigüedad puede parecer, antes de entrar en él, una obra muy compleja, poco inteligible y menos estimulante para gente de poca edad y sin demasiada experiencia lectora... Por eso creo que, para el conocimiento de los textos clásicos, y no digamos del *Quijote*, el papel docente no solo es fundamental, sino imprescindible. Sin un profesorado que ame el *Quijote* y que tenga la destreza y la sensibilidad necesarias para transmitir ese amor de forma eficaz, el alumnado puede pensar, como yo de niño, que las aventuras del Ingenioso Hidalgo y Caballero y de su escudero son algo extraño y grotesco.

Por otra parte, implicar en el proyecto a personas relacionadas con el mundo de la escritura de ficciones es también fundamental, por el magisterio práctico, material, que sin duda van a desarrollar. Quien fabrica ficciones suele tener un conocimiento especial de este imprescindible campo del «pensamiento simbólico»...

Por último, involucrar en el proyecto a alumnado no solo español, sino de países del «espacio iberoamericano», me parece una feliz idea, pues muchos de los que hablamos el español no somos conscientes de su dimensión planetaria -¡ya somos cerca de 600 millones!- y está claro que el portugués es una lengua tan cercana que su íntima relación con el gallego la comunica sutil y claramente con el mundo hispánico.

Por eso me parece un acierto pedagógico que, tras los «cuatro» primeros *Quijotes*, que tenían como escenario solamente el territorio español, estas nuevas aventuras se inicien en Portugal antes de pasar al Nuevo Mundo, incidiendo en cierta materialización de ese «iberismo» que sigue pendiente, y del que soy totalmente partidario, pues me parece un error que los dos países que pueblan este espacio telúrico tan peculiar en el planeta como lo es la península ibérica, no hayamos establecido todavía entre nosotros unos lazos políticos más firmes y profundos que el europeísta, con todo lo bueno que este tiene para nosotros... E integrar también, dentro del sistema escolar, el mundo iberoamericano, en un proyecto tan lleno de participaciones colectivas, es ayudar a convertir el *Quijote* en un sólido elemento de comunidad cultural.

En el libro, las aventuras del Ingenioso Hidalgo y Caballero y de su escudero parten de Alcalá de Henares y, tras atravesar el océano, recorren, después de Portugal, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Brasil -de nuevo en el campo de la lengua portuguesa- Ecuador, Colombia, Panamá, Guatemala, México, la República Dominicana y El Salvador, antes de regresar al punto de salida.

La *alucinación* hará que Dulcinea pueda estar trabajando como profesora en algunos de los lugares, que el caballero y su escudero encuentren El Dorado, que se topen con dragones y otros seres misteriosos, pero también que conozcan culturas autóctonas, con sus lenguas propias, y que en el transcurso de la aventura vivan experiencias para ellos distópicas, como viajar en metro o conocer las grandes carreteras cargadas de vehículos motorizados. El viaje permite incluso al lector una conmovedora experiencia más allá de lo literario, que es conocer

el nombre de Cleidi Sucely Fuentes Solís, una estudiante guatemalteca que falleció durante el trabajo del grupo que elaboró el capítulo XII.

Miguel de Cervantes no pudo encontrar sitio en el Nuevo Mundo, pero sin duda este tipo de programas forma parte, simbólicamente, de aquella aspiración, y hace más sólida una hermandad cuya consolidación es buena y rentable para todos los que somos españoles, portugueses e iberoamericanos.

José María Merino

*Miembro de la Real Academia Española*



## El Quijote en Iberoamérica

17

Miguel de Cervantes no viajó a América, como solicitó al presidente del Consejo de Indias, en pago a los servicios prestados al rey. En la negativa a esta súplica, encontramos hoy una feliz oportunidad, al poder leer su famosa novela, escrita después de ese deseo frustrado.

En 1605, el *Quijote*, la obra maestra de Cervantes, ya en forma de libros y hurtando la censura de la Inquisición, viaja a América, en concreto a Lima y a México, primero en las bodegas de galeones que cubrieron travesías procelosas y después a lomos de caballerías. Las aventuras de don Quijote pronto se hicieron populares en toda una Iberoamérica que hoy comparte una lengua común: somos más de 500 millones de personas los que utilizamos una lengua que, en palabras del nicaragüense Sergio Ramírez, atraviesa pampas, cordilleras, glaciares y desiertos, ríos y selvas, Antillas y grandes ciudades como son Buenos Aires, Bogotá, Madrid, México o Nueva York.

Una lengua que nos hace ser parte de una comunidad iberoamericana y un don Quijote que Rubén Darío o Miguel de Unamuno ya situaron en América, porque no solo forma parte de nuestra historia, cultura y lengua comunes, sino de nuestra manera de ver el mundo e interpretar la vida como iberoamericanos.

Teníamos todas las razones para sumarnos a este proyecto: las históricas, ya expuestas, y la trayectoria de este proyecto felizmente promovido por el Ayuntamiento de Alcalá de Henares, y su Concejalía de Educación, a quienes felicitamos.

La excelente acogida que ha tenido la iniciativa nos llena de orgullo y anima a seguir adelante. En esta quinta edición del *Quijote*, primera iberoamericana, han participado 230 escolares de trece países: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Portugal, República Dominicana y Uruguay.

18

Este es un proyecto que sirve para entendernos, para promocionar el gusto por la lectura, para sentirnos parte de una comunidad y, en fin, para generar relaciones de cooperación entre administraciones públicas, centros educativos, docentes y familias y para reconocer y recordar al ilustre alcalaíno, D. Miguel de Cervantes.

El apoyo de la Concejalía de Educación del Ayuntamiento de Alcalá de Henares, junto con la Secretaría General de la OEI y las dieciocho oficinas de nuestra organización establecidas en otros tantos países iberoamericanos y, sobre todo, el entusiasmo de los docentes y alumnos que han participado, ha hecho posible el éxito de esta primera edición del *Quijote iberoamericano*. Para todos, nuestro mayor reconocimiento y gratitud y ofrecimiento para seguir participando en futuras ediciones.

Mariano Jabonero Blanco  
*Secretario General de la OEI*

# Índice

<b>CAPÍTULO I. DE CUANDO DON QUIJOTE TOMÓ UNA GRAN DECISIÓN .....</b>	<b>27</b>
---	-----------

**Autor:** Santiago García-Clairac

<b>CAPÍTULO II. DE CUANDO DON QUIJOTE Y SANCHO SE ARMAN DE VALOR Y RECUPERAN EL ANSIADO LIBRO .....</b>	<b>35</b>
---	-----------

IES Alonso Quijano

Alcalá de Henares. España

**Tutor literario:** Santiago García-Clairac

<b>CAPÍTULO III. QUE TRATA DA (POUCO CONHECIDA) PASSAGEM DE DOM QUIXOTE POR ELVAS E DAS AVENTURAS COM UMA FEITICEIRA CRUEL NUM AQUEDUTO AMALDIÇOADO E COMO A AMIZADE VENCE O MEDO .....</b>	<b>49</b>
---	-----------

Escola Básica de Vila Boim

Elvas. Portugal

**Tutora literaria:** Maria Inês Almeida

**CAPÍTULO IV. DONDE SE CUENTA EL VIAJE  
QUE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA EMPRENDIERON  
HACIA LAS TOLDERÍAS DEL SUR DE AMÉRICA  
Y DE LO QUE ALLÍ ACONTECIÓ ..... 59**

Instituto San Francisco de Asís

Azul. Argentina

**Tutora literaria:** Paula Bombara

**CAPÍTULO V. QUE TRATA DE LAS AVENTURAS  
DE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA EN LA CIUDAD  
DE MONTEVIDEO, LUEGO DE CONOCER A MIGUEL ..... 73**

Liceo 26 «Liber Falco»

Montevideo. Uruguay

**Tutor literario:** Sebastian Pedrozo

**CAPÍTULO VI. DONDE SE CUENTAN LAS RAZONES QUE PASÓ  
SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIJOTE, CON OTRAS  
AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS ..... 85**

Colegio Nacional de Enseñanza Media Diversificada Presidente Franco

Asunción. Paraguay

**Tutora literaria:** Estela Franco

**CAPÍTULO VII. EN DONDE DON QUIJOTE DE LA MANCHA  
VISITA BOLIVIA..... 97**

Unidad Educativa Hernando Siles Reyes

La Paz. Bolivia

**Tutora literaria:** Mariana Ruiz

**CAPÍTULO VIII. AS AVENTURAS DE DOM QUIXOTE  
NO BRASILIA ..... 107**

Centro Educacional 416 de Santa Maria

Brasilia. Brasil

**Tutor literario:** Weslwei García de Paulo

**CAPÍTULO IX. DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL CABALLERO DE LA  
TRISTE FIGURA CON DOS PERSONAJES LLEGADOS DE OTRO  
TIEMPO Y ESPACIO..... 121**

Centro Unidad Policía Nacional

Ecuador

**Tutor literario:** Edgar Alan García

**CAPÍTULO X. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A QUIJOTE  
Y SANCHO EN TIERRAS DEL NUEVO REINO EN BUSCA  
DE LA CIUDAD DE ORO LLAMADA EL DORADO, Y DE CÓMO  
LOGRARON PROTEGER EL SECRETO DE SU EXISTENCIA ... 129**

Colegio Instituto Técnico Distrital Juan del Corral

Bogotá. Colombia

**Tutor literario:** John Fitzgerald Torres

**CAPÍTULO XI. DE LOS SUCECOS DIVERTIDOS Y EXTRAÑOS DEL HIDALGO DON QUIJOTE Y SU FANTASIOSA AVENTURA EN PANAMÁ Y OTRAS COSAS DIGNAS DE SABERSE..... 143**

Centro Educativo de Formación Integral Nuestra Señora de la Merced  
Panamá

**Tutor literario:** Carlos Fong

**CAPÍTULO XII. DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA LLEGAN A GUATEMALA A BUSCAR A CLEIDI, LA DONCELLA QUE APARECIÓ EN SU SUEÑO ..... 161**

INED Telesecundaria S. Miguel.  
San Miguel de las Casitas. Guatemala

**Tutor literario:** Julio Serrano

**CAPÍTULO XIII. QUE HABLA DE CUANDO DON QUIJOTE Y SANCHO, AL CONOCER NUEVAS COMIDAS, SE ENTERAN DE LA EXISTENCIA DE LOS AJOLOTES, Y DESPUÉS SALVAN A UN PUEBLO Y A SUS ANIMALES DE UN CRUEL DESTINO..... 173**

Escuela de Secundaria Técnica N.º 45 Ignacio Manuel Altamirano  
Ciudad de México. México

**Tutor literario:** Antonio Malpica

**CAPÍTULO XIV. DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO ATRAVIESAN LA ZONA COLONIAL DE SANTO DOMINGO Y DESCUBREN LA MÁS FANTÁSTICA DE TODAS LAS HECHICERÍAS EN UN LICEO DE LA CALLE JUAN SOCORRO SÁNCHEZ..... 185**

Liceo escuela Ntra. Sra. del Carmen  
Sto. Domingo. República Dominicana

**Tutor literario:** Pedro Cabiya

**CAPÍTULO XV. DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA  
CORRIGIERON LAS INJUSTICIAS DEL CAPATAZ  
DE LAS PORQUERIZAS DE UN CONDADO ..... 199**

Centro Escolar Caserío Las Lajas

San Salvador. El Salvador

**Tutora literaria:** Claudia Reneé Meyer

**CAPÍTULO XVI. DE CUANDO DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA  
REGRESAN DE SU VIAJE POR IBEROAMÉRICA Y LLEGAN A LA  
CIUDAD DE ALCALÁ DE HENARES ..... 213**

Colegio Gredos San Diego de Alcalá

Alcalá de Henares. España

**Tutor literario:** Santiago García-Clairac

**CAPÍTULO XVII. DE CUANDO DON QUIJOTE Y SANCHO RE-  
GRESARON FINALMENTE A SU HOGAR..... 225**

**Autora:** Marinella Terzi



# Recorrido

ESPAÑA Y  
PORTUGAL / IDA

HACIENDA  
CAP 1

ALCALÁ  
CAP 2

PORTUGAL  
CAP 3



ESPAÑA  
VUELTA

ALCALÁ  
CAP 16

HACIENDA  
CAP 17



# Capítulo I

De cuando don Quijote  
tomó una gran decisión

**Autor**

Santiago García-Clairac



## Capítulo I

### De cuando don Quijote tomó una gran decisión

Don Quijote salió corriendo de la biblioteca de su hacienda. Bajó los escalones de dos en dos, cruzó el patio y entró como un rayo en las caballerizas:

29

—¡Amigo Sancho! —exclamó, llamando la atención de su fiel escudero, que se sorprendió de ver a su señor en semejante estado de excitación—. ¡Nos vamos de aventuras!

Sancho Panza, el fiel escudero, que conocía muy bien los prontos de su señor, siguió limpiando su burro, como si tal cosa.

—Es la hora de la siesta, mi señor, es la hora del descanso.

—¿No me has oído? ¡Nos vamos de aventuras!

—Os recuerdo que ya hemos recorrido casi toda la Península. No creo que nos quede nada nuevo por ver —dijo Sancho en tono apático.

—¡He descubierto un mundo nuevo en el que podremos vivir grandes aventuras!

Sancho se interesó por las palabras de su señor:

—¿Qué mundo es ese? ¿El de los sueños?

—¡Las Américas, amigo Sancho, las Américas!

—Pero eso está muy lejos. Está... en las Américas.

—Claro, eso es lo que digo. Cruzaremos el mar y nos adentraremos en un mundo fantástico.

—¿Qué pintamos nosotros en ese lugar?

—Conoceremos nuevas gentes, nuevas costumbres, nuevas culturas... ¿No lo comprendes, amigo Sancho?

—Lo único que comprendo, mi señor don Quijote, es que mi mujer se pondrá hecha una fiera si le digo que voy a cruzar el charco para irme de aventuras con vos. ¿Quién labrará las tierras? ¿Quién recogerá las cosechas?

—Deja de quejarte y mira esto —dijo el caballero de la triste figura, mientras desenrollaba el pergamino que llevaba entre las manos y lo extendía sobre la pared.

30

—Según este mapa hay un montón de países esperándonos... Mira, Argentina, Bolivia, Guatemala, Panamá, México... Los recorreremos todos y repararemos las injusticias que encontremos a nuestro paso, que seguro serán muchas.

Sancho observó el mapa y tuvo que reconocer que lo que su señor le proponía resultaba deslumbrante, pero su habitual prudencia le impedía aceptarlo abiertamente.

—Quizá no nos convenga meternos donde no nos llaman —dijo receloso—. Puede ser muy peligroso para nuestra salud entrometernos en la vida de esas gentes.

—Lo malo para nuestra salud es quedarnos aquí, sin hacer nada —le reconvino don Quijote—. Somos aventureros y no podemos perder esta ocasión de conocer una parte del mundo de la que todo el mundo habla pero casi nadie conoce.

—Se cuentan cosas extrañas de ese continente. Mi instinto me dice que es mucho mejor leer libros sobre esos países que jugarnos la vida por nada.

—¿Por nada? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Conocer nuevas culturas es jugarse la vida por nada? —Don Quijote se acercó a la puerta y, antes de salir, añadió—: Me has defraudado, amigo Sancho. Si así lo prefieres, partiré solo mientras tú te

quedas aquí, cuidando de la hacienda. Adiós, Sancho. Mañana partiré solo. Te escribiré cuando llegue para contarte mis aventuras y desventuras.

Cuando se quedó solo, Sancho Panza siguió limpiando su querido asno.

—El señor Quijote está loco. Eso le pasa por leer tanto. Y ahora que ha encontrado ese mapa, vaya usted a saber en qué acabará todo esto. ¡Las Américas! ¡Está completamente loco! ¿Qué se nos ha perdido a nosotros allí? Puede que haya oro, pero la vida es más valiosa. ¿Quién quiere conocer nuevas culturas mientras la cosecha de la patata está a punto para ser recogida?

31

El burro le escuchó impasible. También estaba acostumbrado a atender las locuras de don Quijote y las prudencias de Sancho. A él le daba igual irse de aventuras que quedarse en la hacienda. Al fin y al cabo, siempre le tocaba llevar la carga de Sancho, que no era pequeña, desde luego.

Sin embargo, Sancho no pudo dormir esa noche, y no fue a causa de una pesada cena, ya que apenas comió. Las palabras de su señor se habían colado en su imaginación y se agarraron a sus sueños... Grandes cascadas, tierras infinitas, animales exóticos, lluvias torrenciales, bosques profundos repletos de animales desconocidos, tierras nevadas, volcanes, tribus que hablaban lenguas extrañas, dioses desconocidos, ciudades de oro...

Al día siguiente, Sancho se despertó con una nueva ilusión desconocida para él. La sensatez que siempre le había acompañado a lo largo de toda su vida había desaparecido. De alguna manera, se sintió un hombre nuevo.

Las palabras de don Quijote se habían colado en su alma y le habían transformado por completo.

Mientras desayunaba, se despidió de su mujer y de su hijo. Les comentó que iba a emprender un viaje sin igual, que iba a cruzar el mar y que iba a descubrir un mundo nuevo y fantástico.

—Ese viejo loco te ha vuelto a enredar —concluyó la mujer de Sancho—. Estáis locos de atar. Espero que, cuando vuelvas de ese viaje, te acuerdes de nosotros y traigas algo de dinero. O de oro, que también nos interesa.

Sancho, que entendió que su mujer le daba permiso para partir, sonrió como un niño al que acababan de autorizar a subirse a una piñata, o a tirarse al río o a hacer una locura.

32

Cuando el sol estaba en lo más alto del cielo, momento peligroso para mentes calenturientas, don Quijote salió de su hacienda, montando en su fiel caballo Rocinante, cargado de ilusiones y deseos de aventuras. Ante él se extendía el territorio de La Mancha, cabalgaba dispuesto a conocer ese nuevo mundo del que tanto había oído hablar y sobre el que tantos libros había leído.

Al llegar a un repecho del terreno, una figura le cerró el paso:

—Amigo Sancho, ¿qué haces aquí?

—¿No pensaréis que os vais a marchar sin mí?

—Me alegra saber que estás dispuesto a conocer ese mundo maravilloso del que te he hablado.

—No corráis tanto, mi señor. Tenemos que hablar de las condiciones. Necesitaré ganar dinero.

—Vas a ganar mucho más que dinero, querido escudero. Vas a cambiar tu visión del mundo.

—Pero con eso no se come. ¿Cuánto voy a percibir?

Don Quijote tardó un rato en contestar.

—Recibirás una décima parte de lo que consigamos.

—Eso es poco. Quiero la mitad.

—Aceptado —respondió el hidalgo caballero—. La mitad de lo que consigamos. La mitad del dinero, del oro, de los golpes, de las palizas, de los títulos y de todo lo que obtengamos.

Sancho decidió no discutir con su señor. Le conocía de sobra y sabía que recibiría más golpes que dinero. Pero no era el momento de debatir.

—¿A dónde nos dirigimos? —quiso saber—. ¿Dónde empezará nuestra aventura?

—Iremos a Alcalá de Henares —indicó don Quijote—. Es el mejor punto de partida. Allí nació don Miguel de Cervantes y de allí salen los aventureros. No hay mejor lugar para emprender grandes hazañas, como las que nos esperan.

Mientras cabalgaban, los dos ilusos compañeros, hablaban de las aventuras que iban a vivir, llenándose la cabeza de ilusiones.

—Algo de oro encontraremos, supongo yo —dijo Sancho—. A mi mujer le encantaría que le llevara un carro lleno.

—El oro es una gran motivación —respondió don Quijote—. Muchos han partido pensando en enriquecerse, pero se han equivocado. Tienes que saber, amigo Sancho, que el oro es una fantasía. La imaginación, la curiosidad y el saber son valores mucho más sólidos.

—Lo sé, pero no se pueden comer —le reprendió el más fiel escudero que jamás haya existido—. Mi mujer espera recibir algo.

—Lo que no se puede comer es el oro —replicó sabiamente el más noble, iluso y fantástico caballero que haya existido—. Lo que alimenta a los hombres es la ilusión.

Pocos días después, cruzaban la muralla de Alcalá de Henares, su primera escala.



## Capítulo II

De cuando don Quijote  
y Sancho se arman de valor  
y recuperan el ansiado libro

IES Alonso Quijano  
Alcalá de Henares. España

**Tutor literario**  
Santiago García-Clairac



## Profesorado

Dorita Lázaro Arbués  
Beatriz Fernández Ozalla  
Ramiro Villar Ruíz

## Alumnado

Diego Abellán Parellada  
Andrea Alcalá Sánchez  
Melany Desiree Andrade Peralta  
Alina Gabriela Butnicu  
Silvia Cáceres Bello  
María Calleja Pastor  
Laura De Heras Carmona  
Marcos Delgado Bolívar  
Lucía Escribano Tablero  
Airin Fornes Ruano  
María García Pavón  
Diego Giménez Álamo  
Aitor Gómez Gómez  
Nicolai Goncharyk  
Kriss Gabriel Hernández Machado  
Victoria Ivanchuk  
Alba Luna Rodríguez  
Salvador Luque Talero  
Blanca Macías Herráiz  
Tomás Martín Brea  
Carlos Mata Marco  
Jesús Mata Marco  
Lucía Gabriela Mora Hurtado  
Davinia Pop Marcus  
Rubén Rodríguez Torres  
Valentina Sánchez Araque  
Víctor Sánchez Husson  
David Sánchez-Mellado Alfonso  
Ainhoa Sanz Calderón  
Cristian Stan  
Andrei Eduard Tudoran  
Ainhoa Yuste Hernández



## Capítulo II

### De cuando don Quijote y Sancho se arman de valor y recuperan el ansiado libro

Un día, esta vez en un lugar llamado Alcalá de Henares, en una acogedora casa, ocurrió algo.

39

Un antiguo guerrero, cuyo nombre era Miguel de Cervantes, que de caballero pasó a escritor, buscaba angustiado y desesperado lo que él decía que era su gran obra maestra.

Entre pesar y tristeza al ver que su libro no estaba, encontró una carta. Cervantes abrió frustrado la carta rompiendo el caro papel que la envolvía: «No busquéis el libro, porque ya no está en vuestro poder. Lo tengo yo. Ja, ja, ja».

Junto a la carta había una sutil y elegante pluma con una M bordada.

En un suspiro llamaron a la puerta. Al abrirla, se encontró con dos caras conocidas. Los miró sorprendido, ya que eran los protagonistas de su propio libro: don Quijote y Sancho Panza.

El primero, con aire de importancia, declaró:

—Buenos días, mi señor. Soy un famoso caballero y este es mi fiel escudero. Nos preguntamos si vos necesitáis de nuestra ayuda. Nosotros, como es nuestro deber, estaremos a vuestro servicio.

Cervantes no podía creerlo. Sus creaciones habían aparecido en su casa cuando le hacían falta:

—Por supuesto que os necesito, justo ahora he tenido un grave problema.

Cervantes les contó lo que pasaba y les explicó que esas plumas solamente las fabricaban en una tienda en una calle no muy lejos.

Don Quijote enseguida aceptó ayudarlo:

—No os preocupéis. La encontraremos

Al llegar a la calle Colegios, don Quijote y Sancho se encontraron frente a una pequeña edificación. La fachada estaba desgastada, llena de grietas, se veía que no había sido restaurada desde hacía ya mucho tiempo.

40 —¿Estás seguro que este es el lugar? —preguntó Quijote, mirando a Sancho con una expresión de asombro y extrañeza a la vez.

—Sí, esta es la dirección —respondió Sancho mirando fijamente la estructura.

Ambos se dirigieron a la entrada, y se detuvieron frente a una vieja puerta de madera que sostenía un letrero: «Tienda de plumas» en letra casi ilegible. Llamaron a la puerta, pero nadie respondió, por lo que decidieron abrirla. La puerta rechinó, y el eco que causó retumbó tanto en el interior del establecimiento como en sus oídos. Al entrar, el olor a tinta y a polvo que desprendía el lugar les abofeteó las narices. Examinaron el interior de arriba abajo con la mirada. El lugar estaba lleno de velas que iluminaban y aportaban calidez al ambiente; de las paredes colgaba una gran colección de plumeros de todos los estilos, tamaños y formas, y que, por su originalidad, parecían tener un gran valor; miles de pequeñas cajas rectangulares decoraban hasta el rincón más pequeño del negocio, montadas en pilas unas sobre otras desde el suelo, además de un mostrador de madera lleno de hojas, libros, plumas y tinteros.

—¡Buenas tardes, caballeros! —interrumpió la voz grave de un hombre—. ¿En qué puedo ayudaros?

Sancho y Quijote, tras escuchar aquella voz, compartieron un grito ahogado y un pequeño salto que los distrajo. Se dieron media vuelta y dirigieron su atención al mostrador de madera, en donde apareció un hombre gordo, bastante mayor, de unos setenta años aproximadamente; calvo, salvo por un par de pelos plateados que sobresalían de la coronilla de su cabeza, con ojos verdes ocultos bajo los párpados caídos por la edad y unas gafas redondas. Lucía una barba larga y canosa que cubría sus labios delgados, que se le hundían en la boca debido a que le faltaban gran parte de sus dientes.

41

—¡Buenas tardes, caballero! —espetó Sancho, aún con el corazón acelerado—. Disculpe nuestra reacción, no lo habíamos visto. Mi nombre es Sancho Panza, soy el escudero de quien me acompaña, el hidalgo don Quijote de la Mancha. ¿Cómo os llamáis?

—No tenéis por qué disculparos —respondió el viejo—. Mi nombre es Gerardo Pacheco, y soy el dueño de esta tienda de plumas. Será un placer ayudaros en lo que necesitéis. ¿Qué es lo que estáis buscando?

—Venimos en busca del ladrón de mi libro, *El Quijote* —respondió don Quijote—. Al culpable del robo se le ha caído una pluma con la inscripción «M» grabada en la misma, que nos ha traído a este lugar, donde parece que fue fabricada. —Don Quijote sacó la pluma y la colocó encima del mostrador—. Esta es la pluma que encontramos, ¿nos podríais decir algo sobre ella?, ¿a quién se la vendistes?

—Disculpádmeme, don Quijote —dijo Gerardo a la vez que examinaba la pluma—. La verdad es que no recuerdo muy bien, pero tengo un par de registros en donde aparecen los nombres de a quienes les he vendido una pluma con esas características.

El señor comenzó a buscar entre los libros y las hojas del escritorio, hasta que, luego de un par de minutos, encontró los registros de los nombres de las personas que habían comprado ese estilo de plumas. El hombre les entregó los papeles en donde se podían leer tres nombres: Miguel Maestro Martín, Manuel Pastor Muñoz y Mateo Fernando de Senillosa. ¡Todos ellos empezaban por M!

—Conozco bien a estos caballeros. Precisamente creo que don Miguel Maestro Martín estará a esta hora en el mercado. Suele ir a pasear y a conquistar a alguna dama —les indicó el señor Pacheco.

42

Don Quijote y su escudero Sancho Panza se despidieron del señor Pacheco dándole las gracias. Salieron de la vieja tienda y como próxima misión tendrían que investigar a cada uno de estos sospechosos hasta encontrar al culpable del robo del libro *El Quijote*.

Se dirigieron a la plaza del Mercado. Se veía a los vendedores preparados para la larga jornada de trabajo, a pequeños grupos de gente paseando y a niños correteando por aquí y por allá.

Sancho Panza le preguntó a una joven de buen ver si conocía a don Miguel Maestro Martín. Ella, con una risita, replicó:

—Don Miguel gusta de conversar con todo el que le parezca tener buena conversación. Os atenderá gustoso, a menos que esté hablando con alguna dama de su agrado. En tal caso, mejor no molestéis.

Fueron, pues, caballero y escudero a buscar a su primer sospechoso del robo. No estaba muy concurrido el lugar, pero, para su desgracia, vieron al noble sentado en un banco de madera, bajo un árbol de espesas hojas, hablando animadamente con una dama.

—Mi señor, recuerde lo que nos advirtió esa joven antes. Mejor no molestemos al caballero y esperemos a que se encuentre solo para interrogarlo sobre...

—¡Oh, no te preocupes, querido Sancho! Estoy más que seguro de que no tenemos qué temer de él. Además, ¿no es, posiblemente, el ladrón? ¡Un criminal en tal caso! Por tal razón, debería ser él quien temiese de nosotros; yo, valeroso caballero, y tú, mi fiel servidor. ¡Vayamos pues!

Pero al acercarse al joven de buen porte y media melena cobriza y preguntarle si podían tomar un poco de su tiempo, la sonrisa de su rostro elegante desapareció.

—¿Quiénes creéis ser para interrumpir mi conversación, si ha de saberse? No es de gran astucia interponerse entre los asuntos importantes de los de mayor clase. ¿O es que acaso venís a entretenernos?

Don Quijote, consternado e indignado por tal falta de respeto hacia su persona, ya estaba listo para responder con elocuente palabrería, sin perder los estribos, claro está, cuando Sancho se interpuso a tiempo entre el airado de su señor y el altanero marqués:

—Discúlpenos, señor, por nuestro atrevimiento. No era nuestra intención la de importunaros, sino la de tratar de saber la verdad.

—¿De qué verdad es de la que habláis? —preguntó el marqués.

—¡De quién robó los escritos a don Miguel de Cervantes! —respondió don Quijote, hinchando el pecho e irguiéndose.

El altanero joven, al entender que lo culpaban del delito, se levantó de un salto y dispuesto estaba a enfrentarse al caballero por tratar de deshonorarlo. ¡Y todo delante de una dama!

—¿Cómo os atrevéis siquiera a pronunciar tal falacia en mi presencia! Caballeros no sois, sino bufones, sin duda —replicó el hombre con la cara roja por la ira.

—¿Y cómo explicáis entonces que esta vuestra pluma —contestó don Quijote, mostrándole la pluma con la M grabada— fuese encontrada en la casa del escritor?

El marqués, confuso y ya más calmado, observó la pluma y el grabado con detalle, hasta inspirar hondamente y explicar la situación alzando la barbilla y mirándolos con desdén:

—No es mía la pluma. ¡Jamás utilizaría una pluma de tan mala madera! Y ni que decir de lo desgastada que está... Además —dijo sacando un cuaderno pequeño de un bolsillo y de él una pluma negra y elegante, como su dueño mismo—, mis plumas siempre son marcadas con tres emes, no solo con una.

44

—Entonces, si no sois vos el ladrón —admitió don Quijote, evitando mostrar que estaba profundamente decepcionado con la inocencia de tan arrogante persona—, decidnos si sabéis dónde podemos encontrar a don Manuel Pastor Muñoz.

—¡Ah! Ese beato —dijo don Miguel con una media sonrisa y ojos entrecerrados—. No lo encontraréis en otro lugar sino en la iglesia, sin duda. Y, ahora, fuera de mi vista antes de que llame a verdaderos caballeros para que os den vuestro merecido.

Hacia la iglesia se dirigieron a buscar a don Manuel Pastor Muñoz. Llegaron sudados y cansados y vieron la imponente catedral gótica, junto con la gran campana que resonaba por toda la ciudad.

Lo vieron y fueron hacia él. Era un hombre de unos cincuenta años, bien cuidado y refinado, peinado hacia atrás y con una barba gris. Por su postura y cómo se comportaba, se veía que tenía clase.

—Buenos días, buen señor. ¿Podría darnos un poco de su tiempo? —preguntó don Quijote.

—Por supuesto, ¿a qué se debe vuestra irrupción? —respondió el caballero.

—Señor, a mis oídos ha llegado que habéis robado el libro de don Miguel de Cervantes. ¿Es eso cierto?

—¡Por Dios! ¿Cómo osáis acusarme de tal infamia? Yo jamás haría algo tan ruin y rastrero.

—Entonces, vos decís que esto no es vuestro, ¿verdad? —dijo Sancho mientras sacaba la pluma de su bolsillo y lo miraba con cara de superioridad y una sonrisa de pícaro.

Al ver la pluma se sorprendió y se tocó las prendas. El beato suspiró aliviado y se sacó una pluma casi idéntica de sus ropajes. La suya tenía detalles en plata y la madera era más oscura y estaba mejor cuidada.

—Lo sentimos mucho, buen señor. Entonces solo nos queda un sospechoso. ¿Podrías indicarnos la dirección del conde Mateo Fernando de Senillosa?

—Por supuesto. Ese maleante es un noble que siempre se ríe de la gente. Debería pagar por sus actos. Vive a las afueras de la ciudad, en ese castillo en lo alto de esa colina.

Le agradecieron la información y fueron hacia su tercer destino.

Cuando llegaron, observaron la morada del conde. Una verja negra se abrió con gran estruendo. La madera de la entrada observaba fijamente a nuestros protagonistas con la mayor desconfianza, incluso antes de que llamaran torpemente. La puerta se abrió y apareció, con extrañeza dibujada en su delgado rostro, el conde, cuyas cejas se arqueaban en busca de respuesta a una pregunta que no hizo falta ser pronunciada, pues se respondió antes de que el viento se llevara sus palabras.

—Mi nombre es don Quijote de la Mancha, famoso caballero de gran honor y conocer. A mi lado se encuentra Sancho Panza, el escudero más fiel que podáis vos contemplar alguna vez. Estamos buscando al conde Mateo Fernando de Senillosa.

—Me temo que tiene delante a quien trata de buscar. ¿A qué debo esta visita?

—¿Conocéis esta pluma? —dijo Sancho enseñando cauteloso la pluma que tantos problemas había causado.

—No, no la había visto nunca —mintió el conde con nerviosismo. Su boca pronunciaba palabras cuya mirada desvelaba que no eran ciertas—. Les juro que no la he visto antes en mi honorable vida ni sé a quién puede pertenecer. Les pido que abandonen mi propiedad antes de que se arrepientan de acusarme de tal delito.

—Vos mismo os acusasteis del delito antes de que lo pronunciáramos —reflexionó Sancho—. Ahora confesad dónde tenéis escondida la obra que robasteis y dádnosla si no queréis que haya consecuencias.

—De acuerdo, es cierto. Yo tengo la obra de la que hablan. Sin embargo, no la obtendrán hasta que no me ganen en un duelo, lo cual es muy improbable —añadió con grandes ínfulas y egocentrismo el conde.

—Por supuesto que acepto. ¿Estáis preparado? —preguntó sin vacilar don Quijote.

El conde y don Quijote se batieron. El encuentro se basaba en la torpeza de don Quijote al atacar ferozmente al conde, que salía airoso de los golpes tan solo dando un paso en cualquier dirección, haciendo así que, debido a la tenue luz del atardecer y la vieja vista de don Quijote, este se chocara con una columna o con la pared, o con los muebles. Toda suerte de objetos destrozados se esparcían por el suelo.

Cuando don Mateo decidió atacar por primera vez, ya cansado de aquel duelo aparentemente interminable, dio un paso hacia su rival y, tropezando con un objeto que había a sus pies, cayó de rodillas. Don Quijote aprovechó para apuntarle con su

espada en el cuello. El conde apretó los dientes mientras apartaba la mirada, resignándose a aceptar su derrota:

—El libro se encuentra en la biblioteca. Para acceder a ella, debéis quitar las tablas de los primeros cuatro escalones. Cuando entréis, buscad la décima estantería, pues el octavo libro de la tercera fila es el que buscáis. Después de obtenerlo, marchaos y no volváis, no saldréis con vida por segunda vez.

Así hicieron, pues una herida en su orgullo provocó que el conde revelara la verdad acerca del escondite del libro.

Sancho y don Quijote, tras recuperar la obra de su señor, salieron de aquella vivienda deseando no tener que volver nunca a aquel lugar y aliviados por haber cumplido la tarea.

Una vez llegados a la casa de Cervantes, cogieron aire y cambiaron la cara de cansancio por una de orgullo. Llamaron los dos al mismo tiempo, ninguno era superior al otro. Supieron desde ese instante que ya no podrían separarse.

La puerta se abrió:

—¡Oh! Me habéis traído el libro. Muchísimas gracias. Como recompensa, tomad esto —dijo mientras les mostraba unas sucias monedas.

—Señor, no podemos aceptarlas. Ha sido un honor —contestó don Quijote sonriendo.

Al salir de la casa, se sentaron en un banco. Empezaron a planear próximas aventuras mientras daban cuenta de un buen pan con chorizo y bebían de una bota un magnífico vino.

Ya repuestos, se levantaron para enfrentarse con los nuevos retos que sin duda los esperaban.

Cervantes se asomó a la ventana y contempló sorprendido como al irse don Quijote y Sancho habían quedado sus esculturas en el mismo banco en el que se habían sentado sus personajes.

Cervantes sonrió.



## **Capítulo III**

Que trata da  
(pouco conhecida) passagem  
de dom Quixote por Elvas e  
das aventuras com uma  
feiticeira cruel num aqueduto  
amaldiçoado e como a amizade  
vence o medo

Escola Básica de Vila Boim  
Elvas. Portugal

**Tutora literaria**  
Maria Inês Almeida



## **Profesorado**

Teresa Maria Vicente Guerreiro

Fátima Pinto

## **Alumnado**

Duarte Aleixo

Leonor Prates

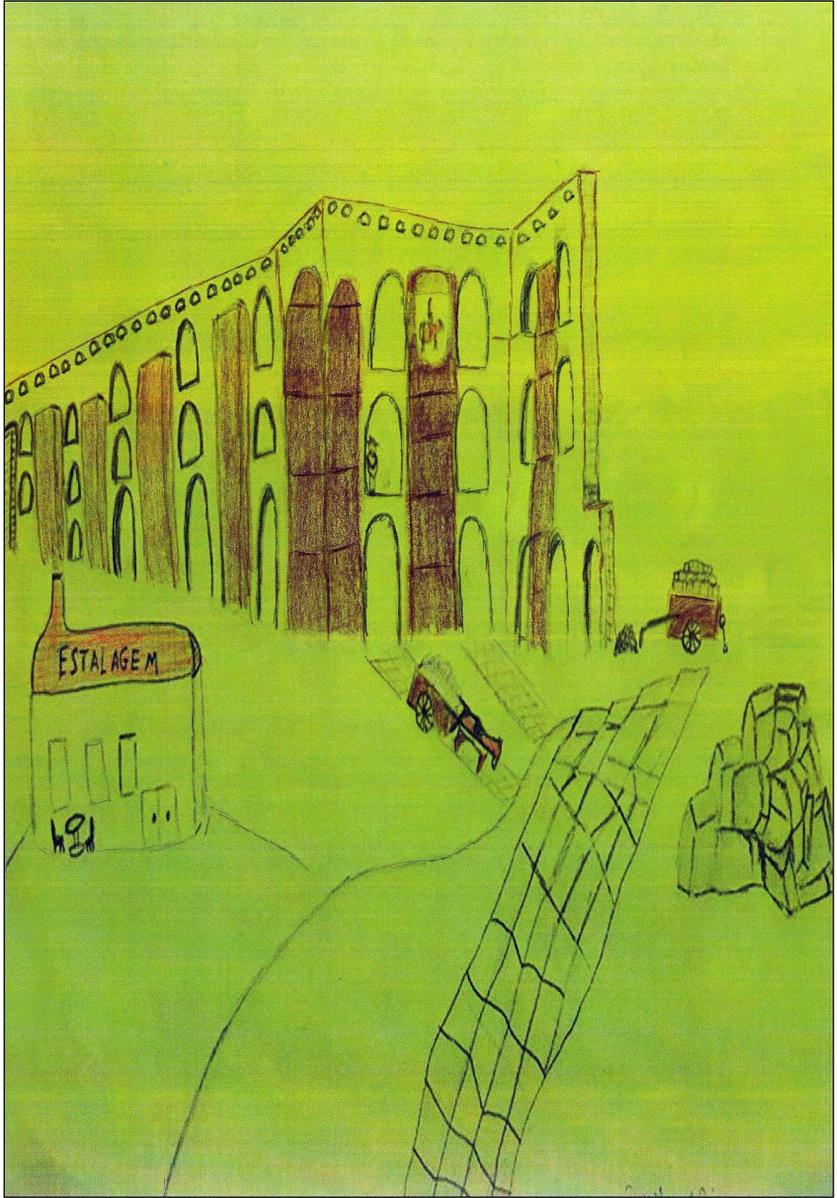
Luana Firmino

Margarida Ramalho

Marta Boal

Olívia Domingos

Vicente Duarte



## Capítulo III

### Que trata da (pouco conhecida) passagem de dom Quixote por Elvas e das aventuras com uma feiticeira cruel num aqueduto amaldiçoado e como a amizade vence o medo

Dom Quixote lembrou-se de uma história que o seu pai lhe contara, quando era pequeno, sobre uma terra encantada, onde todos eram livres, não havia pobreza e comida não faltava. O seu pai explicara-lhe que, na vida, é preciso enfrentar grandes desafios. Por isso, aventureiro e sonhador, estava disposto a percorrer o caminho necessário até encontrar tal lugar.

53

Dom Quixote e o seu fiel escudeiro carregavam uma bolsa com mais de mil maravedis de ouro, que tinham conquistado numa das suas anteriores aventuras e que, almejavam, enquanto combatentes de injustiças, doar aos frades de um convento que ajudavam os mais necessitados.

Chegando à zona da raia, entre Espanha e Portugal, Sancho Pança confia a dom Quixote a sua incerteza quanto ao caminho a seguir:

—Meu Amo, cedeis-me o Vosso mapa? Temo que estejamos perdidos...

—Sancho, ganhámos o ouro mas perdemos o mapa. O Rociante mastigou-o durante a caminhada, daí não to poder dar.

Sancho Pança, habituado que estava aos destinos desafortunados do seu amo, baixou a cabeça em sinal de desesperança.

Continuaram, deixando o seu destino na mão da providência divina.

Mas, sem saberem, perdidos como entre moinhos de vento, chegaram à cidade de Elvas, muito verdejante e com muitos montes.

Como não tinham para onde ir, decidiram descobrir aquele lugar tão diferente do que estavam habituados. E não é que era a tal terra? Estavam surpreendidos como o destino os tinha levado até lá.

54 Cheios de fome e sede, decidiram entrar numa estalagem.

Entraram, sentaram-se a uma mesa que estava livre, e surgiu a graciosa estalajadeira, que lhes demandou com extrema deferência:

—Que desejais ilustres cavaleiros?

—*Una sopa de berro, por favor* —respondeu dom Quixote.

—De berro? Nunca me pediram tal coisa! Só temos de agrião. Serve-vos?

—*Agrião? Vale, puede ser.*

Passados alguns minutos, voltou a estalajadeira com a sopa, que colocou em cima da mesa, com um cesto de bom pão, belo queijo e um jarro do seu melhor vinho. Ao provar a sopa, D. Quixote percebeu que *berro* e agrião eram a mesma coisa e elogiou a sopa que estava muito saborosa:

—*Hummmm! Que exquisito!*

A estalajadeira, não sabendo que *exquisito* quer dizer saboroso, exaltada e ofendida, respondeu:

—Se quer melhor, para a próxima faça-a Vossa Mercê! —E saiu da sala, zangada.

Depois da refeição, Sancho e dom Quixote decidiram ir dormir uma sesta nos respetivos quartos e dom Quixote pediu ao materialista, mas genuíno, Sancho que guardasse, muito bem

guardada, a bolsa com o ouro. Foram para os quartos e adormeceram. Mas o sono não foi descansado...

Dom Quixote acordou assustado porque teve um pesadelo: o aqueduto que viram ao chegarem àquela terra era um rio de sangue, com buracos na sua estrutura, que escoava pela cidade, e os cidadãos bebiam o sangue encarnado que circulava na rede de saneamento, chamado sangue potável. As carroças circulavam com esqueletos...

Acordou aterrorizado e, não querendo mais lembrar o sonho, correu aos aposentos do seu fiel escudeiro.

—Sancho, onde estás tu? Onde estás, Sancho? Responde! Não gosto destas brincadeiras!

Sem sinal de Sancho, começou a gritar. A estalajadeira subiu e deixou-o ainda mais assustado:

—O seu fiel escudeiro fugiu com a minha criada para Espanha!

—*¿A España? Pero Sancho y yo tenemos tanta tierra a viajar, tanta gente que ayudar... ¡No puedo creerlo! Sancho nunca me dejaría. ¿Y mi dinero?*

—Foi com eles, claro!!!

—*¡No puede ser!*

Sem olhar para trás, montou o seu cavalo e partiu em busca do seu amigo.

Enquanto cavalgava, reparou no aqueduto com o qual tinha sonhado. Sentindo que estava amaldiçoado, percebeu que poderia ser um sinal de que o seu escudeiro estaria em perigo.

—Rocinante, tenho a certeza de que o Sancho está ali e corre perigo.

Encontrou um velhote que por ali passava montado no seu burro e perguntou-lhe:

—*Mi buen señor, ¿cómo voy al acueducto?*

—Oh, dom Chicote, é já ali, vá sempre em frente!

—*Quijote, señor, mi nombre es don Quijote, un caballero en busca de aventuras que lucha contra el mal.*

—Sim, sim, isso isso...

—*¿Viste a mi fiel escudero en este lugar maldito?*

—Quem? O dom Xanxo? Sim, ele estava lá pendurado à beira de uma moça.

—*¿¿¿Una chica??? ¿Era ella la posadera?*

—Oh moço, isso é qu' já *nã sê!* Mas que se ria muito, lá isso ria.

56

E parece que o sonho tinha levado dom Quixote ao sítio certo. Quando se aproximou do local, viu Sancho amarrado de mãos e pés dentro de um arco, a tentar pedir ajuda. A mulher não era a criada, mas sim uma feiticeira diabólica, daquelas de nariz comprido e verruga na ponta, toda vestida de preto e lenço na cabeça, que só queria o seu dinheiro para fugir para terras longínquas.

Sem pensar duas vezes, dom Quixote arranjou um plano para o salvar. O velhote com quem antes falara, tinha atrelado ao seu burro uma magnífica carroça cheia de palha dourada e bem macia. Pediu-lha emprestada e levou-a para perto do aqueduto, próximo do arco onde estava Sancho Pança, que chorava e gritava de medo. Dom Quixote bradou com a sua voz forte e autoritária:

—Sancho, meu bom escudeiro, esta é a hora de provares o teu heroísmo! Salta e salva-te! Esta carroça ampara-te.

Ora Sancho, ao olhar para a altura onde estava e a pequena carroça ao longe, respondeu:

—Meu amo, não sou capaz! Tenho vertigens! As minhas pernas tremem de medo!

—Esta não é hora para a cobardia! Sê um herói e mostra o teu valor! O mundo precisa de ti e temos de continuar as nossas aventuras! SALTA!

Sancho voltou a olhar. Sancho voltou a tremer. Sancho voltou a hesitar, e finalmente perguntou:

—Como é que eu salto, meu senhor?

—Salta com heroísmo e sem medo!

—Prefiro ter vertigens a ser um herói...

—As vertigens não te dão de comer, Sancho... —retorquiu dom Quixote.

O velhote, já farto de tanta hesitação, gritou:

—Moço... salta logo de rabo, que deve doer menos e tu és bem guarnecido!

Sancho Pança rezou a todos os santinhos que conhecia, respirou fundo e... saltou, gritando!

—AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHH!!!! MÃE-ZINHAAAAAAAA!

Caiu mesmo no meio da carroça de palha. Levantou-se meio zozzo e perguntou se estava no céu. Mas dom Quixote chegou ao pé dele e disse:

—Meu bom escudeiro, voltaste à vida!

—Vá, moço, despacha-te lá, que eu tenho mais que *fazeri*!

Sancho deu um salto a pés juntos até ao chão, meio aos tram-bolhões, e caiu em cima de dom Quixote, que não teve forças para o segurar.

Sancho chorava copiosamente, dizendo:

—Meu amo, perdi o dinheiro... a feiticeira levou-o... já não podemos ajudar os monges...

Nesse momento, ouviu-se o riso maléfico da feiticeira, que desapareceu para nunca mais ser vista.

Desamarrando-o das cordas que o prendiam, dom Quixote disse-lhe:

—Meu amigo, o mais importante é a amizade entre nós, cavaleiros andantes, que vale bem mais do que um saco de ouro.

Vamos partir para novas desventuras, que o mundo espera por nós!

—Mas não podemos ir primeiro comer uma sericaia? É que tantas aventuras deixaram-me cheio de fome!

Dom Quixote deu uma gargalhada, abraçou o amigo e disse:

—Vamos lá, então, meu bom escudeiro.

E, um meio louco e outro num sufoco, seguiram caminho rumo à próxima aventura.

## Capítulo IV

Donde se cuenta el viaje que don Quijote y Sancho Panza emprendieron hacia las tolderías del sur de América y de lo que allí aconteció

Instituto San Francisco de Asís  
Azul. Argentina

**Tutora literaria**  
Paula Bombara



## **Profesorado**

Sonia Aguirre  
Melisa Sánchez  
Lorena Cachiarelli  
Margarita Tellechea  
Estela Cerone  
Matilde Del Otero

## **Alumnado**

Malena Acuña  
Ezequiel Andrade  
Jonás Berti  
Tobías Borda  
Iñaki Burgos  
Facundo Contreras  
Yazmín Ferreyra  
Florencia Galán  
Mateo Ghissoli  
Candela Granda  
Zoe Ibarra  
Yoel Mangudo  
Octavio Medina  
Ezequiel Vázquez



## Capítulo IV

### Donde se cuenta el viaje que don Quijote y Sancho Panza emprendieron hacia las tolдерías del sur de América y de lo que allí aconteció

Cuenta Cide Hamete Benengeli que, estando en Portugal, a don Quijote se le ocurrió salir nuevamente en busca de aventuras. Quería explorar el mundo, pues donde estaba ya no encontraba grandes empresas o, por lo menos, no de las que él buscaba. Entonces se acercó a su fiel escudero y le informó sobre su nueva idea.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Sancho—. ¿Hacia dónde iremos?

—Por eso no hay problema, amigo mío. Sé de una expedición que pronto saldrá rumbo a un continente inexplorado. ¡Imagínate cuánta gloria podremos obtener aventurándonos a nuevas tierras, dedicándole gloriosas victorias a mi amada Dulcinea! —dijo don Quijote, tratando de inspirar en su compañero el mismo fuego que a él lo quemaba—. ¡Prepara tus cofres, Sancho! ¿No ves que la aventura nos espera?

Ya en el puerto, listos para emprender el viaje junto a la expedición, se encontraron con el capitán de la embarcación, quien no los dejaba abordar.

—¿Cómo? —se asombró don Quijote, entonando su voz potente y orgullosa—. ¿Acaso no me reconocéis? Yo soy don Quijote de la Mancha, muy famoso por estos lugares y, pronto, por el mundo entero. Y con su permiso subiré a bordo con mi fiel escudero, su burro y mi valiente caballo Rocinante.

El capitán quedó tan sorprendido que no pudo hacer otra cosa que ver como los dos hombres, ambas cabalgaduras y un gran hato con cacharros ingresaban a la embarcación. Lo sobrepasaron sin hablar, con aire orgulloso el primero y un tanto confundido y vacilante el segundo.

Largos meses duró la travesía por el Atlántico. Sancho se santiguaba cada vez que la nave zozobraba y se decía a sí mismo que nunca más en la vida se le ocurriría subir nuevamente a un barco. Se aferraba con fuerza a don Quijote, quien, a su vez, trataba de disimular el miedo proclamando:

64

—Este tipo de viajes están hechos solo para los valientes como tú y como yo. Dulcinea, mi amada, escuchará mis grandes victorias.

Mientras tanto, así como Sancho se agarraba de don Quijote, el burro se recostaba sobre Rocinante, sin separarse de él ni un milímetro.

Una mañana soleada, don Quijote y su fiel ayudante llegaron al nuevo territorio: el sur del continente americano. Desembarcaron los dos hombres, también el caballo y el burro. Sancho, al bajar, besó la tierra firme y se aferró al suelo con mucho alivio.

Al ver cuánto demoraban los demás, se le ocurrió la increíble idea de separarse del grupo y explorar por sí solos aquel vasto espacio. A don Quijote le pareció bien. Como no podía ser de otra manera, a causa de esta idea, terminaron extraviándose.

En el camino se encontraron con hombres semidesnudos y don Quijote le dijo a Sancho:

—¿Has visto qué manera tan extravagante de vestir? Acerquémonos, Sancho, y saludemos a los hombres de esta tierra.

—¿Vestir? Yo diría que no visten casi nada. ¿Qué diría el cura si los viera?

Don Quijote saludó cordialmente. Pronto notó que ninguno lo entendía y pensó que un hechicero lo había embrujado para que no lo pudieran comprender. Entonces, empezó a saltar como loco y a hacer señas desesperadamente para tratar de comunicarse. Los nativos lo imitaron, riéndose entre ellos, don Quijote interpretó que lo estaban entendiendo y acentuó cada vez más sus movimientos. Sancho, al ver todo esto, pensó que su caballero no era el único loco. Después de un rato de señas insólitas, los hombres indicaron unos toldos y los condujeron hacia allí. En uno de ellos estaba el cacique con una joven que resultó ser la lenguaraz de la tribu. Don Quijote se presentó:

—Hola, soy don Quijote de la Mancha y este es mi leal escudero Sancho.

—Hola, mi nombre es Yanequén —respondió, en perfecto español, la joven.

—¡Mire, señor, habla nuestra lengua! —exclamó Sancho.

—Notable descubrimiento, querido amigo —respondió don Quijote. Y acercando su rostro a la joven, le preguntó—: ¿Cómo sabéis hablar español?

—Nací aquí —relató la lenguaraz—. Mis padres fueron expedicionarios españoles que murieron hace bastante tiempo. Habían empezado a comunicarse con las personas de la tribu y yo aprendí junto con ellos. Bueno, cuando perdí a mis padres, decidí quedarme junto a la tribu porque sentía que esta era mi familia.

—Lamento lo de vuestros padres —dijo don Quijote—. Me sorprende vuestra historia.

—¿Por qué consideráis que esta es vuestra familia? —preguntó Sancho.

—Porque sentí la soledad verdadera al perder a mis padres y Taniel fue quien mejor me ayudó a superarla —respondió Yanequén.

—¡Qué nombre raro! ¿Quién es Taniel? —Sancho hizo la pregunta mirando hacia todos lados.

—El mejor cazador de la tribu, hijo del cacique y mi gran compañero —respondió Yanequén—. Aquí están él y su padre.

66

El joven, alto y flaco como don Quijote pero tres o cuatro veces más musculoso, hizo una de las señas locas con las que don Quijote se había presentado. Yanequén rio. Todos se saludaron y, pasadas unas horas, el cacique los invitó a vestirse como ellos y acompañarlos a ir de caza. Don Quijote y Sancho aceptaron. La joven también iría.

—¿Cuáles son los métodos de caza? —quiso saber don Quijote.

Pronto descubrió que la estrategia consistía en correr al animal durante dos días hasta agotarlo. Don Quijote afirmó que era demasiado tiempo para él, pero igual aceptaría el desafío. Sancho dijo que no iba a hacer nada, simplemente iría a observar y aprender.

Luego de prepararse comenzaron el viaje y Taniel explicó que, cuando aparecieran las presas, deberían separarse para que no se escaparan.

—¡Ningún problema! ¿Dónde están los jabalíes? —preguntó don Quijote oteando el horizonte.

En ese momento apareció un ñandú desplegando sus alas y Sancho se pegó el susto de su vida.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Sancho, me extraña que no lo reconozcas! ¡Esto es un dragón! ¿No ves su enorme tamaño?

—Pero, señor, ¿desde cuándo tienen plumas? Además, ¿desde cuándo existen?

—Esto es cosa de un hechicero que seguramente mezcló una pequeña e inocente ave con un dragón y salió esto que ahora nos ataca.

—No os alarméis, don Quijote. Eso que veis es un ñandú, ave muy común en estos pastizales —explicó Yanequén.

—¿Ñandú? ¿Ave? Sigo pensando que es algún tipo de dragón —pensó en voz alta el caballero.

—Bueno —opinó Sancho—, me parece que debemos creer en la palabra de Yanequén. Ella conoce bien estas tierras y las cosas que hay aquí.

Ya no podían seguir conversando, pues la cacería había comenzado.

—¡Este dragón es muy rápido! —exclamó don Quijote—. ¿Cazarán con lanzas?

Pronto vio que la gente de la tribu lanzaba unas piedras esféricas atadas a un tiento de cuero. Sorprendido, exclamó:

—¡Qué aparato de caza tan interesante! Pero no creo que sea tan resistente como para atrapar a ese dragón.

La lenguaaz manifestó:

—Pues os equivocáis, caballero, ¡esas boleadoras sí que son resistentes! ¡Resistentes y letales! Tahiel os mostrará cómo se utilizan.

Don Quijote pidió al cazador un par de boleadoras y, mientras intentaba arrojarlas, Sancho aseguró:

—Señor, vais a fallar. ¡Tened cuidado!

Dicho y hecho, don Quijote las arrojó con tan mala puntería que golpeó a Sancho en la cabeza. Por suerte no habían sido arrojadas con mucha fuerza, así que el golpe no era grave. De todas maneras, Sancho preguntó a la lenguaaz si había

algún arroyo cerca, para recuperarse. Yanequén le dio indicaciones:

—Ve por allí. A pocos metros sentirás el sonido del agua. Mójate la herida, que luego te curaré con unas hierbas.

Ya en el sitio señalado por Yanequén, Sancho se agachó para recoger agua. Como estaba un poco mareado, resbaló y cayó. Asustado por la leve corriente que golpeaba sus pies, fue deslizándose hacia el centro del arroyo, casi sin poder sostenerse. Razón por la cual empezó a gritar con toda el alma:

68 —¡Auxilio! ¡Que me ahogo! ¡No sé nadar!

Semejantes alaridos fueron escuchados por don Quijote, quien enseguida acudió al lugar junto a Rocinante para auxiliar a su amigo. Don Quijote, sin saber qué hacer, intentó ayudarlo como pudo. Logró muy poco porque el peso de Sancho era mucho para él. Entonces le dijo que esperara, que iría por ayuda. Sancho, en forma sarcástica respondió:

—Aquí nomás espero.

Don Quijote volvió con el grupo y le dijo a la lengua-raz que su amigo estaba en problemas y necesitaba de la ayuda de varias personas para socorrerlo. Pronto, don Quijote, Yanequén y dos de los hombres más fuertes de la tribu llegaron al arroyo. Sirviéndose de algunas sogas y boleadoras, las arrojaron al agua. Sancho logró tomarlas y entre todos tiraron y lo sacaron sano y salvo.

—¿Quién diría? Ellos son casi completos extraños; es decir, no nos conocen mucho y, sin embargo, se ofrecieron a ayudarme sabiendo que no obtendrían nada a cambio. ¡Mis bendiciones! —expresó, agradecido, Sancho.

Yanequén curó la herida con sus hierbas medicinales y el escudero mejoró pronto. Aunque empezó a sentirse descompuesto, ya que el agua que había tragado en el arroyo le había

caído mal. Así que anduvo con vómitos y cólicos un día entero.

Mientras tanto, Taniel estaba organizando nuevamente a sus hombres para la caza, que hasta ahora era un completo fracaso. Debían seguir adelante sin demoras para no quedar muy lejos de la presa.

Al anochecer prepararon las antorchas y continuaron con la travesía. Parecía que no terminaría nunca, pero, luego de dos días intensos y de mucho cansancio, lograron agotar al ñandú que estaban persiguiendo y lo atraparon. Sancho dijo:

—Mi señor, mi vista está nublada, mis piernas ya no dan más.

—¡Ánimo, Sancho! Hoy tendremos un banquete de reyes.

De regreso, en un golpe de suerte, el caballero y su fiel amigo descubrieron unos huevos de esa increíble ave. Don Quijote, ni lerdo ni perezoso, los tomó, sin darse cuenta de que el ñandú estaba allí cerca. El animal, furioso, lo corrió para recuperarlos. El caballero dio los huevos a su escudero, quien se alejó rápido del lugar. Fue entonces cuando don Quijote intentó montar al ñandú, pero el animal se movió en el momento justo en el que el caballero saltaba para subirse y este cayó al suelo, dándose un gran golpe. El ave aprovechó esta ventaja y lo atacó dándole patadas, a lo que se le unió la hembra, la cual había ido a buscar comida mientras el macho estaba en el nido. Sin embargo, el caballero logró escapar agitando sus brazos y vociferando:

—¡Atrás, dragones, atrás!

Después de semejante espectáculo, todos regresaron a las tolдерías con la comida, incluidos los huevos, claro, que Sancho cuidó con esmero mientras su amo se enfrentaba con las diabólicas aves.

Ya en las tolдерías, prepararon el fuego, pelaron el ñandú y lo cocinaron. Don Quijote apareció con un cuenco de piedra, lo llenó de agua y cocinó los huevos en el fuego. Así comenzaron el gran banquete.

Sancho no podía esperar para comer. Cuando todos estaban distraídos hablando de la buena cacería que habían tenido, aprovechó para empezar a probar los manjares.

—Quiero conocer el sabor de esta ave y, como dicen todos, me fijaré si está bien cocida —se dijo para justificar su acción. De esta manera, poco a poco, se comió lo mejor del banquete.

70

Todos se sentaron alrededor del fuego y, cuando trajeron la comida, notaron que una parte de la misma había desaparecido. Tahl y el cacique miraron a Sancho, quien, desde lejos, se excusó diciendo que aún se sentía un poquito descompuesto.

Luego de comer, los cazadores empezaron a imitar la lucha entre don Quijote y la pareja de ñandúes. Sancho se acercó a disfrutar de la función.

—Mire, mi señor, ese cazador parece vuestra merced cuando fue vencido.

—No, Sancho. ¿Cuándo vas a entender los temas de caballería? En esa lucha yo he vencido. ¿O te olvidas de los huevos que hemos comido? Mira a ese hombre. Es más delgado que yo, no se iguala a mí en fuerza y, sobre todo, se ha olvidado de dedicar esta victoria a mi amada Dulcinea.

La tarde siguiente al festín, vieron que un grupo de expedicionarios se acercaban a las tolдерías. Sancho notó que se disponían a enfrentar a sus nuevos amigos y decidió alertar a don Quijote y salirles al encuentro.

Don Quijote le dijo a Yanequén que era su turno de ayudarles y, montando a Rocinante, fue hacia donde Sancho se encontraba.

—Buenas tardes, señores —saludó el escudero con solemnidad.

—¡Hola! ¿Conoce estas tierras? Recién llegamos —respondió el expedicionario.

—Nosotros también llegamos hace poco tiempo.

—Ustedes... ¿Quiénes?

—Mi señor don Quijote y yo.

Don Quijote, quien acababa de sumarse al grupo, preguntó:

—¿Qué buscáis aquí, buenos hombres?

—Buscamos riquezas, cosas de valor.

—Aquí encontrarán muy poco de eso, hay aves terroríficas y gigantes. Mi señor casi muere en una batalla contra ellas. Además, la comida no es fácil de conseguir, hay que perseguir animales extraños durante largo tiempo. Y lo peor de todo es que ni el agua sirve aquí. Ayer casi me muerdo por tomar un poco. Y si eso fuera poco, tuve que ser sacado de un arroyo que casi me arrastra a sus aguas profundas.

Los exploradores, luego de escuchar estas cosas, decidieron volver por donde habían venido.

Al ver retirarse a los de su clase, don Quijote comprendió que debía continuar su travesía deshaciendo entuertos, defendiendo a los débiles y libertando a los oprimidos. Con dicha en su corazón, atesoró las experiencias compartidas con los hombres y mujeres de la tribu y, junto a Sancho, se despidió de aquellas personas y de aquel paisaje, tan extraños en un principio, tan cercanos al irse.



## **Capítulo V**

Que trata de las aventuras  
de don Quijote y Sancho Panza  
en la ciudad de Montevideo,  
luego de conocer a Miguel

Liceo 26 «Liber Falco»  
Montevideo. Uruguay

**Tutor literario**  
Sebastian Pedrozo



## **Profesorado**

Carla Ferrari  
Rossana Silva

## **Alumnado**

María Álvez  
Florencia Cardona  
Macarena Fernández  
Magalí Firpo  
Sharon Gómez  
Melina Lecuna  
Jazmín Núñez  
Marcelo Acevedo  
Ismael Díaz  
Cristian Grahán Bell  
Paula Murieda  
Lucía Pietrafesa  
Eyllen Climent  
Franco Donato  
Matías García  
Bruno Larrea  
Sharon Muñoz  
Diego Rodríguez



## Capítulo V

### Que trata de las aventuras de don Quijote y Sancho Panza en la ciudad de Montevideo, luego de conocer a Miguel

—¿A dónde hemos llegado, mi señor? —preguntó extrañado Sancho, buscando a su alrededor pistas que dieran nombre a ese lugar al que acababan de llegar.

—Sancho, ¿qué no lo ves? ¡Parece ser un campo de batalla! —respondió don Quijote, asombrado y al igual que su fiel escudero, buscando indicios que confirmen su teoría.

Una gran estructura de hierro apareció ante los ojos de los viajeros. Sancho, con las manos en su frente creando una especie de sombrero para protegerse de los rayos del sol ardiente de esa tarde, se acercó tímidamente a la escultura que llaman Quijotadas y que el escultor Octavio Podestá realizó en honor a don Quijote de la Mancha. Los ojos del hidalgo se entrecegaron un poco, tratando de descifrar qué era aquello que veía. Luego de unos instantes, estaba seguro, ponía las manos en el fuego, apostaba hasta su armadura y caballo, que aquello era un gigante. Su espada resplandeció junto a su armadura bajo la estrella luminosa. Gritó tanto como pudo que estaba determinado a acabar con la barbarie, mientras arremetía contra el gigante. Al mismo tiempo, Sancho buscaba cómo frenar la imaginación de su señor, aunque ya se le acababan las ideas. La valentía de don Quijote se volvía peligrosa en tierras extrañas. Con énfasis gritaba a unos pocos que se limitaban a contemplar

la escena, unos miraban con pena al pobre loco, otros con vergüenza bajaban su mirada y también había de aquellos que tomaban a la risa el disparate. Los espectadores aumentaban, varios curiosos asomaban sus ojos a la batalla que don Quijote daba a la pobre escultura ahora amenazada. A diferencia de aquellas personas que no movían un músculo esperando ver el final de la historia, hubo un hombre que se acercó al lugar del enfrentamiento. Este, quien parecía buscar algo desesperadamente entre el público, invadió aquel campo de batalla, situándose a unos pasos de los caballeros. Su caminar lento y su espalda encorvada daban cuenta de su avanzada edad. El ceño fruncido mostraba su preocupación. Era Miguel, hacía tiempo que buscaba a su amada en vano. Su vista se encontró con aquel caballero que continuaba en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses a todas partes. Miguel pensó que si su brazo fuese tan fuerte y valiente como el de este caballero, ya la hubiese encontrado. Don Quijote, al ver que el sujeto no se movía, le advirtió que debía alejarse. En la lucha, podría salir herido en manos de aquel gigante que, según él creía, era el más temible que había visto en mucho tiempo. Al ver que el anciano hacía caso omiso a sus advertencias, don Quijote comenzó a gritarle llamándole «pueblerino insensato», «tarambana» y otros adjetivos que se perdían entre el creciente barullo de la gente a su alrededor. El hombre, al darse cuenta de que las ofensas se dirigían hacia él, miró al caballero andante, al tiempo que apretó sus puños, conteniendo sus impulsos. No entendía de qué gigante hablaba el caballero y le gritó, lo más fuerte que pudo, que si no podía ayudarlo a encontrar a su amada, lo dejara tranquilo.

La tristeza en el rostro del anciano hizo olvidar a don Quijote su misión. Lejos de seguir buscando la victoria ante el gigante, bajó su espada y se acercó al anciano.

«Es costumbre muy usada entre los caballeros andantes, ayudar a los que sufren», pensó, y se dispuso a escucharlo. ¡Por fin una aventura digna se presentaba ante él! La voz temblorosa de Miguel habló del dolor de haber perdido a su amada y de su búsqueda desesperada.

En eso, a lo lejos, se aproximaba una comparsa, una cuerda de tambores que identifica estos lugares. Allá venían los negros y los lubolos con sus caras pintadas, los acompañaban los tambores, la mama vieja, el escobero y el gramillero. Era un mar de color, alegría y júbilo por el cual, sin darse cuenta, aquellos tres hombres fueron arrastrados. Don Quijote iba como perdido en su imaginación. A su paso se duplicaban aquellas escenas que tanto imaginó al leer las novelas de caballería: grandes banderas que flameaban con la suave brisa indicando que se aproximaba la batalla. El caballero andante ya se consideraba parte de aquel ejército, decidido a luchar.

Al lado venía Miguel, arrastrado por el ritmo de los tambores, quien observaba a su alrededor cualquier señal que lo llevara a su amada.

Y, en un mundo totalmente diferente al de aquellos dos, caminaba Sancho. Venía entre exhausto y malhumorado debido al caso omiso que hacían sus dos acompañantes frente a sus repetidas quejas y consejos de detener su marcha. «Al diablo», pensó, y decidió ir a disfrutar el momento que le estaba tocando vivir. Lindas bailarinas que se movían al compás de la melodía, ancianos que bailaban con bastones y ancianas con grandes polleras y abanicos. Sancho estaba encantado y ya había empezado a sacudir sus caderas cuando la voz de Miguel lo inquietó.

—¡Allí! Allí se encuentra mi amada, la vi, estoy seguro de que era ella.

La vista de los tres se desvió a un lugar lleno de jóvenes.

Miguel corría y se perdía entre ellos buscando a su amada. Era el lugar donde se vieron por primera vez, el Liceo «Líber Falco».

Sancho lo detiene amablemente y le pregunta cómo es ella. Miguel miró hacia la escalera y sintió que la estaba mirando.

—Ángela se llama —balbuceó. Sonriendo, riendo y llorando, la describía Miguel—: Ella es... esa chispa que no necesita de otros para crear fuego y brindar calor a todos los que padecen frío. Es de esas personas que entra como el viento en tu corazón y revuelve cada uno de tus más sanos pensamientos sobre lo hermoso que es vivir.

80

Perdido en sus recuerdos creyó verla y corrió, corrió tan rápido como pudo, chocando entre la gente. Tristemente su ilusión se hizo pedazos en el momento en que llegó al patio y no la encontró. Preguntó a los alumnos, pero nadie la había visto.

Mientras tanto, don Quijote no podía quitar la vista de los grandes edificios, de las personas hipnotizadas con sus teléfonos. Ajeno totalmente a lo que estaba padeciendo su nuevo amigo, su cabeza confundía fantasía y realidad.

Entonces Miguel, abrumado por la nostalgia, deshecho por dentro al no encontrarla, había empezado a perder la confianza. Ahora caminaba cabizbajo y muy lento, ya no prestaba tanta atención a su alrededor y hasta pensó en disculparse con sus acompañantes para regresar a su casa cuando escuchó a su nuevo amigo don Quijote pregonar, a toda voz, estas palabras:

—Bien predica quien bien vive. Amistades que son ciertas nadie las puede turbar.

Movidos por la curiosidad y el asombro, un grupo de estudiantes rodeaban al caballero. Fascinados por las historias del visitante y por sus enseñanzas, los muchachos escuchaban

atentamente. Quizá la lección que estos recordarán por siempre es que se debe luchar por amor y que quien no lucha por él, no se lo merece. Estas últimas palabras resonaron fuertemente en los oídos de Miguel, dándole ánimos.

De repente, un fuerte estruendo resonó en las afueras del liceo. Don Quijote desenvainó su espada, al tiempo que Sancho, revoleando sus ojos, percibía un nuevo problema. Era el ómnibus que venía a buscar a los alumnos a esa hora, todos los días. Para los pasajeros era un momento de placer. Cantaban y reían estridentemente. Según don Quijote aquella criatura temible con forma de gusano gigante se había tragado a los muchachos. Por eso, con suma valentía decidió enfrentarlo. Montó a su viejo amigo Rocinante, que estaba en las cercanías del liceo. Sin pensarlo, el caballero cargó a Miguel en su corcel. Y aunque Rocinante era el mejor caballo que un caballero andante pudo tener, su flacura le impedía galopar velozmente. Seguían al gusano por largas calles, sin alcanzarlo. Sancho rezongaba sin parar. No habían comido ni bebido nada y las aventuras parecían no terminar. Cuando llegase el momento de ser gobernador de la ínsula, él no necesitaría de aventuras. Solo intentaría comer bien y descansar.

Y mientras el fiel escudero soñaba con ese grato momento, Miguel lo trajo a tierra con una nueva ilusión.

—Ella es... —gritó Miguel mientras señalaba a una muchacha que, rodeada de niños subía la escalinata del Palacio Legislativo.

—Paréceme, mi buen Sancho, que llegamos al lugar correcto. Hemos de ayudar a nuestro amigo Miguel a encontrar a su amada. En estos castillos, honra y luz de nuestra nobleza, es que los encantadores encierran a las damas raptadas. Allí debe estar Ángela —dijo don Quijote.

Seguidamente, el caballero andante se encomendó a su señora, Dulcinea del Toboso. A ella le pidió fuerza e inteligencia para derrotar a sus enemigos.

—No veo el puente levadizo, ni atalayas, ni murallas. Creo, mi señor, que esto no es un castillo —explicó Sancho.

—Ya te he dicho, mi fiel escudero, que los magos cambian lo que ves. Es parte del encantamiento —aclaró don Quijote.

Estaban a nada más que una gran puerta de encontrar aquello que solo habitaba en los ojos de Miguel. Después de tan desesperada búsqueda, la encontró. Estaba ahí, delante de sus ojos. Al escuchar su voz, comprobó que su memoria no le fallaba. Su corazón latía brutalmente, desenfrenado. Se acercó hasta que la piel se le erizó. No pudo seguir andando.

—¿Eres tú Ángela, mi amada? —Miguel sentía miedo y a la vez alivio. Aquella pregunta hacía tiempo que estaba guardada. Un remolino de emociones se producía en su interior y era inexplicable. Miguel quedó mudo, igual que la primera vez que la vio, igual de tímida y hermosa. No dudó en abrazarla.

—¿Señor? ¿Se encuentra bien? Seguramente se equivocó de persona —le indicó la muchacha.

El corazón de Miguel dio un vuelco y el inmenso remolino que vibraba hasta hacía un segundo, cesó de pronto. Las imágenes comenzaban a aparecer, difusas pero ciertas. El nudo en la garganta no permitía que se escapasen los sonidos, y el ardor en los ojos amenazaba dejar escapar aquellas lágrimas que intentaba retener. Y la primera lágrima cayó, y la segunda, y un llanto silencioso e inevitable apareció. Las palabras de rechazo palpitaban en su cabeza fuertemente a modo de grito ensordecedor. Sus manos se encrespaban y tomó violentamente a la muchacha para no dejarla ir. Sancho, sin pensarlo, se tiró encima de Miguel, alejándola.

—¡Ve la realidad, Miguel! ¡Lo que ves no es más que una triste mentira!

Don Quijote, que hasta el momento solo pensaba en emocionarse con el reencuentro, decidió intervenir:

—Discúlpate, Sancho, no le faltes el respeto a nuestro amigo.

La mujer, asustada, salió corriendo entre la gente. Miguel, hecho trizas, bajó su mirada triste.

—¡Ella ya no está! ¡La muerte se la ha llevado! ¡Reacciona, pueblerino! —gritó Sancho.

—¡Deja en paz a nuestro amigo, vil escudero! —gritó don Quijote a Sancho en tono amenazante.

—Ella está viva, ¿verdad buen caballero? —suplicó con ojos compasivos Miguel a don Quijote.

Don Quijote, sin poder responder, devolvió la mirada compasiva a Sancho.

—¡No, mi señor, no! Lo único que está vivo es la realidad, esa realidad que ninguna de vuestras mercedes quieren ver, respondió Sancho. ¡Están locos! La realidad es la cordura; la locura, cual amor es... y el amor... el amor es una locura dañina que rompe el corazón dejando atrás la realidad.

Miguel tomó entre sus manos su cara y lloró desconsoladamente.

—¡Déjala libre, Miguel! —imploró Sancho—. Déjala libre como el capullo suelta a la mariposa al nacer.

Todo ennegreció para el enamorado, estaba como flotando en un mar oscuro cuando, de repente, una intensa luz inundó su visión tan fuerte que lo encegueció. Una mujer muy blanca se le presentó. «¿Eres tú, mi ángel? Aún brillas como el primer día que te conocí». Ella, sin hablar, abrazó fuertemente a Miguel. Una voz dulce y calma le respondió: «Recuerda que el sol

se esconde detrás de cada tormenta». «¿Prometes estar conmigo aunque yo no te vea?», le preguntó Miguel. Sus ojos se encontraron y la luz se fue apagando lentamente.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Despierta, por favor! —suplicaban a dúo don Quijote y Sancho. Cuando Miguel abrió los ojos, los dos aventureros suspiraron aliviados.

—Gracias, amigos. Su recuerdo vive en mí. Ángela vive en mí —respondió decidido el enamorado.

84

Los tres amigos estrecharon sus cuerpos en un fuerte abrazo. Miguel, agradecido de haberlos conocido.

—Te llamaremos «El caballero del corazón puro» —dijo don Quijote al tiempo que imponía su espada sobre sus hombros, cumpliendo con el medieval rito—. Tus sentimientos recorrerán el mundo entero, pues la pureza de espíritu debe reconocerse.

—¡Vamos, Sancho! Aún nos quedan muchas aventuras por encontrar —sentenció don Quijote.

Al paso de los jinetes iba cayendo la tarde.

—¿Cómo no pudimos con ese vil gusano, Sancho?

—¿Volvemos, mi señor? —E inmediatamente agregó—: ¡No, no! Era una broma.

## Capítulo VI

Donde se cuentan las razones  
que pasó Sancho Panza con su  
señor don Quijote, con otras  
aventuras dignas de ser  
contadas

Colegio Nacional de Enseñanza Me-  
dia Diversificada Presidente Franco.  
Asunción. Paraguay

**Tutora literaria**  
Estela Franco



## **Profesorado**

Rosa Agüero  
Julio Benítez  
Floria Ocampos

## **Alumnado**

Óscar Luís González  
Sofía Sánchez  
Luana Rivarola  
Mía Duarte  
Jazmín Torres  
Valentina Unger



## Capítulo VI

### Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas

Salieron de la venta don Quijote y Sancho. Consternados por aquello que había sucedido: el manteamiento de Sancho. El Quijote exclamó:

—¡Oh, Sancho!, lo que te ha pasado no ha sido normal, como creíamos, porque fue obra de, nada más y nada menos, aquel duendecillo que pasea a estas horas de la siesta. El niño de cabello rubio como el sol, de los ojos tan azules como el cielo. El místico principito con un nombre bastante peculiar: *Jasy Jatere*. Este pequeño niño, como sus otros seis hermanos, fue fruto de la unión del demonio *Taú* con la bella durmiente, *Keraná*.

Según cuenta la mitología ancestral guaraní, *Taú* era un demonio que se había convertido en hombre para engatusar a *Keraná*, a quien quería de esposa, fue así que una noche trató de secuestrarla. Ella era la hija del cacique de una tribu guaraní, y aceptó huir con él. Ambos escaparon a los montes más oscuros, donde nacieron los siete hijos malditos por el espíritu del bien: *Teju jagua*, el lagarto con cabeza de perro; el segundo fue *Mboitu'i*, con cuerpo de serpiente y pico de loro; el tercero fue *Moñai*, el protector de los ladrones; el cuarto fue *Jasy Jatere*, nuestro duendecillo que pasea por estos lares en horas de la siesta; el quinto es el sátiro de la tierra guaraní llamado *Kurupí*; el sexto

hijo producto del mal, con cuerpo de oveja y cabeza de lobo, era el *Ao Ao*; el séptimo y último hijo fue el *Luisón*, llamado también el señor de la muerte, ya que este pierde la apariencia de hombre para convertirse en un perro con aspecto lúgubre que ronda los cementerios para alimentarse de la carne de los cadáveres. —Don Quijote contaba a Sancho, y este, boquiabierto, lo miraba espantado.

90 Don Quijote quedó anonadado y, volviendo en sí, trajo a la memoria una de las repetidas frases del escritor Augusto Roa Bastos<sup>1</sup>, quien decía: «Un pueblo solo puede ser libre por voluntad del espíritu colectivo y por nadie más que él mismo puede ser liberado», y dijo:

—Mi querido escudero, con el manteamiento que te dio ese grupo de monstruos descomunales, lo que hicieron fue liberarse de ti.

—Señor don Quijote, dispensadme, pero para mí eran hombres de carne y hueso, como vos y como yo, hasta escuché que se llamaban por sus nombres mientras estaban zarandeándome ahí, muertos de risa. Uno se llamaba *Antonio López; y el otro, Abdo Martínez, y el administrador, Manuel Franco*<sup>2</sup>. Así que, *don*, si no pudisteis bajar de vuestro Rocinante y atravesar el tejido de alambre de púas de esa venta, pues yo creo que, por cobardía, y repito: perdonadme.

—¿Pero qué dices, Sancho?!

—Os dije: perdonadme.

Así en estas charlas iban don Quijote y Sancho resguardados del sol ardiente bajo sus *sombreros piri*<sup>3</sup>. Retomaron su camino hasta que, de pronto, desde una colina, gritó don Quijote:

1. Ganador del Premio Cervantes de 1989.

2. En referencia a algunos presidentes del Paraguay.

3. Sombrero tejido de hojas de karanda'y, planta nativa de la región del Chaco paraguayo.

—Sancho, Sancho... ¿pero qué ven mis ojos a lo lejos?, ¡si no entiendo mal, se avecina una tormenta de arena!

—*Héë... ahecha che Karai!*<sup>4</sup> —Sancho quedó de espaldas un instante, luego añadió—: Y si los ojos no me fallan, desde el sur se aproxima otro torbellino, mi señor.

Don Quijote giró velozmente en dirección a lo señalado por Sancho, y efectivamente divisó otro gran remolino y dijo a Sancho:

—¡Querido Sancho! Después de una larga espera, por fin podré hacer el bien y demostrar cuán intrépido y temerario soy. Creo que, si esta no es una gran aventura en defensa del medioambiente, ¡pues ya no sé qué será!

Don Quijote, sin duda, creía que esas tormentas de arena eran dos remolinos provocados por dos ejércitos enemigos a punto de confrontar.

—¿Y qué haremos nosotros mientras, mi señor? —preguntó Sancho bien atento a las palabras de don Quijote.

—¡¿Qué haremos dices, Sancho?! Haremos lo que debemos hacer: lo obvio, Sancho, lo que toda persona haría al contemplar serenamente a dos bandos a punto de combatir.

—¡Oh! —contesta Sancho mientras toma asiento en una silleta de madera que bajó de su jumento.

—¡Sancho!, ¿se puede saber qué estás haciendo? —preguntó don Quijote.

—Estoy haciendo lo que me habéis dicho, señor, lo que toda persona haría: observar alejado y sereno mientras los bandos luchan por sus diferencias —le contesta Sancho bastante entretenido.

—*Mba'é?!<sup>5</sup>* —preguntó don Quijote algo indignado e irritado por lo que su fiel amigo acababa de decir.

4. Adverbio de afirmación del guaraní. «¡Sí, he visto, señor!».

5. Adverbio de interrogación del guaraní. «¿Qué?».

—¡Sí, mi señor, lo que escuchasteis! Yo apuesto mi mula a que ganarán las vacas —dice Sancho.

—¿Cómo que vacas, Sancho?, ¿acaso no ves que por un lado están esos bárbaros tratando de talar los árboles, que si mal no recuerdo son los *Tajy*, *nuestro amado árbol nacional*, con los que se fabrican muebles de exportación? Son soldados que odian el planeta, la tierra y todas esas cosas que aman la naturaleza. Por otro lado está la multitud del pueblo paraguayo manifestándose para evitar esta atrocidad —dijo don Quijote.

92 —¡Ah, sí, claro que lo veo, señor! —dijo Sancho, siguiéndole la corriente—. *Ha mba'é jajapóta*<sup>6</sup>?

—Ayudaremos al pueblo paraguayo a defender sus tierras de las garras de esas personas que no le dan ni la más mínima importancia a la naturaleza, y a los pobres e indefensos animalitos que viven por aquí, sin mencionar que esta también afectaría bastante al planeta. Así que ponte en pie y vamos, mi querido amigo, debemos detenerlos y así seremos dignos héroes en la historia —dice don Quijote.

—¿En serio *pio* ve todo eso?<sup>7</sup> —preguntó de vuelta Sancho.

—¡Por supuesto! Ahí están —señaló don Quijote. Sin embargo, Sancho lo único que logró ver fue que por un lado había un montón de cerdos, y por el otro, un montón de vacas.

—*Che ndahechái mba'éve*, señor<sup>8</sup>, solo cerdos y vacas —agregó Sancho.

Creo que aún sigues perturbado por esos monstruos mitológicos que te zarandearon, Sancho. Pero no temas, iré solo. —Y sin más palabras dio vuelta a Rocinante y cabalgó a toda prisa hacia los dos bandos.

6. Y qué vamos a hacer.

7. Partícula interrogativa propia del paraguayismo idiomático.

8. Adverbio de negación. «No veo nada, señor».

—¡Dios mío, señor!, ¿pero qué hace?, ¡*jeju jey ápe!*<sup>9</sup> —gritaba Sancho observando a su amo ir de punta hacia uno de los rebaños.

Don Quijote, montado en Rocinante, fue hacia el pueblo paraguayo y dijo:

—¡Compatriotas paraguayos, ha llegado su salvador don Quijote, vengo para impedir la deforestación de estas tierras!, ¡así que seguidme y derrotemos a los empresarios que desean explotar innecesariamente esta naturaleza! —Mientras el pueblo lo aclamaba y saltaba de felicidad, diciendo eso se adentró entre las vacas, mientras tanto los ganaderos empezaron a arrojarle piedras porque dispersaba el ganado. Rocinante choca con una vaca causando que don Quijote caiga de él, provocando que una de las vacas pisotee su mano izquierda rompiéndole dos uñas, de las cuales brotaba sangre. Los ganaderos, al ver eso, huyeron con sus vacas rápidamente. Sancho, quien observó todo eso, estaba bastante alterado y nervioso, pero corrió en dirección a su amo para ayudarlo a levantarse.

—¡Se lo dije, señor, eran simples cerdos y vacas! —decía Sancho mirando a don Quijote.

—Eso no puede ser. Sancho, en unos minutos irás tras ellas, porque estoy seguro de que esos ganados se convertirán en los ejércitos de los que te hablé. Ay, Sancho, amigo, todo esto es obra de *Taú*, estoy seguro. Ahora, Sancho, lo que necesito es que revises mi mano para comprobar que no me falten dedos, porque si me guiara por el dolor creo que ni tendría ya la mano.

Sancho, acercándose a su mano, saco de su bolsa una pomada de *Removera*, una pomada curativa a base de remolacha y aloe vera que había comprado en el famoso *Mercado 4*.

—*Hesúkena!*<sup>10</sup> Si sigue sangrando así, perderá las uñas —dijo Sancho, cuando observó que el color y olor que tenía en esos dedos

9. Vení otra vez aquí.

10. Expresión de sorpresa de uso popular. «Dios mío».

«llenos de sangre» no eran otra cosa sino aquella mezcla de *Removera*. Corrió Sancho junto a su mula a buscar un trapo con que limpiar a su amo, y no lo encontró; en ese momento perdió la cordura y sintió en su corazón unas ganas de dejar solo a su amo y volver junto a su familia.

Mientras tanto, don Quijote, apoyándose sobre su mano derecha intentaba levantarse. Se dirigió junto a su escudero.

—Señor don Quijote, ¿qué será esa humareda que se levanta por todos lados?

94 Y viéndolo don Quijote le dijo:

—¡Ay, Sancho! ahora comprendo el motivo desesperado de pelear que tenían estos ejércitos, de víctima uno, de victimario el otro. Lo que vemos, Sancho, es lo peor que le puede ocurrir a la humanidad: es el incendio de los bosques, amigo.

—Pero eran vacas y cerdos —dijo Sancho muy sorprendido consigo mismo.

—No importa ya, Sancho. El hecho es que todo ser vivo puede extinguirse de continuar las talas y deforestaciones, sometiendo a la tierra a todo tipo de calamidades del medioambiente

—Ahora lo entiendo, señor don Quijote.

—Sancho, sabes que todas estas cosas pasarán con el tiempo y vendrán cosas buenas, porque este mal no durará. Así que, no debes ponerte triste por esta desgracia, al contrario, debes ponerte en actitud para luchar con fuerza en defensa de los bosques, por el torrente de los ríos, por la salud de nuestros océanos, y pelear con quienes atenten contra natura —dijo don Quijote.

—Ay, señor don Quijote, claramente que lucharé por defender a natura, pero ¿quién me defiende a mí de los ladrones? —preguntó Sancho un poco alterado—. Ahora caigo en cuenta

de que se perdieron nuestras alforjas con todo lo que tenía adentro, y estoy seguro de que nos robaron en la venta.

—¿Te faltan las alforjas, Sancho? —preguntó don Quijote.

—¡Sí, me faltan! No tenemos que comer hoy —respondió Sancho.

—Ahora no es momento de comer porque tenemos algo urgente que hacer, mi querido escudero: debemos ir a buscar un río o un lago, pronto, antes de que el fuego nos alcance —dijo don Quijote.

—Entiendo, pero cuánto quisiera yo ahora mismo una fuente de *chipa guasu*<sup>11</sup> o una canasta de *chipa so'ó*<sup>12</sup> acompañado de un *tereré*<sup>13</sup> bien frío con muchos yuyos.

—Sancho, ya llegará el tiempo para comer, ahora sube en tu mula y vamos con Dios, que es el gran proveedor de todas las cosas, y no nos hará faltar la cena, pues no falta a las ranas de la tierra, a los patos del agua o a los mosquitos del aire. Él es tan compasivo que hace salir el sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos.

—Más buenos somos nosotros para predicar que para ser caballeros andantes —contestó Sancho.

—Los caballeros andantes que había anteriormente se sentaban en rondas con silletas y se recostaban en sus hamacas de *ñanduti*,<sup>14</sup> pero tampoco podremos descansar hoy, mi querido amigo.

—Entonces, ¿hoy tampoco vamos a buscar donde pasar la noche? —dijo Sancho.

11. Comida típica paraguaya a base de choclo fresco.

12. Plato tradicional paraguayo a base de harina de mandioca.

13. Bebida Ancestral Guaraní, bebida oficial del Paraguay hecha a base de hierbas medicinales, declarada Patrimonio Nacional Cultural Inmaterial a las Prácticas y Saberes Tradicionales del Tereré en la cultura del Pohã Ñana, Bebida Ancestral Guaraní.

14. Tejido nacional, encaje de agujas. Del guaraní, «tela de araña».

—No, Sancho. Hoy debemos cumplir una gran misión: iremos a apagar el fuego de los bosques, porque el pueblo nos necesita.

—Y rogaremos a Dios por una buena lluvia —dijo Sancho.

—Pide a Dios, Sancho, esta vez será el guía, vamos hacia donde creas que encontraremos un río. —Don Quijote le confiaba a Sancho la búsqueda del agua para apagar el gran incendio forestal que se había desatado—. Vamos amigo, guía que yo y toda esta gente que nos rodea te seguiremos esta vez.

96 Así, con mucha valentía, como los excombatientes casi sin armas de las dos guerras que naciones hermanas trajeron contra el Paraguay, don Quijote y Sancho, cantando la canción *Tre-ce Tuyuti*<sup>15</sup> con sus baldecitos en lo alto, al trote y al galope, fueron a dar fin al gigante monstruo de fuego.

15. Canción de epopeya de la guerra del Chaco, considerada el himno de la polka paraguaya, conocida también como «Regimiento 13». El autor es el poeta y compositor Emiliano R. Fernández.

## **Capítulo VII**

En donde don Quijote  
de la Mancha visita Bolivia

Unidad Educativa Hernando  
Siles Reyes  
La Paz. Bolivia

**Tutora literaria**  
Mariana Ruiz

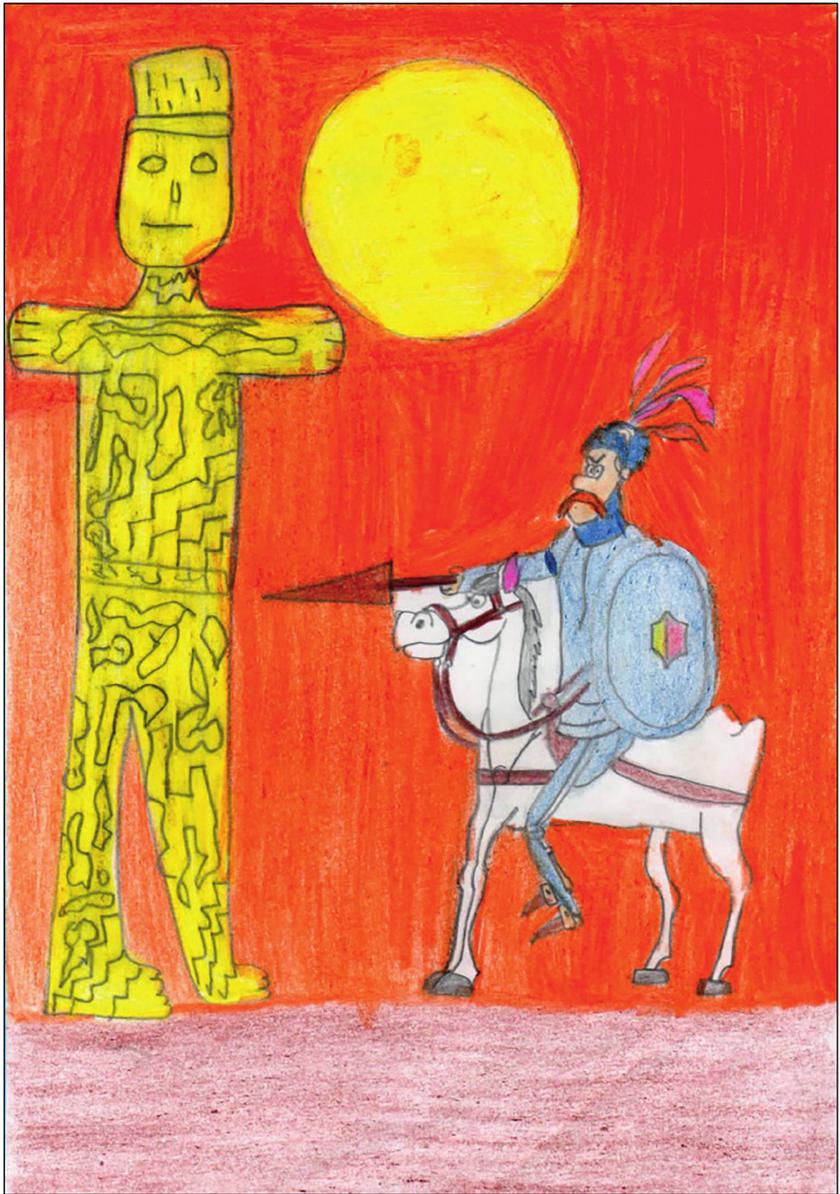


## **Profesorado**

María Patricia Barrios Maldonado  
Mariana Ruiz Romero

## **Alumnado**

José Enrique Tarqui Aguilar  
Gabriel Leonardo Quisbert Flores  
Randy Valentín Puna Laime  
Limberth Josué Martínez Lima  
Jhonny José Navarro Morales



## Capítulo VII

### En donde don Quijote de la Mancha visita Bolivia

Don Quijote de la Mancha, acompañado de su fiel escudero Sancho Panza, su caballo Rocinante y el burro Rucio, en sus múltiples viajes llegan a la ciudad de La Paz, Bolivia, en busca de su damisela Dulcinea.

101

Don Quijote y sus amigos, después de muchos días de viaje, llegan a una ciudad muy poblada llamada El Alto, la atravesaron cabalgando y allí escucharon rumores que hablaban de su amada Dulcinea. Estos decían que por ahí ella se encontraba en la ciudad de La Paz, en la Unidad Educativa Hernando Siles Reyes, como profesora de un curso de Primaria, dando clases a los niños de la comarca.

Al llegar a La Paz, nuestros héroes se internaron en esta ciudad, maravillándose cada vez más con su enormidad, sorprendidos de la belleza de sus montañas, en donde se encuentran las edificaciones de diferentes casas y la majestuosidad del sorprendente Illimani; así cabalgaron velozmente por la autopista, para llegar donde su amada Dulcinea.

Lastimosamente, ellos no pudieron llegar a su destino, se tropezaron con una manifestación en favor de la democracia, Sancho y don Quijote, con mucha convicción, decidieron unirse a esta lucha para que reine la paz y tranquilidad de esta ciudad.

Don Quijote tuvo que ir a reunirse con el presidente del país, para intervenir dando soluciones en este conflicto. Le costó mucho convencer al presidente para que reine la democracia.

Al finalizar la tarde, don Quijote y sus amigos tuvieron que buscar un lugar donde pasar la noche, pidiendo cobijo a nuestro artista Mamani Mamani. Ellos quedaron sorprendidos por el arte que él ilustraba. El artista, también sorprendido por la armadura de don Quijote, pintó un cuadro de todos ellos, demostrando el talento artístico que posee. Mamani Mamani les habló mucho sobre nuestra maravillosa ciudad y don Quijote le habló mucho sobre Dulcinea. Como su bella dama amaba a los animales, dedujeron que ella podría encontrarse cuidando a los animales en el zoológico de Mallasa.

102

Don Quijote, convencido de que esta vez encontraría a su damisela Dulcinea, le dijo entonces a su fiel acompañante:

—¡Mi servil conserje, iremos a ese lugar llamado Mallasa, donde se encuentra el zoológico de La Paz!

Cabalgando llegaron a este maravilloso lugar. Al llegar al parque zoológico, Sancho Panza pidió dos boletos al señor de la boletería. Al entrar al zoológico, el travieso Rocinante se escapó, don Quijote y Sancho Panza tuvieron que buscarlo hasta dar con él, luego fueron a explorar el lugar.

Sancho Panza, de pronto, vio que algunos monos se estaban burlando de la vetusta apariencia de don Quijote de la Mancha. El hidalgo caballero, al percibir esta burla, dijo:

—Sancho, tenemos que librar una dura batalla contra ese gran ejército de negros enmascarados.

A lo que Sancho Panza contestó:

—Pero, mi señor, ¡yo solo veo un grupo de inofensivos monos!

Sancho trató de detener a su señor don Quijote de la Mancha, pero don Quijote no quiso parar, y vio que la jaula de los simios estaba cerrada.

—¿Cómo entraremos, mi fiel escudero? —preguntó entonces don Quijote—. Estos astutos enmascarados están protegidos por una gran barrera de metal muy duro.

Como don Quijote de la Mancha estaba gritando, su bello caballo Rocinante lo escuchó, y decidió adentrarse a la jaula a todo galope.

Mientras ellos luchaban, el guardia del parque vio lo sucedido y sacó a don Quijote y a su caballo de la jaula.

Después, don Quijote de la Mancha, Sancho Panza, Rocinante y Rucio, muy sorprendidos por la grandeza del parque, siguieron explorando el lugar, buscando a su amada Dulcinea. Había muchas señoritas que amaban a los animales, lastimosamente, ninguna de ellas era Dulcinea, ellos estaban muy tristes por lo sucedido.

El caballo Rocinante y el burro Rucio acabaron cansados por tanta búsqueda, así que Sancho Panza les dijo:

—Vengan, iremos a buscar posada para pasar la noche.

Al seguir caminando encontraron hospedaje en el Alojamiento Los Ángeles. En este lugar, don Quijote confundió a una señorita recepcionista con su Dulcinea del Toboso.

Sancho pidió:

—Señorita, necesito un dormitorio con dos camas para mi persona y mi señor don Quijote de la Mancha, y un establo para mi burro y el caballo de mi señor.

En el alojamiento, Sancho Panza vio una fotografía de Tiwanaku y se la mostró a su señor. Mientras todos dormían, don Quijote soñó que Dulcinea se encontraba en manos de un gigante de piedra y le pedía ayuda para ser rescatada.

Don Quijote, al despertar, inmediatamente ordenó a sus compañeros dirigirse a Tiwanaku. Pronto partieron nuestros héroes a todo galope, tomando el rumbo en busca de la mujer de sus sueños, su damisela, Dulcinea del Toboso.

Durante el viaje, ellos se sorprendieron de la amabilidad de los pobladores de los distintos lugares que recorrieron.

A don Quijote le pareció que el lugar era muy caluroso, desértico y con un hermoso paisaje.

104 Al llegar a Tiwanaku, él, su caballo Rocinante, su fiel escudero Sancho Panza y su burro Rucio se encontraban muy sedientos, don Quijote, al verlos en esa situación, decidió descansar un momento.

—Muchas gracias —dijo Sancho Panza.

—De nada, mi fiel compañero, es momento de descansar. Espérame un rato, iré a buscar agua.

Luego de un rato, para mala suerte de don Quijote, no pudo encontrar ni una gota de agua. Mientras tanto, su caballo Rocinante se escapó nuevamente, porque estaba muy sediento. Don Quijote y Sancho tuvieron que encontrarse y salir otra vez en busca del travieso Rocinante.

Al encontrarlo se toparon con una colosal escultura tallada en piedra; se trataba del monolito Bennett y don Quijote exclamó:

—¡Sancho, ten cuidado, que allá hay un gigante!

—Pero, señor, ¿cuál gigante? ¡Si yo solo veo una figura tallada en una piedra enorme!

Sin hacerle caso, don Quijote sacó su lanza y partió a todo galope para embestir al gigante; dándose de bruces contra el monolito, él y su caballo Rocinante salieron despedidos por el golpe a un costado, provocando la risa de Sancho.

Sancho, al verlos en el suelo, fue a ayudarlos a pararse, desempolvándolos y aguantándose la risa.

Cuando estuvieron en pie y repuestos, decidieron explorar el lugar y vieron las hermosas estatuas.

Muy cansado, nuestro héroe don Quijote de la Mancha seguirá buscando nuevas aventuras hasta encontrar a su amada Dulcinea.



## **Capítulo VIII**

As aventuras de dom Quixote  
no Brasília

Centro Educacional 416  
de Santa Maria  
Brasília. Brasil

**Tutor literário**

Weslwei García de Paulo



## Profesorado

Eduardo Rodrigues dos Reis

## Alumnado

Rafael Izumi Nagase Bandeira

Richard Brum Pereira Feitosa

Wesley Acácio da Silva

Ana Cecília Mesquita

Laura Rodrigues de Barros

Stehéfany Ketlyn da Silva Souza

Emilly Victória Fideles dos Santos

Yaslisson Kaleu Gomes Martins

Ana Laura Rodrigues Braz

Emilly Rayelle Maria poça Rodrigues

Flávio Gabriel Lima da Silva

Geovana Machado Gomes

Gustavo Tavares Braga

Isabela Cristina Oliveira Irene

João Victor Ribeiro Andrade

Kamila Eduardo Milanez de Araújo

Lucas Eduardo Milanez de Araújo

Nicolas Teófilo da Silva

Victor Vasconcelos Dias Sousa

Victor Nascimento das Neves

Beatriz Fernandes de Araújo

Emilly Oliveira da Silva

Maria do Socorro Aguiar Silva

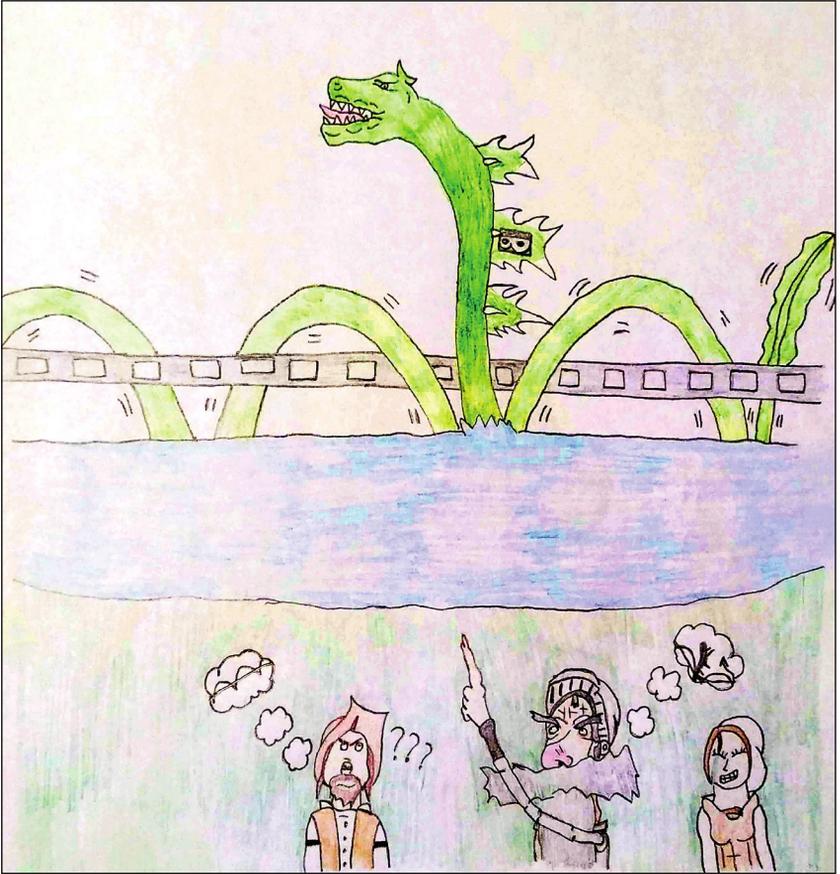
Acsa Victória Ribeiro do Nascimento

Gabryella Kelly Oliveira Moreira Lima

Samara de Souza Miranda

Roberta Vitória dos S. Silva Ferreira

Carlos Ycaro Ribeiro Resende



## Capítulo VIII

### As aventuras de dom Quixote no Brasília

Em uma tarde de sol no verão espanhol, Quixote estava dando voltas em sua sala tentando desvendar os motivos pelos quais a amada Dulcineia não correspondia aos seus encantos. Era dia 27 de junho de 2019, e o detalhe do suor que escorria pelo rosto de Quixote registrava um dos dias mais quentes da cidade de La Mancha naquele ano. Ele estava em sua casa aguardando Pança para mais uma reunião demorada.

111

Passava das três horas da tarde quando o seu fiel escudeiro chegou ofegante e com passos arrastados; cansado, assentou-se esparramado no sofá e enxugou sua testa molhada. Quixote o recebeu eufórico. Pulava feliz no tapete central de sua sala enquanto gritava pela jovem Guadalupe para servir um suco. Pança encarou-o e questionou sobre o motivo da tal reunião. Depois de levantar o olhar, de puxar o ar pelos pulmões e com postura ereta, o autêntico cavaleiro explicou suas razões:

—Sancho, meu amigo, descobri um jeito de fazer Dulcineia perceber que me ama!

—Como é possível manter essa fantasia romântica? Dulcineia nem tem conhecimento de sua existência! —disse Pança com a testa enrugada, demonstrando incredulidade e inquietação.

Quixote virou as costas e prosseguiu tranquilamente seu plano sem dar importância ao que dizia Sancho Pança:

—Nobre amigo, há dias tive um sonho que me impressionou! Pois bem, nesse sonho revelador, descobri que existe na América do Sul um livro mágico capaz de fazer acontecer ou modificar as histórias das pessoas!

—Ai meu Deus! —Suspirou Pança levando a mão ao rosto.

—Meu caro escudeiro, mesmo que não tenha perguntado, vou responder: o local exato na América do Sul onde está nossa preciosidade é um extenso país com clima tropical! Brasil é o nome dele. É para lá que vamos.

**112** Sancho Pança arregalou os olhos e ficou boquiaberto com a nova maluquice do amigo. Como de costume, ele já sabia que não adiantava contestar e só lhe restava concordar.

—O que, então, pretende com o tal livro brasileiro?

Dom Quixote abriu um largo sorriso. Voltou-se ao amigo dizendo:

—Com esse livro valioso, poderemos escrever um final feliz em que Dulcineia aceita meu pedido de casamento e, assim, viveremos uma grande história de amor! Pança consentiu com a viagem e perguntou quando seria. Enquanto servia o suco, a jovem Guadalupe se entusiasmou com a possibilidade de adquirir «algo precioso». Ambiciosa, viu a chance de tornar-se rica e mudar de vida.

Dom Quixote ia respondendo ao questionamento de Pança quanto à data da viagem, quando foi, de repente, interrompido por Guadalupe:

—Excelente ideia, Senhor Quixote! O Brasil é um país maravilhoso!

—Conhece o Brasil? —perguntou Quixote admirado.

—Conheço sim! Muitíssimo! Tenho até parentes por lá. Se quiseres, posso ir junto para ajudar a encontrar a tal «preciosidade»!

—Excelente ideia! —concordou Quixote.

Surgiu uma dúvida e uma certa insegurança em relação aos custos da viagem. Então, Sancho resolveu expor o plano:

—Por que não vendes os teus livros? Assim, conseguiríamos dinheiro suficiente para todos viajarmos!

Quixote deu um salto e esperneou alto:

—Nunca! Meus livros são minhas fontes mais preciosas! Jamais poderei me desfazer de meu maior tesouro!

Guadalupe colocou a bandeja sobre a mesa, torceu o nariz, coçou ligeiramente a testa e logo tentou pensar em algo e disse:

—Já sei! Tive uma ideia, Senhor Quixote! Próxima à entrada de sua biblioteca tem um baú antigo com várias coisas velhas. Talvez possamos ganhar algum dinheiro com a venda de alguns objetos.

—Excelente ideia, minha jovem! —Concluiu Quixote, seguindo rapidamente ao encontro do tal baú.

O baú estava jogado entre pilhas de panos surrados e empoeirados ao lado de uma porta envelhecida que dava entrada à biblioteca. Quixote retirou os panos e subiu um lençol empoeirado que tomou parte da biblioteca. Em meio a tosses e espirros, Quixote e Sancho vasculharam o interior do artefato antigo e, para surpresa dos dois, ali encontraram uma coleção rara de moedas antigas que valia uma fortuna, um relógio de bolso, que possivelmente havia pertencido ao seu avô, além de um rádio a pilhas.

Quixote e Sancho negociaram os achados com rapidez no antigo armazém do Senhor Manoel —vizinho sistemático colecionador de objetos antigos. Conseguiram uma quantia suficiente para cobrir suas despesas e da jovem Guadalupe.

No dia seguinte, logo cedo, eles partiram para o Aeroporto Central de Ciudad Real. Quixote estava cabisbaixo por ter que

deixar Rocinante para trás enquanto passava esse período no Brasil.

No momento em que já estavam no avião, dom Quixote olhava pela janelinha e tentava enxergar o que esperava por ele, mas nada conseguiu ver além de nuvens. Após uma longa e enfadonha viagem de quase treze horas de voo, enfim Quixote, Pança e Guadalupe chegaram ao Aeroporto Internacional Presidente Juscelino Kubitschek, em Brasília.

114 Era quase meio dia de um sol escaldante com tempo seco que fazia o peito queimar ao respirar. Quixote olhou o céu azul de Brasília e não tinha a menor ideia por onde começar a procura do tal livro.

Guadalupe imaginou que se o livro era tão precioso e valioso, provavelmente estaria guardado em algum local de segurança reforçada. Perguntando ao motorista do táxi que eles tomaram, a moça recebeu de resposta que o lugar, possivelmente, era o Palácio do Planalto, sede do Governo do Brasil.

A partir das informações recebidas pelo motorista, Guadalupe logo tramou um plano. Ela explicou a Quixote que o tal livro estaria no Palácio do Planalto por ser a sede do governo.

Quixote franziu a testa e analisou brevemente. Aquela lógica levantada pela jovem fazia sentido. Ele concluiu que o livro só poderia estar no poder do Rei do Brasil. Sancho até tentou explicar que o país não era uma monarquia há muito tempo. Mas, como de costume, dom Quixote afirmava insistentemente que ali era uma monarquia, que ele era um cavaleiro e que podia tentar uma audiência com o Rei brasileiro para pedir o livro. O que não sabia.

Quixote é que tudo não passava de uma estratégia de Guadalupe para despistar a dupla e tentar conseguir sozinha a preciosidade.

Passando pela via que dá acesso ao Congresso Nacional, Quixote com expressão de espantó, fez o carro parar. Ele desceu com o veículo praticamente ainda em movimento e saiu às pressas na direção do Palácio, sede do Supremo Tribunal Federal. Ajoelhou-se de frente à estátua da justiça a qual é a imagem de uma mulher sentada com os olhos vendados e espada à mão. Essa escultura representa o poder Judiciário.

Pança e Guadalupe chegaram ofegantes:

—Que diabos está fazendo? —perguntou Sancho.

—Silêncio! —Gritou Quixote forçando o amigo a inclinar-se perante à imagem da escultura:

—Não tem temor? Estamos diante da Guerreira guardiã do mapa.

—Mapa? De que mapa está falando, seu maluco? —questionou Sancho enquanto bagunçava os próprios cabelos.

—Não seja insano, Sancho Pança! Ela vai liberar o mapa.

O taxista chegou ofegante e tentou explicar que ali era apenas a estátua da representatividade da justiça. E que, na verdade, havia alguns escritos desenhados na lateral da escultura. Quixote aproximou-se das marcas gravadas e conseguiu enxergar a letra «B» rebuscado. Ele sorriu e entendeu que se tratava de um código. Com a solução desse enigma, eles alcançariam o palácio onde estava o livro mágico.

—Ele não bate bem, não é? —O taxista perguntou assustado—. Pois acho que esse cara tem chifres no lugar de um cérebro! —alfinetou Damião. Pança não gostou e ia para agressão quando Quixote interrompeu:

—Chifres? Você disse chifres, meu jovem?

Damião cerrou os dentes. Pensou um bocado e sugeriu um lugar:

—Olha só, conheço um lugar de chifres! Mas sairemos dessa rota e cobrarei mais caro...

—Fechado! —Empolgou-se Quixote: —Vamos ao encontro desses chifres, meu caro. Em busca da segunda dica!

Era o que faltava: o taxista mudou totalmente o percurso da viagem que levava ao Palácio presidencial e seguiu rota contrária, na famosa BR-040. Ele conduziu os viajantes até o famoso monumento na entrada da Marinha próximo, ao município de Valparaíso. Uma escultura enorme azul com o nome de Solarius. O apelido da escultura era chifrudo. Uma imagem contorcida que demarcava um perigoso cruzamento de fluxo intenso de carros. Como imaginado, Quixote abriu a porta do carro e gritou contra a escultura:

116

—Alto e avante, sua monstruosidade! Diga-me onde está a segunda dica para encontrarmos o livro!

As pessoas que passavam por ali paravam, olhavam e não acreditavam no que viam. Um fidalgo esperneando contra a imagem do chifrudo com a espada em punho. Sancho observava desconcertado e tentava em vão convencer o amigo a não travar mais aquela batalha.

Olhando fixamente no formato da estátua, Quixote conseguiu enxergar a imagem de uma letra. Foi o suficiente! Logo, Quixote tossiu fortemente e bateu com força a mão fechada contra o peito antes de concluir:

—Fiel escudeiro, veja só: esta monstruosidade, este ser pontiagudo e sinistro traz consigo a letra «R»!

Guadalupe se aproximou de Sancho Pança e, coçando a cabeça, perguntou:

—Por que ele insiste em lutar contra monumentos?

—Não ligue, são só coisas da cabeça dele! —Respondeu Sancho.

Quixote levantou o indicador direito apontando para a entrada que fica à esquerda, após o monumento do chifrudo.

Essas coordenadas davam acesso à Marinha e a um presídio. De lá, após longa estrada esburacada, a cidade mais próxima seria o Paranoá. Damião tentou convencer que esse caminho não seria o mais apropriado. De nada adiantou! Quixote adentrou no veículo e iniciou uma gritaria geral até que todos entrassem. Depois disso, o taxista ligou o automóvel levando-os a estrada indicada por dom Quixote.

Após quase uma hora de viagem de carro, avistaram o lago Paranoá e também a linda Ponte JK, a qual Quixote acreditava ser uma enorme criatura posta ali para vigiar o pântano. Tudo criação da sua imaginação! Na sequência desses acontecimentos, o cavaleiro desceu do carro já com a espada em punho, lutando contra a Ponte. Distraído, ele escorrega e quase cai no lago quando foi puxado rapidamente por Sancho que gritou para alertar o amigo que um dos três arcos da ponte formava a letra «A». Nesse momento Quixote fitou-lhe o olhar e acalmou-se. Sua respiração ofegante diminuiu. Ele acenou com a cabeça positivamente. De fato, ali formava a letra «A». Era a terceira letra do enigma. Ele apanhou a espada de madeira e entrou novamente no carro.

Damião esperou todos se acalmarem. Tomou a decisão de ligar o carro e retomar com todos ao destino planejado inicialmente: Palácio do Planalto.

Chegando ali, novamente o carro para de repente. Dessa vez, Quixote saiu apressadamente com a madeira avante contra a imagem do Congresso Nacional. Para dom Quixote se tratava de um enorme robô com os pés um para baixo e outro virado para cima. Ali era apenas os dois pratos do Congresso Nacional. Um para Câmara dos Deputados e outro para o Senado Federal.

Quixote rabiscava golpes em carreira na direção a rampa de acesso a entrada principal do prédio quando foi interpelado

por um dos seguranças da guarda oficial. Um dos guardas tinha um «S» em destaque na altura do ombro direito. Quixote olhou e deu às costas voltando a Sancho:

—Veja no ombro desse arauto do gigante metálico de pés virados!

Sancho entendeu que Quixote se referia a letra «S». Dali seguiram a pé. Naquela localidade, os monumentos e prédios são muito próximos. Quixote afirmou que gostaria de seguir sem o carro.

118

Em busca de informações, Quixote conseguiu chegar à frente do Palácio do Planalto. Junto dele estavam Sancho Pança, Guadalupe e Damião. A frente do palácio, eles avistaram a escultura dos «dois candangos», imagem de bronze de oito metros que retratam dois homens enormes. Nesse novo delírio, acreditava ser dois enormes soldados protetores do rei. Ele empunhou a espada contra os tais soldados. Pança e os demais nem tentaram interromper. Mesmo debaixo de sol intenso do planalto central, sentaram e aguardaram terminar o novo devaneio de Quixote.

Após suar um bocado em sua luta sem a menor lógica, Quixote se deu por vencido e resolveu finalizar a briga. Não se sabe ao certo como aconteceu, mas o fato é que Quixote se convenceu que eles conseguiram mais uma letra: o «I». Dando às costas ao monumento, ele adentrou, enfim, ao Palácio do Planalto.

Por ser dia de visita pública, uma simpática anfitriã, funcionária da casa, os atendeu sorridente. Quixote quis saber a possibilidade de conseguir uma audiência com o rei. Sancho ponderou que o amigo sofria de alucinações. Demonstrando compreensão, a moça arregalou o olhar e abaixou a cabeça positivamente. Assim, ela trouxe um outro funcionário bem trajado que se apresentou como o rei. Apenas um guia. Quixote

ficou emocionado quando o rapaz se anunciou Rei do Brasil. O fidalgo baixou a cabeça de cavaleiro em reverência ao monarca. Ele já estava bastante cansado e ansioso. Portanto, não perdeu tempo:

—Vossa Majestade, é uma honra visitar seu país maravilhoso! Solicitei essa audiência porque soube da existência de um livro mágico capaz de alterar e criar as histórias das pessoas. Gostaria de ter acesso a ele.

O rapaz estava surpreso. Sem entender ao certo o que acontecia, viu que Pança piscava discretamente para ele. Logo entendeu que deveria manter toda a armação:

—Meu nobre cavaleiro, o prazer é nosso em recebê-lo, mas lamento em informar que o livro não se encontra aqui. Ele está na Catedral. E a letra daqui é o «U». —Disse o jovem piscando para Pança.

O funcionário desconfiou da pressa e impaciência de Guadalupe que apanhou o cartão de suas mãos com a letra e exigiu que o taxista a levasse rapidamente a Catedral. O guia que se disfarçava de rei sentiu pureza e sinceridade de coração em Quixote, e aguardou todos saírem para correr atrás dele e o puxou pelo braço dizendo:

—Espere um pouco! Eu já desconfiava dessa moça que tenta te enganar. Dei as informações erradas a ela. O local que certamente o Senhor encontrará o livro é na Biblioteca Nacional de Brasília. E pelo que juntei das letras que conseguiste até agora, a última que resta não é o «U» e sim a letra «L»!

Quixote com brilhos nos olhos e coração saltitando de emoção, deu um longo abraço no jovem rapaz e agradeceu:

—És muitíssimo digno de governar essa bela nação!

Finalmente Quixote e Sancho Pança chegaram à Biblioteca Nacional de Brasília. Lá, viram em cima de um mezanino um

pequeno cofre com seis dígitos. Cada local era para uma letra específica. Quixote apanhou do bolso direito da camisa as letras nas ordens que havia conseguido. A sequência era: B-R-A-S-I-L. Ele soltou o sorriso e logo abraçou o fiel amigo. Enquanto abria o cofre, uma mão leve e suave tocou seu ombro. Ele olhou para trás e não pode conter as lágrimas ao presenciar Dulcineia sorridente com os cabelos amarrados e segurando em suas mãos as mesmas letras sequenciais formando o nome BRASIL.

120

Sancho Pança estava totalmente incrédulo no que havia presenciado. Testemunhou Quixote e Dulcineia conversarem longamente e alegremente sobre esta aventura no Brasil. Quixote descobriu que ela sempre soube da existência dele e que a mesma também achava que ele não a conhecia.

Dulcineia e Quixote assentaram-se em um sofá aconchegante próximo dali e passaram a escrever um final para sua história. Sancho Pança conseguiu com o Consulado Espanhol as passagens de volta a La Mancha, onde dom Quixote e Dulcineia se casaram e tiveram filhos. E sempre contavam as histórias de como haviam se conhecido. A jovem Guadalupe, depois de ter seus planos frustrados, nunca mais soube como voltar para seu país de origem.

E com as indicações de Dulcineia, Quixote acrescentou: Sancho Pança foi feliz com a sua Tereza Pança! E ainda, uma burrinha para o burro de Sancho, uma égua para Rocinante e assim todos seguiram felizes.

## **Capítulo IX**

De lo que le sucedió al  
caballero de la triste figura  
con dos personajes llegados de  
otro tiempo y espacio

Centro Unidad Policía Nacional  
Ecuador

**Tutor literario**  
Edgar Alan García

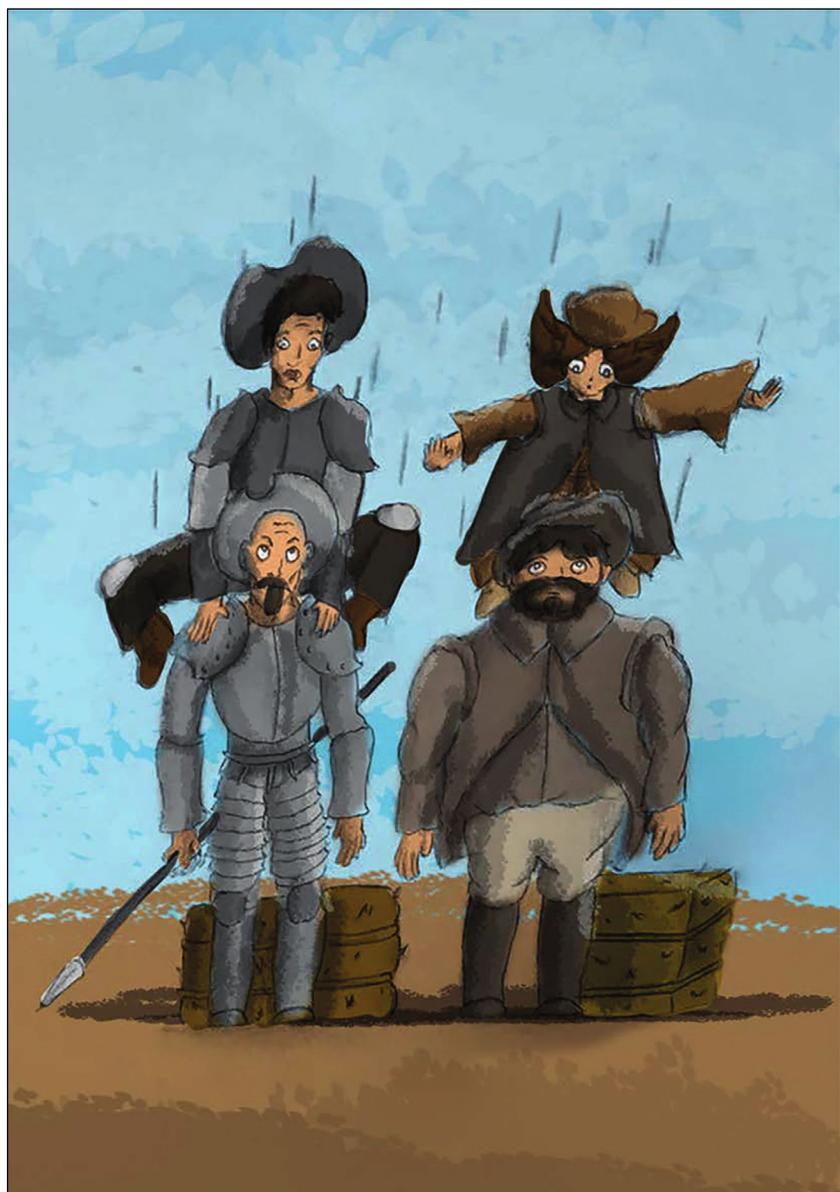


## Profesorado

Ana Lucía Fuertes Ruiz

## Alumnado

Dorian Alejandro Acosta Mendoza  
Fabricio Sebastián Alquina García  
Maritza Salomé Andino Vásquez  
Emilia Daniela Armas Jaya  
Nayeli Abigail Aroca Chamba  
Maverick Joel Barreno Machado  
Arlet Doménica Bonilla Gavidia  
Edwin Jesús Carrillo Galindo  
Jordy Ismael Chango Saquina  
Ian Rahy Catota Santos  
Alexis Jesús Cuyo Ugsha  
Sebastián Vinicio Falcón León  
Michael Daniel Fonseca España  
Alan Jahir Gavilanes Campaña  
Erika Brighit Guamán Vizuite  
Camila Victoria Guevara Gutiérrez  
Heredia González Josephlin Alexandra  
Daniela Alejandra Lobatón Pallo  
Luis Mateo Malliquinga Lara  
Cristofeer Xavier Manzano Acosta  
Xiomara Gisell Palacios Aguilar  
Joel Chritopher Pérez Chango  
Julio Alejandro Potosí Banda  
Emily Yanira Quishpe Muzo  
Mateo Alejandro Rodríguez Proaño  
Evelyn Janeth Rodríguez Coronel  
Ronny Fernando Tapia Burgos  
Britanny Abigail Toapanta Chancusig  
Melany Anahí Viera Virachocha



## Capítulo IX

### De lo que le sucedió al caballero de la triste figura con dos personajes llegados de otro tiempo y espacio

No era la primera vez que en el cole había un concurso de disfraces, pero esta vez Ariana y Emanuel se pusieron de acuerdo y se disfrazaron de Sancho Panza él y de don Quijote ella. La barba de algodón y la olla que tenía sobre la cabeza Ariana era lo que más llamaba la atención, en tanto que Emanuel parecía un globo a punto de reventar con las almohadas que su mamá había colocado debajo del traje. Mientras esperaban la decisión del jurado, escucharon un estruendo.

—¿Te asustaste? —preguntó burlándose Emanuel.

—¿Yo?, ja, ja. A que no te atreves a ir a esa habitación oscura, cobarde —dijo Ariana.

—Vamos —dijo entonces Emanuel, y ambos entraron corriendo a la habitación a oscuras.

En esta había una serie de espejos cubiertos con telas. Cuando Ariana destapó uno de un tirón, el espejo de más de dos metros de alto cayó de pronto sobre ellos, pero en lugar del golpe que esperaban, sintieron que volaban por los aires y fueron a caer sobre un par de hombres que atravesaban una quebrada, por lo que los cuatro rodaron por la pendiente. Repuestos del susto, unos tipos, muy parecidos a los dibujos de don Quijote y Sancho Panza, les echaron una mirada a los muchachos que, a su vez, se los quedaron viendo boquiabiertos.

—¿Quiénes sois?, ¿acaso sois unos caballeros andantes como quien les habla? —preguntó el que se parecía a don Quijote. Emanuel, sin saber qué decir, exclamó:

—Ella es don Quijote y yo soy Sancho Panza.

—No puede ser —dijeron los otros al unísono—, somos nosotros Sancho Panza y don Quijote de la Mancha.

—Esto no puede ser más que un encantamiento —exclamó el que parecía don Quijote.

—Es posible, pero avancemos, que ya estamos cerca de una venta —dijo el que se parecía al Sancho Panza del libro.

126

Ariana y Emanuel los siguieron sin decir palabra.

—¿Llamáis esto una venta? —gritó de pronto el adolorido y maltrecho hombre que, al parecer, era el verdadero Caballero de la Triste Figura.

—Sí —dijo su regordete compañero—, una venta, mi señor.

—Pues a mí me parece un castillo y esa mujer que sale a nuestro encuentro, una hermosa dama.

A Ariana y Emanuel les costó contener la carcajada, pues la que había salido a socorrer a don Quijote era la mujer más fea que jamás habían visto; tenía piernas cortas, espaldas anchas, cara aplastada, bigote y, como si fuera poco, era tuerta. La mujer, que dijo llamarse Maritornes, y su hija cargaron a don Quijote hasta el granero y lo depositaron sobre un catre más duro que una piedra. Ariana y Emanuel se quedaron impresionados por el olor que despedía el lugar, una mezcla de moho, orines y paja guardada.

—Asqueroso —exclamó Ariana.

—Y eso no es nada —dijo Emanuel, señalando el piso.

Por donde veían, no había más que animalitos oscuros caminando por todas partes, insectos diminutos que solo habían visto en el laboratorio del colegio. Cuando cayó la noche,

a Ariana y a Emanuel no les quedó otra opción que dormir en ese lugar lleno de pequeños habitantes. Un poco más allá, se acostó a dormir un tipo que no hablaba con nadie, solo con Maritornes, aunque en voz baja. Ni Ariana ni Emanuel podían dormir. También don Quijote se mantenía despierto, quejándose de dolor, pero a poco, en la oscuridad, distinguieron a Maritornes que caminaba tratando de no hacer ruido. Don Quijote se levantó de un salto, como si no le doliera nada, y tomó a Maritornes por los brazos. Ariana y Emanuel escucharon divertidos como don Quijote le agradecía a la «bella dama» por visitarlo en la noche. Emanuel se acercó a don Quijote para convencerlo de que soltara a la espantosa Maritornes que, a todas luces, estaba por reunirse con el arriero que dormía en la cama del rincón, pero como don Quijote no la dejaba ir y seguía hablando sandeces, Ariana se acercó al oído de este y le recordó a Dulcinea del Toboso que, según ella había leído, era la dama por la cual don Quijote se había lanzado al mundo en busca de aventuras que honraran su nombre. En ese instante, don Quijote reaccionó, pero en su locura pretendió darle un beso a Ariana pues, según decía, era la muchacha más guapa que él jamás había conocido. Emanuel empezó a forcejear con don Quijote, para arrebatarle a Ariana, pero el arriero de la cama de al lado, al darse cuenta de que su Maritornes estaba en el catre de don Quijote, se le echó encima.

127

En medio de la confusión, Ariana y Emanuel decidieron esconderse en un baúl, pero su sorpresa fue grande cuando, atrás de ellos, se metieron don Quijote y Sancho Panza. En un instante salieron los cuatro al salón de espejos del cole.

Al parecer, entre el momento de desaparecer y regresar, no habían pasado sino unos minutos, porque, de inmediato, escucharon sus nombres por el altoparlante.

Al hacer su aparición en el escenario del colegio, Ariana y Emanuel fueron recibidos con nutridos aplausos. Que ellos eran los ganadores, decía el maestro de ceremonias, pero en primera fila vieron a don Quijote de la Mancha y a su buen escudero Sancho, que los saludaban con la mano. Terminada la ceremonia, los cuatro salieron a la calle.

—¡Dios!, ¡cuántas carretas! —gritó don Quijote.

—¡Y sin borricos que las halen! —completó Sancho Panza.

128

Estaban asustados. El ruido les parecía ensordecedor, las montañas alrededor de Quito excesivamente altas y la multitud un remolino asfixiante.

—El Ecuador es más que esto —dijo Ariana—. Podríamos llevarlos a conocer nuestras selvas y montañas.

—Si he de ser sincero, preferiría largarme de aquí cuanto antes —exclamó don Quijote espantado.

—Tenemos que regresar al cuarto de los espejos —dijo entonces Emanuel. Y así lo hicieron.

—No sé cómo funciona esto —dijo Ariana, pero don Quijote tropezó con una tabla suelta y en seguida un espejo enorme se vino abajo y cubrió a don Quijote y Sancho Panza que, inmediatamente, desaparecieron debajo de él.

Ariana y Emanuel se abrazaron emocionados. Habían logrado que sus amigos retornaran a su época o, más bien, al libro que hablaba de su época. Lo que no sabían era que ellos también eran personajes de un cuento, este que estás leyendo en este instante.

## **Capítulo X**

Que trata de lo acontecido a Quijote y Sancho en tierras del Nuevo Reino en busca de la ciudad de oro llamada El Dorado, y de cómo lograron proteger el secreto de su existencia

Colegio Instituto Técnico Distrital  
Juan del Corral.  
Bogotá. Colombia

**Tutor literario**

John Fitzgerald Torres



## **Profesorado**

Carolina Arias Arenas  
Daniel Andrés Buitrago Quemba  
Fernando Ramos Martínez  
Alexandra Alonso García  
Silvia Rebeca Vega Riaño  
Malkarina Camargo Vanegas  
Luis Alfonso Rivera Duarte

## **Alumnado**

Julián Camilo Arango Laverde  
Ángela Ávila Perdomo  
Daniel Camargo Lara  
Andrés Felipe Caro Figueroa  
María Fernanda Díaz  
Nicolle Garaviz Sánchez  
David Santiago Gómez Alfonso  
Nicole Hernández Hernández  
Paula Valentina Laverde Rojas  
Karen Daniela Mancipe López  
Nicolás Merchán Pedraza  
Sharon Nicolle Montaña  
Samuel David Montoya Díaz  
Juan Camilo Murillo Mongui  
Sofía Riaño Cruz  
Laura Rodríguez Vela  
Santiago Rojas Rocha  
Nicolás Vera Quintero



Magda M. B.   
 2010

## Capítulo X

### Que trata de lo acontecido a Quijote y Sancho en tierras del Nuevo Reino en busca de la ciudad de oro llamada El Dorado, y de cómo lograron proteger el secreto de su existencia

De aquel lugar decían que era extraño e inquietante, y tan hermoso como peligroso. Habían oído hablar de él por un mercader de especias de ultramar de nombre Ricote, con quien habían coincidido en un hostel del camino. El ingenioso hidalgo y su fiel escudero aún recordaban con claridad sus palabras:

—Y hablando de aventuras, señores, he escuchado de la existencia de un lugar formidable en el Nuevo Mundo, una ciudad hecha por completo de oro que existe en medio de una selva impenetrable. Solo un hombre conoce el camino, un poderoso chamán, una especie de sabio, mago y curandero de aquellas gentes, que vive en un valle entre las montañas de por allí y cuyos hechizos son capaces de enloquecer a cualquier hombre ambicioso que quiera conocer aquel portento. Su nombre es Kanac, y el de la ciudad, El Dorado.

Nada más escuchar esto, los ojos de Sancho Panza se habían abierto a punto de salirse. Y antes de que don Quijote pudiera decir palabra alguna, el escudero preguntó, seguro de que esa ciudad increíble era mil veces mejor que la tal Barataria.

—¿Y en dónde dice vuestra merced que queda la tan dicha ciudad de oro?

—En los nuevos lugares de este reino, al otro lado del inmenso mar, en lo que hoy se nombra entre nosotros como el Virreinato de la Nueva Granada.

—¡Pues a buscarla iremos! —exclamó el escudero poniéndose en pie, dispuesto a partir de inmediato.

Como cosa rara y por primera vez, en esta ocasión fue don Quijote quien resolvió seguir a Sancho en la aventura. En parte porque no quiso defraudar la ilusión de su escudero, a tal punto lo estimaba ahora, y en parte también, porque supuso que en aquel nuevo reino con seguridad había muchos asuntos que destorcer.

134

Después de muchos días en los que atravesaron el mar en la barriga de un viejo galeón, desmejorados por el mareo continuo, las sacudidas del oleaje y las noches de tormenta, el viejo hidalgo y su escudero, junto a sus inseparables cabalgaduras, llegaron por fin a las costas del nuevo continente. Luego, siguiendo las indicaciones de cuantos se topaban, remontaron las montañas por caminos rocosos y se internaron en un boscoso valle, siguiendo un sendero marcado con extraños jeroglíficos.

Mientras sentía su corazón palpitando con mucha fuerza, Sancho recordaba lo que había oído referir en el barco sobre tesoros misteriosos, leyendas de apariciones, rituales de sacrificios, exóticos altares y poderosos reyes indígenas que llamaban caciques. Marchando aferrados a sus cabalgaduras, el caballero y su escudero pronto descubrieron varios grupos de personas de aspecto amable que, pese al frío del lugar, caminaban prácticamente desnudos, luciendo en sus cuerpos vistosos dibujos de animales y plantas.

Avanzaron entre inmensos árboles y pronto la oscuridad cayó sobre ellos. Aquella primera noche en el valle durmieron junto a un río, sintiendo que entre la espesura muchos ojos los observaban. Solo los amparaban las estrellas.

—Bien me parece que brillan más que de donde venimos, ¿no os parece, señor? —dijo Sancho.

—Mi dulce Dulcinea estaría encantada de ver este cielo tan precioso. Quizá algún día la traiga hasta este paraíso —respondió ilusionado el hidalgo.

Una sinfonía de cientos de pájaros nocturnos les arrulló el sueño.

Nada más abrir los ojos al día siguiente, vieron muy cerca de ellos la empalizada de la hacienda indígena donde gobernaba el chamán, tal como se la habían descrito. ¿Cómo no la habían visto antes? Ascendieron a una pequeña colina y la divisaron mejor. Era una gran enramada bordeada con piedras, que al hidalgo se le antojó un fabuloso castillo como no había visto nunca.

Les tomó apenas media hora llegar hasta ella.

A medida que se acercaban al paso manso de Rocinante y Rucio, descubrieron varias empalizadas más. Era una población completa.

—Y si el tal chamán es en verdad un hechicero, ¿no corremos mucho riesgo? —se preocupó Sancho.

—Pues hechizos podrá tener, pero a lo mejor también, buena comida y cama para estos visitantes.

—¿Cree vuestra merced que estaremos seguros? —vaciló el escudero de nuevo.

—No seas necio, Sancho. Eso lo sabremos al llegar allí. ¡Apresuraos! —alentó el caballero, dirigiéndose decidido a la casa de mayor tamaño, situada en la mitad de las demás.

Los que los vieron llegar, gentes que apenas si cubrían sus cuerpos con hermosas plumas, les abrieron el paso. De entre aquellos pobladores, salió de pronto una joven muchacha de belleza muy particular, de ojos y cabellos muy negros y de piel del color de la miel, que se interpuso en su camino con una mano en alto.

—Mi nombre es Anam —dijo la joven en un perfecto español que los sorprendió—, soy hija de Kanac, señor de estas tierras, y si venís en paz, sed bienvenidos.

—Pues en hora buena —exclamó el hidalgo con entusiasmo—, soy el caballero don Quijote de la Mancha y este es mi buen escudero Sancho Panza. Somos gente de paz y es precisamente al gran Kanac, tu padre, a quien queremos saludar.

Entonces se escuchó el grito de alguien desde adentro de la enramada.

—¿Quién interrumpe mi siesta a esta hora?

Y al instante apareció por la puerta un hombre viejo, de gran estatura y cubierto de grandes plumas y ramas.

—¿Y estos quiénes son? —preguntó el anciano a los otros que ahora rodeaban a los visitantes.

Entonces se apresuró Sancho a responder, mientras él y su señor descendían de las cabalgaduras.

—Este es mi señor don Quijote y soy yo su escudero, Sancho, y hemos venido a conocer al gran Kanac.

El viejo chamán pareció sobresaltarse.

—Pues Kanac soy yo, esta es mi gente y este mi reino. Y ahora decidme, viajeros, el motivo de vuestra visita. —Y antes de que los forasteros pronunciaran palabra, el anciano agregó, señalando a su hija:

—Y tú, Anam, ve en busca de Frederick, príncipe del otro lado del mar; a lo mejor, también él quiera conocer a estos visitantes.

A la orden de su padre, la joven marchó hacia la espesura, mostrando en su semblante una mueca de desagrado, que causó curiosidad al caballero. Fue entonces cuando, ya impaciente, Sancho se atrevió a indagar al chamán:

—Gran Kanac, señor de estas tierras, hemos oído hablar mucho de cierto secreto fabuloso, cuya existencia quisiéramos comprobar.

El chamán le clavó la mirada al escudero, seguramente sabiendo de qué se trataba. Sancho continuó, sin ningún rodeo:

—¿Es verdad que cierta ciudad hecha por completo de oro existe en estas vuestras tierras?

Con extrema lentitud, el chamán se sentó sobre el suelo, lo pensó unos segundos, movió las manos en el aire como si dibujara un pájaro y luego respondió con mucha calma:

—Debo hablar con la verdad. Sí, así es, existe esa ciudad. Sus gentes la llaman El Dorado y el camino hacia ella solo es dado conocer a los hombres de corazón limpio.

Don Quijote y Sancho se miraron entre sí, preguntándose con los ojos si acaso eran ellos hombres de esa clase. Y como no atinaban a responder del todo, el chamán exclamó:

—No es necesario saberlo ahora. Ya vendrá el momento de probar qué tan limpio es vuestro corazón. Por lo pronto, debo decirles que han llegado vuestras mercedes en buen momento. Mañana mismo mi hija Anam unirá su vida a la de Frederick, príncipe del otro lado del mar, quien dice amarla y ha prometido llenarla de riquezas. Están vuestras mercedes invitados esta noche a la celebración y mañana se sentarán junto a mí en la ceremonia.

—Pues será un verdadero honor acompañaros, señor Kanac —dijo don Quijote, sin perder compostura y entusiasmado con la idea.

—Ahora, vamos —dijo entonces el viejo chamán, levantándose con la ayuda de un par de sus guardaespaldas. —Tal vez les apetezca conocer al buen Frederick.

Caballero y escudero ataron sus cabalgaduras a un árbol y siguieron al chamán y a sus ayudantes por un sendero empedrado.

Llegaron hasta un lugar despejado entre el bosque donde varios indígenas danzaban y bebían un líquido muy espeso de unos cuencos vegetales. Uno de ellos les ofreció de la bebida.

—Lo llamamos chicha, y es el jugo del corazón del maíz, nuestra planta —les advirtió Kanac.

El caballero y su servidor comieron y bebieron hasta hartarse, como para olvidarse de toda la comida y bebida que les había hecho falta durante los últimos meses de travesía.

138

Más tarde, por el sendero por el que había desaparecido la hermosa joven, vieron llegar de pronto una figura corpulenta de melena y barba muy rojizas, vestida entera de negro, seguida de otro hombre de expresión dura y piel muy oscura.

El de pelo rojizo se detuvo frente al viejo hidalgo que, en ese momento, se desembarazaba de su armadura para descansar un poco.

—Debéis ser vos el noble don Quijote —dijo el recién llegado, con una sonrisa muy elegante, alargándole la mano para saludar. Hablaba el español con un acento enredado.

—Soy Frederick de Homburgo, y este es mi esclavo Waroc, nacido en tierras lejanas —se presentó.

Don Quijote y Sancho le estrecharon la mano y de inmediato, con gran formalidad, le expresaron sus felicitaciones por la boda. Al examinar su rostro, caballero y escudero se preguntaron si el chamán y su hija habrían encontrado en verdad un corazón limpio en el pecho de aquel príncipe europeo. Y no dejaron de preguntárselo durante el resto de la fiesta, mientras bebían y comían deliciosas carnes a las brasas.

Algo, sin embargo, no le gustaba a don Quijote de aquel príncipe, que más le parecía un brujo infernal con barbas y pelos de fuego, y con la mayor prudencia, después de analizarlo bien, le preguntó al chamán qué pensaba de aquel hombre.

—Le estoy entregando a mi hija, que es mi mayor tesoro.  
—Fue lo único que respondió el viejo chamán—. Solo si su corazón es limpio podrá tener ese tesoro.

A medianoche, Frederick anunció que se iba a descansar, porque su día siguiente iba a ser muy largo, y con gran venia se retiró a su casa enramada.

Llevado por un presentimiento, el caballero de la triste figura llamó a su escudero, que ya parecía haber bebido bastante chicha, y quería bailar.

—Este elegante príncipe no me gusta nada, Sancho. Más lo miro, más seguro estoy de que es un brujo. Y creo que tiene sus segundas intenciones. Diría yo que debemos seguirle.

—Pues como vuestra merced mande —dijo el devoto escudero, que, a esas alturas, feliz de celebrar, parecía haberse olvidado de El Dorado.

De modo que, sin que lo notara nadie, los dos se escurrieron hasta cerca de la pared de juncos gruesos que rodeaba la casa de Frederick, y escucharon a este decir a su esclavo:

—Ya está, Waroc, ¡lo puedo oler! ¡El oro! Y, además, seré el dueño de estas tierras. Después de la boda, Kanac nos revelará en donde está la ciudad de oro. Luego de eso, ya no necesitaré ni del chamán ni de su hija. Los eliminaremos. Es el plan perfecto.

—Pero, señor, con todo respeto, no olvidéis que Kanac es un poderoso hechicero.

—Mientras crea que amo a su hija, ese viejo creará en mi buen corazón. —Y al decir esto, Frederick soltó una enorme carcajada.

—Es preciso enterar a Kanac de inmediato, fiel Sancho —dijo don Quijote al otro lado, en la oscuridad—. Has de correr ahora mismo y advertir al buen viejo y a su hija. Yo me encar-

garé de que este brujo malvado no escape ni haga algún daño a nadie.

Y diciendo esto, mientras entre tropezones Sancho corría a dar aviso, don Quijote irrumpió en la vivienda de Frederick blandiendo su espada de caballero.

—¡Conozco vuestras intenciones, malvado brujo de crestas rojas!, y os digo que, mientras yo viva, nada malo ha de pasarle a estas gentes ni a la ciudad de oro.

140

Pese a la destreza del hidalgo, atacado por un lado por el príncipe y por el otro por su esclavo, pronto don Quijote se vio tirado en el piso y amarrado como un villano.

—¡Pues ni vos ni vuestra locura se interpondrán en mis planes, señor don Quijote! —gritó Frederick levantando su espada. Y justo en el momento en que estaba dispuesto a darle la estocada final al caballero, entraron a toda prisa Sancho, el chamán y su hija, seguidos por el resto de la tribu.

—¡No es hombre de corazón limpio quien quiere herir de muerte a otro semejante! —gritó el chamán al ver lo que sucedía, al tiempo que con sus manos pareció dibujar un pájaro en el aire y arrojarlo como una bola de fuego hacia el atacante del hidalgo. Al recibirlo en pleno pecho, en cosa de nada, el príncipe chilló convertido en un horrible mono de pelos rojos, huyó por una ventana y ganó la rama de un árbol. Luego se perdió saltando y chillando entre el bosque.

Por su parte, el esclavo Waroc se arrodilló ante el chamán, suplicando que no fuera a arrojar sobre él ningún hechizo semejante, pues, después de todo, solo cumplía órdenes de su amo. El chamán se compadeció de él y le mandó entonces que huyera de allí y que jamás volviera a poner un pie en aquellas tierras.

—Han demostrado ser hombres de corazón limpio —dijo luego el chamán a don Quijote y su amigo, con una sonrisa de

gratitud—, y eso merece una recompensa: les enseñaré el camino a El Dorado. Ahora, solo basta con que cierren sus ojos por un momento.

Sin dudarlo, el hidalgo y su escudero lo hicieron, y al instante, una especie de ráfaga de viento llevó su mirada sobre colinas, árboles, lagos, ríos, mares, como si fueran aves adentrándose en un cielo de resplandores inefables. Y allá abajo, en medio de un valle de enormes árboles, vieron de pronto el fulgor más fascinante que podían haberse imaginado nunca: largas calles, altos edificios, columnas, escaleras, terrazas, todas construidas del oro más sólido y más brillante. Y por un instante que pareció eterno, don Quijote y Sancho se sintieron inmensamente felices.

141

Cuando abrieron los ojos, fue como si despertaran de un largo sueño. Se dieron cuenta de que estaban tendidos en el lecho de una enorme barca, junto a Rocinante y Rucio -que muy contentos comían de sendos sacos de hierba-, mientras se deslizaban tranquilamente por el cauce de un gigantesco río de aguas amarillas.

—Es el Río Grande de la Magdalena —les explicó el indígena que, sentado en un extremo, con la vista fija en el horizonte, hundía ahora el remo en el agua silenciosa—. En unos pocos días habremos llegado al mar y allí os dejaré, como indicó el gran Kanac —agregó.

Mientras avanzaban sobre el agua, sin recordar muy bien por cuál razón se sentían tan felices, pero llevando bien grabado en su memoria el recuerdo de Kanac, de Anam y de su gente, el hidalgo de la triste figura y su servidor percibían cómo, a su alrededor, el calor del día empezaba a crecer.



## **Capítulo XI**

De los sucesos divertidos  
y extraños del  
hidalgo don Quijote y su  
fantasiosa aventura en Panamá  
y otras cosas dignas de saberse

Centro Educativo de Formación  
Integral Nuestra Señora de la Merced.  
Panamá

**Tutor literario**  
Carlos Fong



## **Profesorado**

Amparo Liliana  
Ramírez Fernández

## **Alumnado**

Paola Acuña  
Jehimly Boza  
Maryelis Cisneros  
Yomalay Espinoza  
Januarys Gaskin  
Amir Gayle  
Lisseth González  
Luis Darío González  
Yeimaly Gutiérrez  
Henry Mercado  
Manuel Miranda  
Milciades Molina  
Iván Olaciregui  
Luis Adrián Rivera  
María Victoria Rodríguez  
Carla Salamandra  
Sofía Sánchez  
Ashley Schloss  
Alexis Singh  
Betzaida Tait  
Milagros Troncoso  
Jael Vanegas  
Brittany Walter



## Capítulo XI

### De los sucesos divertidos y extraños del hidalgo don Quijote y su fantásiosa aventura en Panamá y otras cosas dignas de saberse

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha se encontraba en el sótano de su casa leyendo uno de sus libros de caballería cuando, de tanta lectura, sintió mucho sueño y se durmió. Soñó que se encontraba con su fiel amigo Sancho Panza, su rocín y el burro Rucio en una gran colina de un país lejano, donde habitaban personas con vestimentas que llamaron su atención. Se preguntó a sí mismo dónde estaba, pero enseguida vio un letrado que decía: «Bienvenidos al valle de la Luna, Chiriquí». Las gentes con ropas singulares se acercaron y trataron de comunicarse con ellos, pero don Quijote y Sancho no entendían la lengua de aquellos. Los llevaron con su líder que sí hablaba castellano. El indígena *ngnäbe* les dijo:

—Hola, don Quijote, bienvenido. Estáis en la tierra de las fresas y el café.

—Pero ¿cómo sabéis mi nombre, amigo mío? —preguntó don Quijote.

El indígena cruzo una mirada misteriosa con los otros y sonrió. Don Quijote añadió:

—Estas regiones han de pertenecer a algún reino.

—Sí —dijo el cacique panameño—, es Panamá, no es exactamente un reino, pero sí un hermoso país y os damos la bienvenida como viajero y aventurero que sois.

Don Quijote agradeció la gentileza del líder de la Comarca Ngäbe y vio a los lejos lo que para él parecía un gigante.

—¿Quién es el gigante que veo en la lejanía?

El cacique volvió a sonreír.

—Ese gigante es el punto más alto de nuestro país, Panamá, y no es agresivo porque está dormido —dijo. Y continuó—: Es el volcán Barú.

—¿Qué es un volcán? —preguntó don Quijote.

—Un volcán es una gran montaña que, cuando se despierta, se enoja y lanza fuego —respondió el indígena.

148

El Quijote se sobresaltó:

—Sancho, vámonos antes de que despierte y tenga yo que hacerle daño con mi lanza —dijo subiéndose a su caballo.

Sancho Panza, que reposaba a su lado con su burro Rucio, también suspiró arqueando las cejas.

Se despidieron de los amigos del pueblo Ngnäbe Buglé y se alejaron del gigante, que en realidad era el volcán Barú, una de las grandes riquezas de la naturaleza de la provincia de Chiriquí en Panamá. De esta forma, don Quijote fue en busca de nuevas aventuras en tierras panameñas todo pintado de jagua, porque los *ngäbe* lo prepararon como a un guerrero, hasta aprendió a decir algunas palabras en *ngäbere*.

Cabalaron hasta la ciudad de David en Chiriquí. Más adelante, el Quijote escuchó algo que venía a gran velocidad y vio que se acercaba rápidamente hacia ellos. Bajó de Rocinante, sacó su lanza preparándose para la lucha y gritó:

—¡Venga, toro endemoniado, enfrentate a mí!

—¡Eso no parece un toro! ¡Sálvenos Dios de qué será! —le dijo Sancho montado en su Rucio—. ¡Vámonos, mi señor!

Y vieron como el camión cargado de verduras se alejaba a velocidad.

—De la que se ha salvado este toro —murmuró el Quijote entre dientes.

Cuando llegaron a la ciudad de David, mismo centro de Chiriquí, sintieron hambre; y un olor los llevó a un establecimiento que decía: El reino de los anillos de maíz. Sin darse cuenta, con caballo y burro, quedaron dentro del auto rápido y una voz mágica que salió de una caja metálica les habló:

—Bienvenido a El reino de los anillos de maíz, ¿en qué les puedo ayudar?

Don Quijote, extrañado, buscó la voz que le hablaba y creyó que era una princesa cautiva dentro de la caja, y le respondió:

—Si eres tú, mi señora, dame una señal.

La voz de mujer le dijo:

—¿Qué desea ordenar?

Don Quijote, confundido contestó:

—Quiero encontrar el amor de Dulcinea.

—Puede ver el menú que está a su lado.

Don Quijote ve el menú. No ve el nombre de Dulcinea, pero pide un *anillo de maíz con bien me sabe y queso blanco*.

—¿Desea un anillo o dos? Tenemos promoción doble con queso.

—Pues que sean dobles, porque Sancho y yo sumamos dos y este traga más que yo.

Se deleitaron con el sabor delicioso del anillo de maíz y pagaron con una moneda de oro. Les dieron una extraña bebida de color chocolate con un sabor medio amargo pero sabroso y se fueron por el camino en busca de otras aventuras bebiendo café de altura. Salieron en busca de la ciudad llamada Panamá.

Don Quijote, al salir de Chiriquí con su amigo Sancho Panza, llegó a Santiago. Otra provincia de Panamá. Esta región era muy caliente y eso les provocó algo de sed. Sedientos divisaron

una fonda que casualmente se llamaba Fonda Dulcinea. Tenía un letrado que decía: «Las frituras y chichas más dulces y refrescantes de Veraguas». Don Quijote se puso muy contento y cabalgó a toda velocidad hacia allá.

Don Quijote entró a la fonda recitando a viva voz un poema, que en realidad era un requiebro de amor:

150

Dulce Dulcinea,  
la rosa favorita  
de mi corazón,  
mi inspiración.  
En mis sueños siempre  
estás y ahora que te encuentro  
no te dejaré jamás,  
dulce Dulcinea.

Si así de dulces son tus bebidas,  
también deben ser tus  
besos refrescantes  
y tu corazón.

En estas tierras de Panamá  
abundan las mariposas y las flores  
igual que tú.

Cuando entró a la fonda pensó que por fin encontraría a su Dulcinea, sin embargo, la que salió fue una muchacha obesa, muy gorda, que era la dueña de la fonda y a la cual sus papás le habían dado ese nombre. Cuando la muchacha vio a Sancho, se emocionó tanto que saltó sobre él y ambos rebotaron tan fuer-

te que quebraron las baldosas del portal. El Quijote, sorprendido, ayudó a levantar a Sancho del piso.

—De la que nos salvamos, Sancho —dijo—, cosas muy raras pasan en este país de apariencias. Tenemos que irnos ahora.

Pero Sancho no quería irse porque había encontrado a una admiradora. Rieron, cantaron mejorana y bailaron tamborito por un buen rato, pero tenían que seguir su camino.

Se despidieron de la muchacha de la Fonda Dulcinea, no sin antes comer unas deliciosas torrejitas de maíz que tragaron felices con chicha de limonada con raspadura. Siguieron cabalgando y no se dieron cuenta que se habían desviado hasta llegar a San Francisco de la Montaña. Allí, don Quijote y Sancho conocieron a un grupo de campesinos de la montaña que venían de la iglesia y quienes los llevaron al pueblo de Santa Fe para conocer el gran Cerro Tute. Así descubrieron a otro gigante como el anterior volcán Barú en Chiriquí y también conocieron a unas mujeres con unos vestidos muy coloridos llamados enaguas.

151

Don Quijote se imaginó en ese momento a Dulcinea vestida con una enagua y le pareció muy bonita. El clima de Santa Fe era muy lluvioso y fresco, y muchas personas de otras lejanas ciudades parecían visitar este lugar para conocer sus cascadas hermosas. Don Quijote preguntó y le dijeron que a esas personas les llaman turistas y aprovechó para bañarse en una de las cascadas; los turistas se sacaron fotos con don Quijote y Sancho, que parecía un manatí flotando en el agua.

Luego continuaron su viaje hasta llegar a la provincia de Coclé, pero, cuando llegaron, se dieron cuenta de que ya iba a caer la noche. Cerca de ellos, en un barranco, había un caudaloso río y una casa abandonada a la orilla.

—¡Sancho, mira, allí podemos descansar! ¡Hay que bajar!  
—dijo el Quijote.

Los cuatro, don Quijote, Sancho, Rocinante y Rucio, empezaron a descender hacia la casa, pero al hacerlo don Quijote y su caballo resbalaron y arrastraron a los otros dos hasta rodar los cuatro en una masa que era un tropel y haciendo un ruido descomunal.

—¿Amigo, estáis bien? —preguntó Sancho a don Quijote, que había quedado debajo de él.

—Sí, estoy bien, pero estaré mejor cuando quites tu panza de mi cara y terminemos de bajar para entrar a la casa.

152 Cuando entraron, salieron muchos murciélagos; don Quijote trató de golpearlos porque pensó que eran unas arañas voladoras alborotosas, pero no pudo porque volaban por todas partes a gran velocidad.

—¿Te has dado cuenta, Sancho?

—Claro que sí, han salido muchos murciélagos de esta casa vieja.

—¡No!, ¿acaso no notas que esta choza está hechizada por una bruja de las aguas de este río?

—Solo son murciélagos, señor. Y yo creo que el río que está acá debe de tener buenos peces y nada más. Hay muchos ríos en Panamá, ¿acaso no lo ha notado?

Los dos discutieron un poco, pero después se calmaron.

—Sancho, pero ¿qué haces ahora?

—Solamente quiero atrapar un pez en este río. ¿Acaso eso tiene algo malo?

—No, a menos que quieras que la bruja nos envenene con algún embrujo.

—Eso no va a pasar. Y cuando atrape un buen pez podremos cocinarlo y preparar un plato.

—¡No!, si yo comiera de ese pez hechizado caería atrapado por la bruja. Tampoco descansaré en esa casa; eso nunca.

Los dos se acostaron a la orilla del río Zaratí y usaron las piedras como almohadas, ya que don Quijote no quiso entrar a la casona. En ese dormir, nuestro caballero de la triste figura soñó, dentro de su sueño, que existía un palacio encantado y que, por la noche, misteriosas sombras caminaban por las paredes exteriores del castillo. Él trató de atraparlas, pero se escabullían. Don Quijote logró descansar, pero al poco tiempo se despertó gracias al canto de los gallos que paseaban cerca.

—Rápido, rápido, despierta, Sancho, hay que irnos, nos espera un largo viaje.

—¿A qué lugar vamos con tanta prisa? —preguntó aún con sueño Sancho.

—Hay que dirigirse lo más pronto a una ciudad donde debe haber un palacio que está en grave peligro y tal vez allí esté mi amada Dulcinea.

Los dos se montaron en sus animales y partieron hacia un lugar que no conocían. Don Quijote, con su fiel intuición, se dejaba guiar.

—Pues, creo que aquí termina nuestra caminata —dijo Sancho.

—¿Por qué lo dices, amigo? —preguntó don Quijote.

—Observa la velocidad que llevan estos carruajes metálicos, no creo que sea buena idea andar a su lado, mejor nos devolvemos.

—¡Tonterías! —exclamó enfadado don Quijote—. Ninguna estampida de carruajes poseídos arruinará la misión a la que hemos sido destinados.

Don Quijote esperó un momento y empezó a cabalgar en vía contraria por la carretera panamericana con los autos que le pasaban a mucha velocidad. Un auto no lo vio a tiempo y casi

lo atropella. Rocinante se detuvo tan bruscamente que don Quijote salió volando hasta caer en un palo de *mango de teta*. Probó los mangos y le gustaron..., pero le gustaron más a Rucio y a Rocinante, que se hartaron de mangos.

—¿Señor, está bien? —gritó un hombre que pasaba; llevaba un sombrero pintao.

—Sí, gracias, buen hombre, pero ¿me podría ayudar a bajar de este árbol, por favor? —dijo don Quijote, que parecía un saco de huesos dentro de su armadura. El señor lo ayudó a bajar mientras miraba de arriba abajo la armadura.

154

—¿Y por qué corrió así por la carretera?

—¿Carretera? —dijo Sancho—, ¿así le llaman al camino de piedra?

—Estoy buscando un palacio en donde encontraré a mi Dulcinea —dijo don Quijote.

—El único lugar que conozco con aspecto de un castillo es el Palacio de Las Garzas y queda en la ciudad de Panamá —dijo el campesino y añadió—: Pero antes de que se vayan, ¿me pueden comprar un manjar blanco, una rosquilla o una cocada?

—Pues para allá me dirigiré. Muchas gracias por vuestra generosidad, buen hombre, y dadnos una buena porción de ese manjar que llama blanco no sé por qué razón, pues yo lo veo muy pardo. Se lo daré a mi Rocinante y al Rucio de Sancho, que a ellos les ha de gustar.

—A mí también me ha de gustar —dijo Sancho con la lengua afuera.

—Buena suerte. Solo espero que los del SPI, que es la guardia presidencial, los dejen pasar —dijo el señor mientras se alejaba contento porque había vendido todas las cocadas y los dulces por una pieza de oro.

Sancho y don Quijote partieron hacia Panamá, aunque no tenían la menor idea de dónde era Panamá.

—¿Has oído, Sancho? Un palacio de garzas. ¿A quién se le ocurre construir un castillo para pájaros? Seguro que aquel hombre ha de estar muy loco. Y los custodios de ese palacio también, al llamarse SPI. Deben ser las letras de alguna guardia maligna que custodia el palacio.

—Amigo, quiero deciros algo. Siempre he pensado que no estáis bien de la cabeza, pero este país parece estar más patas arriba que vuestra locura —dijo Sancho.

—Descuida, mi fiel escudero. Este mundo es de sombras y apariencias, pero hasta con las sombras y las imágenes extrañas hemos de pelear.

«Cuando lleguemos a este lugar llamado Panamá creo que vamos a estar en problemas», pensó Sancho para sus adentros.

Después de las aventuras de don Quijote en Coclé llegaron a Panamá. El Puente de Las Américas recibió a don Quijote y a su amigo Sancho Panza. Mientras pasaban por el puente, vieron una gran ruta de agua. Era el Canal de Panamá y quedaron petrificados con lo hermoso que era el lugar y los grandes barcos que transitaban. En ese preciso momento muchos carros pasaron a gran velocidad, don Quijote creyó que eran los carruajes hechizados y pensó que el claxon eran los demonios chillando.

Don Quijote se paró en medio del puente ocasionando un descomunal tranque. Un hombre desconocido le gritó:

—¡Oye, loco, fuera de la carretera!

Una señora que venía en una camioneta llena de verduras de Chiriquí le aventó un pedazo de brócoli, una cebolla, un pepino, una lechuga y un tomate gigante que le dio en la cara a don Quijote, haciendo que Sancho Panza reventara en risas, mientras el caballo y el burro se comían todo lo que tiraba la señora.

Entonces, don Quijote decidió seguir su camino hasta llegar al famoso barrio del Chorrillo. Don Quijote sintió un olor delicioso que hizo que las tripas le rugieran y él y Sancho quedaron antojados por el aroma. Hasta Rocinante y Rucio se lamían.

156

Luego de comer el delicioso platillo de pescado frito y patacones, quedaron fascinados con la comida de aquel barrio y decidieron dar un recorrido por el lugar. También el burro y el caballo comieron patacones. Caminaron entre los multifamiliares y se perdieron. Don Quijote y Sancho Panza estuvieron deambulando, pero seguían perdidos cuando un hombre que estaba rodeado de muchas personas les gritó:

—Ey, ¡¿qué sopá... necesitan ayuda?! —Don Quijote y Sancho Panza quedaron sorprendidos por la manera de hablar del señor.

—¿Sopa? ¿No tenemos sopa? —dijo don Quijote.

—Mucho gusto. Yo soy Roberto Durán, pero me pueden decir Mano de Piedra. Me gustan sus atuendos medievales.

Don Quijote dijo:

—¿Sus manos son de piedra, caballero?

Y Roberto Durán se echó a reír.

—No, solo me dicen así porque soy boxeador y pego duro.

No comprendían lo de mano de piedra ni eso de pegar duro y mucho menos qué era un boxeador, pero le pidieron a Mano de Piedra que los sacara del vecindario.

—Claro que sí. Los ayudo. Sigán recto y verán un estadio de fútbol que se llama Maracaná. Sigán caminando y llegarán a la Cinta Costera. Cerca está 5 de mayo... —Y así se despidieron de Roberto «Mano de Piedra» Durán.

Caminaron por toda la avenida Balboa admirando el mar y la costa.

Después de estas experiencias y conocer a Mano de Piedra, llegaron a la ciudad a un lugar llamado 5 de mayo. Allí estaba la estación del metro. Bajaron por las escaleras a todo galope. Al ver el tren pensó don Quijote para sí mismo que era una serpiente gigante que se comía a las personas. Don Quijote intentó salvarlas de las culebras, mientras que Sancho le gritaba que no lo hiciera, que esas cosas lo iban a matar.

—Son serpientes, Sancho, y tengo que salvar a estas humildes gentes—. Don Quijote sacó su lanza y fue tras las serpientes. Corrió hacia el tren para intentar un golpazo a los reptiles y, al estar cerca de la puerta del tren, esta se abrió y don Quijote quedó con todo y caballo dentro del tren. Sancho lo siguió en su burro.

El caballero pensó que la serpiente lo había tragado y, en esa situación, Sancho corrió a ayudarlo y también quedó dentro del tren con todo y burro. En el tren, don Quijote gritó:

—No me vencerás tan fácil.

La gente gritaba alarmada, todo el mundo corría de aquí para allá, los guardias del metro no sabían qué hacer; mientras, don Quijote golpeaba el techo del tren creyendo que era la panza de la serpiente. De repente, una voz dijo:

—Siguiente estación, Iglesia del Carmen.

Las puertas se abrieron y la gente salió despavorida. Don Quijote creyó que la serpiente los había dejado libres, que había vencido gracias a la voz mágica. Al subir las escaleras eléctricas, se encontraron con un par de jóvenes que se rieron de ellos, pero al caballero no le hizo gracia y los amenazó con su lanza. Los jóvenes le ofrecieron disculpas y se tomaron una selfi para el Instagram. Salieron del tren y a los lejos vieron un edificio con una forma muy extraña.

El edificio de color tornasol les llamó la atención por su forma de una gran espiral. Le preguntaron a un transeúnte que pasaba por ahí que qué era esa cosa, señalándole el edificio.

—Usted se refiere al edificio del tornillo.

Don Quijote lo miró con cara de extrañado.

—Sancho, eso que llama edificio este pobre hombre, no es sino un monstruo hecho de espagueti con un gorro. Prepárate para atacar.

158

Entonces, don Quijote montó su Rocinante y Sancho subió a su burro.

—Allí vamos otra vez —dijo Sancho.

—Don Quijote —dijo Sancho, tratando de persuadir a su amigo—, por qué os empeñáis en atacar ese edificio cuando hay muchos aquí.

—*Ñagare* —dijo don Quijote, que significa «no» en lengua *ngäbere*—. Eso no es un edificio, es un gigante hechizado y esos otros son sus hermanos.

Diciendo esto, don Quijote corrió a golpear con su lanza el edificio y asustó a la gente que estaba dentro.

—Don Quijote, debéis dejar de golpear este palacio al que llaman edificio —dijo Sancho, pero el caballero estaba decidido.

—No, hay que vencer al gigante, mi valiente escudero. Mira cómo tiene a aquellas gentes atrapadas y gritan auxilio.

Un grupo de obreros atacaron al Quijote con sus palas y picos. Seguidamente, llegó la policía, los bomberos y la guardia del metro que los había seguido hasta allí. Don Quijote, creyendo que todos eran magos con poderes mágicos, decidió escapar corriendo con Sancho sobre sus bestias.

Sin darse cuenta, consiguieron llegar a Panamá Viejo. Don Quijote y Sancho llegaron exhaustos a las ruinas y esta vez el

hidalgo pensó que el conjunto monumental arqueológico de Panamá Viejo era un cementerio de gigantes.

—Mira, Sancho. Los descarados tienen sus tumbas en esta ciudad, que han dejado en ruinas con su maldad.

—Solamente son ruinas, y parecen muy viejas. Y puedo ver algunas de esas gentes que conocimos en Santa Fe; esos que llaman turistas. ¿Qué muertos, don Quijote? Solamente son ruinas y turistas.

—Sí, son ruinas de la ciudad anterior que los gigantes destruyeron, y estos a los que llamas turistas, espíritus cautivos.

De repente, don Quijote salió al ataque de las tumbas, porque estaba convencido de que los gigantes iban a salir de ellas en forma de espíritus para destruir de nuevo la ciudad. Don Quijote golpeó con su lanza la torre de Panamá Viejo y vio mil pedazos de piedra que le venían encima.

En ese instante, don Quijote se despierta de un susto, mira a su alrededor y se da cuenta de que está en su España, en su sótano rodeado de sus libros.

Pensó: «Tal vez este sueño haya sido la visión de un país llamado Panamá que está en peligro de tantos monstruos, gigantes que escupen fuego, serpientes gigantes, carruajes poseídos, y ciudades fantasma que existen, y estoy destinado a proteger esa ciudad y a sus infelices gentes. En mi siguiente aventura iré con Sancho a esa ciudad llamada Panamá».

En ese momento en que don Quijote está muy concentrado en la aventura que le espera, una voz grita de pronto:

—Quijote, levántate que ya está el desayuno.

Y le viene un olor a torrijas de maíz fritas y anillos de maíz. Don Quijote pega un salto y cae al suelo. Pero se levanta, porque un caballero puede caer, pero sabe levantarse.



## **Capítulo XII**

De cómo don Quijote y Sancho Panza llegan a Guatemala a buscar a Cleidi, la doncella que apareció en su sueño

INED Telesecundaria S. Miguel.  
San Miguel de las Casitas. Guatemala.

**Tutor literario**  
Julio Serrano

## **Profesorado**

Claudia Susana Soto Saenz

Claudia María Chilin Sandoval

## Alumnado

Nathaly Pamela Morales Patzán  
María Fernanda Locon Blanco  
José Alberto Silvestre Parras  
Beverly Sofía López Méndez  
María Alejandra Locon Blanco  
Jeniffer Ester Gómez Ochaita  
Julia Alejandra Aroche Rosales  
Maylin Lissette Gutiérrez De León  
Luis Haroldo Cabrera Claudio  
Dilan David Valladares Castillo  
Luis Gustavo Pérez Chen  
Wilson Estuardo Reyes Gómez  
Julia Beatriz Suy Silvestre  
Gelen Yamileth Sánchez Rivas  
Lesly Yessenia Hernández Camacho  
Eswin Orlando Similoria Bran  
Marvin José Similoria Bran  
Wilson Calel Raguex  
Luis Romario Chajón Chajón  
Jennifer Mishel De Paz Muñoz  
Astrid Nayeli Florián Álvarez  
Abner Daniel Gómez Argueta  
Henry Luis José Guamuch Vargas  
Manuel David Hernández Escot  
Kevin Danilo López Arana  
Jessica Mileydi Morales Herrera  
Karla Merari Muñoz Concuá  
Anthony Emmanuel Ordóñez Barillas  
Gerardo José Ordóñez Pérez  
Emerson Donaldo Pojoy Matías  
Astrid Fabiola Ramos García  
Mynor Nehemías Revolorio De León  
María Guadalupe Salvatierra López  
Nayeli Paola Suriano Callejas  
Evelyn Noemi Vasquez Ac  
Diego Ismael Alvarizaez Rosales

Violeta Anahí Arias Ixcajoc  
Wilder Daniel Arreola Del Cid  
Jorge Estuardo Bouyssou Barrera  
Jacqueline Mishell Carrera Juárez  
María Del Rosario Carrera Santos  
Norma Francisca Cu Ixmatul  
Bryan Geovanni Domingo Castro  
Mariana Guadalupe Gómez De La Cruz  
Gerber Armando Hernández Morataya  
Juan David Linares Barrios  
Mario Noé Marroquín Samayoa  
Heyli Naoby Muñoz Concuá  
Martin Víctor Pérez Laynes  
Brenda Sara Luz Ramírez Ramírez  
Dennis Augusto Sis Bartolón  
Kevin Mishael Chan Álvarez  
Breidy Elizabeth Aguilar García  
Andy José Ateo Orozco  
Cleidy Sucely Fuentes Solís



## Capítulo XII

### De cómo don Quijote y Sancho Panza llegan a Guatemala a buscar a Cleidi, la doncella que apareció en su sueño

Un día, bajo el tronco de un viejo cedro, don Quijote se recostó a tomar una pequeña siesta. A estas alturas del viaje, el cansancio parecía el de una agotadora batalla contra un par de gigantes. No duraron mucho separados sus párpados, que al juntarse, le hicieron caer en un profundo sueño.

Por un instante, se sintió más ligero que el viento, más alto que las mismas nubes, porque podía observar un hermoso paisaje nocturno, y de pronto, vio una pequeña luz que le llamó la atención en el sueño. La luz se alejaba poco a poco, y el Quijote del sueño decidió seguirla. De repente, la luz entró en una puerta y, claro está, le dio curiosidad saber qué había detrás de ella. Cuando se acercó, la puerta se abrió repentinamente, y al entrar vio que la luz era en realidad una luciérnaga. Pronto llegaron más, la luz creció, y en medio de ellas, poco a poco, se formó la silueta de una mujer. El Quijote del sueño le preguntó:

—¿Acaso eres Dulcinea? —Pero no hubo palabra alguna.

Las luciérnagas formaron un sendero que ella seguía como guiando a nuestro caballero. En el sueño, el Quijote quería saber si realmente ella era Dulcinea, pero no le daba alcance.

Llegaron a lo alto de una montaña y, al terminar el sendero, las luciérnagas se fundieron con la montaña iluminando un hermoso paisaje. No fue sino hasta entonces que la dama

volteó su rostro hacia el Quijote y con una hermosa sonrisa pronunció unas palabras: «Carmen del monte», «Villa Nueva». Luego de esto, el Quijote sintió que se resbalaba y caía como volando, al mismo tiempo que el viento soplaba tan fuerte que las nubes cubrieron el paisaje donde las luciérnagas habían llenado todo de pequeñas luces.

166

Al abrir los ojos, el Quijote vio a Sancho sentado a su lado arreglando su armadura. Le contó el sueño y decidió que aquel debería ser su próximo destino. Ninguno de los dos sabía dónde podría encontrarse aquel lugar. «¿Villa Nueva?, ¿Carmen del monte?», se preguntaban. Como la fortuna suele estar del lado de nuestros viajeros, un campesino que pasaba cerca de ellos escuchó la conversación e interrumpió diciendo:

—¡Yo he escuchado de un lugar con ese nombre!, está en Guatemala, lleguen a la ciudad y pregunten.

Esta indicación era todo lo que nuestro caballero necesitaba.

Don Quijote tomó su armadura y, junto a Sancho, iniciaron el viaje para poder encontrar el lugar del sueño. Viajaron por largos caminos, preguntando, hasta llegar a Guatemala, un país y una ciudad. Preguntaron, de nuevo, cómo podían llegar a Villa Nueva: «Subir a un transmetro y bajar al final del recorrido, llegando a Cenma, ahí debían preguntar qué bus tomar para llegar». Don Quijote y Sancho se dirigieron hacia el bus, pero el girador a la entrada les impedía el paso, así que decidieron saltarlo. Esto provocó que los policías en turno salieran detrás de ellos y, aunque don Quijote y Sancho no sabían por qué los estaban siguiendo, corrieron hasta ocultarse en medio de la multitud. Al finalizar el recorrido, don Quijote y Sancho bajaron y empezaron a caminar, cuando a lo lejos escucharon una voz

que gritaba: «¡Villa Nueva! ¡Villa Nueva! ¡Villa Nueva!», con un particular tono de voz que usan los ayudantes de buses en este país para llamar a sus pasajeros. Siguieron la voz, subieron al bus y, como estaban cansados por el largo viaje, cayeron en un profundo sueño. Esto le pasa a muchas personas que usan este medio de transporte, y también les pasa como a don Quijote, que el chofer los despertó y les dijo que ya había acabado el recorrido y debían bajar. Don Quijote, sorprendido, le pregunta:

—¿En dónde nos encontramos?

El chofer les respondió que estaban en Termini-bus, Bárcenas, Villa Nueva.

167

Al bajar del bus, don Quijote y Sancho se quedaron un instante viendo a su alrededor para entender mejor dónde estaban. Cerca de ellos vieron caminando a una joven doncella junto a dos extraños enmascarados; su atuendo se parecía mucho a los que nuestros viajeros estaban acostumbrados a ver, por lo que decidieron darles alcance para preguntarles si conocían Carmen del monte. Los tres chicos se dirigían a la Telesecundaria San Miguel Ramírez, donde estudiaban y en la que ese día se llevaría a cabo la tarde de talentos, donde participarían, justamente, en una obra de teatro. Don Quijote, al ver la Telesecundaria, se dio cuenta de que era el mismo lugar que había visto en su sueño, y sintió esa emoción que pasa por el corazón cuando la aventura abre sus puertas.

Al entrar a la escuela, vieron a muchos jóvenes con disfraces, jugando, mientras en el escenario principal se desarrollaba una obra de teatro como parte de la tarde de talentos. El Quijote se percató de que los mismos jóvenes enmascarados que había visto antes estaban tratando de raptar a una doncella en

el escenario, y, como bien imaginarán ustedes, lectores, nuestro caballero andante no distinguió la realidad de la ficción y se lanzó a medio escenario a salvar a la doncella, tal cual su naturaleza lo llama en estas circunstancias. Curiosamente, el público más bien comenzó a aplaudir aquello, que parecía parte del espectáculo. La doncella se acercó al Quijote para agradecerle y presentarse:

—Mucho gusto, mi nombre es Cleidi.

168

Y este, al verla, quedó paralizado: era la misma joven que había visto en su sueño.

Cuando don Quijote se disponía a hablar con Cleidi para contarle este tan maravilloso encuentro, unos chicos disfrazados de payasos comenzaron a hacerle bromas al caballero, quien pensó que querían impedir la conversación, por lo que empujó a un payaso, y este payaso hizo que el otro cayese, y así sucesivamente, hasta que todos quedaron en el suelo. De nuevo la escena se vio como un espectáculo y con ella más aplausos para don Quijote, quien, para entonces, se sentía reconocido y apreciado por aquella escuela.

Entonces pudo dirigirse a Cleidi:

—¡Por fin os encontré!

Cleidi, con cara de asustada, responde:

—¿Cuándo me vio?

Don Quijote empieza a contarle el sueño con lujo de detalles, en eso que ahora llamarían «tiempo real». Mientras nuestro caballero se explayaba narrando su sueño, Cleidi empezó a sentirse mareada, estaba pálida y tuvo que sentarse. En ese momento se acercaron los padres de Cleidi, Anabella y Leonardo, a ayudar a su hija y a explicarle a don Quijote que su hija tiene una enfermedad llamada dengue, provocada por piquetes de zancudo.

—Ya veo, doña Anabella, ¿esta enfermedad tiene alguna cura? —preguntó don Quijote.

—¡Sí! —exclamó don Leonardo—, es un té del palo de timboque, pero solo en la Cumbre se encuentra y no hemos podido encontrarlo.

—¿La Cumbre? ¿Qué es eso? —preguntó don Quijote confundido, y le explican que es un cerro que queda cerca de la escuela.

Don Quijote, que sabe de las habilidades rastreadoras de su compañero, le dice a Sancho que vaya él a buscar el palo de timboque.

Sancho Panza partió en busca de la medicina natural para la doncella. Siguió las indicaciones y, preguntando un poco más, pronto logró llegar a la Cumbre. Buscó y buscó el palo de timboque, pero no lograba encontrarlo. Mientras tanto, don Quijote cuidaba de Cleidi junto a sus padres; ella estaba empeorando, tenía fiebre, doña Anabella y don Leonardo decidieron llevarla a casa y don Quijote se quedó esperando a su fiel escudero.

Sancho se había desesperado porque no encontraba la medicina. De nuevo, un campesino solucionó el problema de nuestros aventureros: al preguntar, este generoso campesino le indicó el camino para encontrar el palo de timboque. Sancho se sube a cortar unas hojas, y estando subido en el árbol, una jauría de perros aparece y le ladran sin descanso. Nuestro escudero ágilmente salta y corre con todas sus fuerzas, los perros lo persiguen, y esta vez la fortuna le jugó la vuelta, varias vueltas, porque en la huída Sancho tropezó y cayó por un pequeño barranco. Cuando se levantó, era todo lodo y hojas, pero las importantes estaban intactas. Caminó de vuelta a la Telesecundaria, donde don Quijote lo esperaba, pero no esperaba

aquella imagen, de ahí que su excéntrico señor, al verlo venir enlodado y en la oscuridad del atardecer, lo confundió con una bestia, maloliente, fea, gorda, llena de ramas y hojas. Don Quijote, asustado y valiente, ataca a la bestia tirándole duras pedradas, a lo que la bestia responde:

—Por favor, mi señor, deténgase, soy Sancho, ¡soy Sancho!

170

Don Quijote está entre molesto y asombrado por recibir así a su escudero, le ayudó a limpiarse y Sancho le preguntó por Cleidi. Don Quijote estaba inquieto por la espera y porque la joven doncella había empeorado, así que rápidamente pidieron a Kevin, un compañero de Cleidi, que les enseñara el camino para ir a casa de la joven doncella. Cuando este chico pronunció el nombre del lugar donde Cleidi vivía, el Quijote sonrió desde lo más profundo de su corazón: «Carmen del monte», repitió después de escuchar a su joven guía.

Al llegar a la casa de Cleidi, la joven se quejaba de dolor de cuerpo por la fiebre, sus padres estaban preocupados porque ese día ya había amanecido bien, y aunque no estaban de acuerdo en que Cleidi fuera a la Telesecundaria, su amor por el teatro era incontenible, así que asintieron a que fuera, pero esto hizo que tuviera la recaída que ahora preocupaba también a don Quijote y a Sancho. Cuando doña Anabella vio que habían llegado con la medicina, se sintió más tranquila; llegaron las hojas de timboque, así que preparó el té. Cleidi se sentía muy mal, pero rápidamente le dieron de beber el té y, después de esa noche de cuidados, Cleidi despertó mejorando notablemente.

Se quedaron dos días en casa de Cleidi, el Quijote y Sancho, cuidándola, ayudando a la familia, compartiendo en ese pequeño y sencillo espacio, hablando de sus aventuras por La

Mancha y de cómo llegaron a Latinoamérica. A la tercera noche, Cleidi, que ya se sentía muchísimo mejor, decidió, en agradecimiento, llevar a Don Quijote y a Sancho a un lugar secreto en lo alto del Carmen del monte. Era una noche de luna llena, muchas luces alumbraban toda la ciudad, que se miraba completa desde esta altura. El viento soplaba fuerte y levantaba las hojas del suelo formando pequeños remolinos. En ese instante don Quijote dice o piensa: «Este hermoso paisaje era el que había visto en mi sueño, las luciérnagas eran las luces que están frente a mí, y tú, Cleidi, mi bella doncella, tienes la misma sonrisa, tal como la soñé». Cleidi abre sus brazos hacia el cielo y añade:

171

—¡Este es un regalo de Dios, es mi país, Guatemala!, y ahora también es un poquito suyo, don Quijote.

Al ver esto, don Quijote sabía que podía continuar su camino, la doncella estaba tan feliz como él la había visto en sus sueños, y las luciérnagas le mostraban su próximo destino.



## Capítulo XIII

Que habla de cuando don Quijote y Sancho, al conocer nuevas comidas, se enteran de la existencia de los ajolotes, y después salvan a un pueblo y a sus animales de un cruel destino

Escuela de Secundaria Técnica N.º 45  
Ignacio Manuel Altamirano.  
Ciudad de México. México

**Tutor literario**  
Antonio Malpica



## Profesorado

Luis Lorenzo Ramírez Sendin  
Enrique Arronte Rosales

## Alumnado

Juan José Ortega Enriquez  
Melanie Aimeé Vallejo García  
José Ignacio Islas Amado  
Viviana Fabiola Fuentes Longines  
Mariana Calderón García  
José Manuel Vázquez Santiago  
Óscar Santiago Vázquez González  
Yuridia Nahomi Reyes Gamiño  
Omar Ramos Sandoval  
Fernando Mauricio Martínez Ávila  
Evelyn Ledesma Olmos  
Rogelio Posadas Urbina  
Araceli Cecilia Guzmán Galicia  
Valeria Valentina García Gómez  
María Itzel Camacho González  
Johan Aguirre del Ángel  
Ana Guadalupe Martínez Colón  
Moisés Elías Mendoza Nava  
María del Rocío Hernández Silva  
María Concepción Fuentes Miranda  
Araceli Cortés Romero  
Josué Lara Martínez  
Valeria Sánchez Chávez  
Alanís Daniela Osorio Cruz  
Fátima Ximena Covarrubias Alcaraz  
Martha Julia Atanacio Cabrera  
Uriel Alberto Atanacio Cabrera  
Berenice Eslava Flores  
Uriel Caled Isaías Vargas  
Matías Flores Flores



## Capítulo XIII

### **Que habla de cuando don Quijote y Sancho, al conocer nuevas comidas, se enteran de la existencia de los ajolotes, y después salvan a un pueblo y a sus animales de un cruel destino**

—Ese ronroneo de tu estómago me es muy familiar, Sancho.

177

Sancho Panza recordaba los días de ayuno que había pasado en varias ocasiones, con mucha lealtad hacia don Quijote, pero con mucha deslealtad hacia su estómago. Sin embargo, esta vez los gruñidos no venían de su vientre, y así se lo dijo al caballero andante.

—Señor, con perdón suyo, por esta ocasión no soy yo el que ahora comer y lo demuestra con esos sonidos tan familiares para vuestra merced. Los que piden comida de esa forma son su caballo Rocinante y mi recio y fiel pollino.

Don Quijote y Sancho iban en busca de otras aventuras en la Nueva España. Pero esta vez, don Quijote tenía más apetito de alimentos que de hazañas, y dijo:

—Amigo Sancho, nuestras cabalgaduras nos han llevado sin descanso durante dos días, y es de toda justicia que les busquemos alimentos. Creo que también estarás de acuerdo en que lo mismo necesitamos nosotros.

Y así, llegaron a un pueblo al que llamaban San Nicolás Totolapan. La gente estaba decorando con hermosas flores amarillas y anaranjadas las tumbas de los difuntos, mientras que, en las casas, armaban altares con guisados, fruta, bebidas,

velas, platitos de barro con sal, panes algo parecidos al pan bizcocho español y flores semejantes a las de los sepulcros.

De algunos sahumeros se desprendía un aroma peculiar. Don Quijote preguntó cómo se llamaba lo que se quemaba y qué nombre tenían las flores. Los lugareños le dijeron que el aroma era de *copal*, y las flores eran de *cempoasúchitl*.

Un aroma, que además de deleitar el olfato, era más agradable aún a sus estómagos, los atrajo hacia unos puestos donde vendían comida y se acercaron a uno. Don Quijote dijo:

178

—Disculpe, dulce dama...

Era una dulce anciana, quien se sonrojó y contestó:

—Sí, ¿qué necesita?

—Buscamos comida —respondió don Quijote— que pudiera tener por aquí y que gustéis darme.

—Yo le doy todo lo que usted quiera —dijo la anciana—, pero de comida tengo *chillailacatzolli*, y si quiere le parto las tortillas y se las doy con *chillacuecholli*.

—¡Por la cruz de los templarios! A fe mía que no entiendo de esas palabras más que lo de las tortas, y por el diminutivo creo que se refiere a unas tortas pequeñas.

—Ansí le dicen vuestras mercedes a nuestro alimento, «tortilla», y se la puedo dar en forma de flauta o partida en pedazos para que sean más fáciles de comer los bocados.

—Pero las otras palabras, ¿qué significan?

—Que le doy las tortillas con chile.

—Sea, pues, yo le acepto de mil amores la tortilla partida con...

—*Chillacuecholli* —concluyó la anciana, al ver el titubeo del hidalgo.

—Yo quiero las tortillas enrolladas como flautas, con su chile y carne encima, por favor —solicitó Sancho.

Don Quijote contestó:

—¡Ay, Sancho! Tú no quieres nada, pero vale.

—Siéntense, por favor —dijo la anciana—, en un rato les traigo la comida.

Una vez servidos los platillos, la anciana empezó a contarles narraciones célebres en ese pueblo. Don Quijote daba signos de creerse todo lo que la anciana mencionaba, por ese motivo ella empezó a relatarles una historia (que inventó para mofarse del hidalgo), la cual hablaba de los *ajolotes*, unos pequeños animales que vivían en el agua, de cuatro patas, con apariencia de perros diminutos, pero algunos con cresta y, uno que otro, con suaves protuberancias que parecían cuernos flexibles.

179

—Desde tiempos antiguos se decía que los ajolotes fueron enviados por los dioses y que controlaban las lluvias, ríos, lagos y aguas subterráneas. Sin embargo, estas criaturas han ido desapareciendo. Cuenta la leyenda que solo se hallarán en un cuerpo de agua, y que únicamente serán encontrados por aquel que posea un corazón noble, gentil y que sea merecedor de un fiel compañero.

Don Quijote volteó hacia Sancho, mientras la «dulce dama» manifestaba una mirada de satisfacción, y continuó:

—Algunos ajolotes tenían cuernos, pero el más grande era muy peculiar, porque tenía uno solo, y muy grande.

Don Quijote aumentó sus muestras de asombro y preguntó:

—¿No sería un unicornio?

La anciana, muy divertida por dentro, pero tratando de verse seria, se animó a decir:

—¡Era un *ajolocornio*! —Y se regocijó de ver que hasta el mismo Sancho se estremecía.

Al terminar sus alimentos, decidieron continuar. Mientras caminaban, encontraron un pequeño pueblo en apuros.

Don Quijote le dijo a Sancho:

—Parece que este pueblo tiene dificultades, veamos qué podemos hacer al respecto.

Observaron a un aldeano, y se acercaron a preguntarle qué ocurría, a lo que el mismo contestó:

—Tenemos un gran problema, por la escasez de agua. Nuestros animales están muriendo por no tener de beber, y ni comida nos queda, pues las cosechas no se dieron.

180

Don Quijote y Sancho recordaron la historia de la anciana, ya que en ella vislumbraban su nueva aventura, y ahora su objetivo era encontrar el *ajolocornio*.

Emprendieron su búsqueda caminando hacia el fondo del bosque, pensando que podrían hallar un pequeño estanque en su camino. Siguieron su marcha varias horas, hasta que cayó la tarde y miraron que el cielo arrebolado se reflejaba en la tierra, en un lugar no tan lejano.

—Mira, Sancho, el hermoso paisaje se refleja. Yo creo que podremos encontrar agua en aquel lugar.

Caminaron hasta llegar a un gran lago, sin trazas de haber sido explorado por hombre alguno. La vista del crepúsculo, el reflejo del agua y el avance de la penumbra los invitaron a descansar. Desmontaron a la orilla del lago y se sentaron, mientras Rocinante y el asno saciaban su sed.

Don Quijote vio, como en un espejismo, un ajolote grande, pero se lo imaginó mucho más grande de lo que era, con un cuerno al frente y, dirigiéndose a lo profundo del lago, exclamó:

—¡Un *ajolocornio*! —Y decidió aventarse al agua.

Sancho le gritó:

—¡No, mi señor, no se lance! —Y por tratar de detenerle, Sancho perdió el equilibrio y cayó colina abajo.

Afortunadamente, don Quijote todavía no estaba donde el agua lo cubriera totalmente, pues su armadura lo hubiera hecho ahogarse, y al caer en la cuenta de que su querido amigo no se encontraba, salió del lago y empezó a buscarlo.

—Sancho, Sancho, ¿en dónde te has metido?

En eso, vio como un gran animal salía de las aguas. Era un cocodrilo, pero el hidalgo, que de imaginativo tenía lo mismo que de valiente, exclamó:

—¡Es cierto lo del *ajolocornio*! La criatura que puede llevar el agua a los necesitados hombres de aquel pueblo está ante mis ojos.

Sancho, que se había recuperado de la caída y, muy preocupado, había subido con muchos jadeos la colina, le gritó:

—¡Mi señor, tenga cuidado! ¡Aléjese de ese animal, que lo puede devorar!

Por fortuna, los gritos y ademanes de Sancho espantaron al cocodrilo, que dio vuelta y se metió en el agua con asombrosa rapidez. Pero don Quijote estaba decidido a llevarse al imaginario *ajolocornio* y comenzó a meterse al agua con todo y armadura. Sancho sabía muy bien que nada detenía a su amo cuando demostraba su fuerte determinación, pero en esos momentos se juntaban el ingenio y la providencia, pues se escuchó un ruido majestuoso en el cielo, lo que aprovechó el escudero para sacar del agua a don Quijote.

—¡Mi señor, vea a esa criatura en el cielo! ¡Ronda las orillas del lago!

Sancho pensó que sería más atrayente el águila que el cocodrilo, pues era un águila la que se les acercaba. En efecto, don Quijote salió presto del lago exclamando:

—¡Sancho, alcánzame mi espada, que debo pelear contra ese dragón!

—¡Pero, señor, vuestros ojos os engañan otra vez, no es un dragón, es una enorme águila!

La majestuosa ave descendió y trató de clavar sus garras en el pecho del hidalgo, lo cual no logró porque lo que pensaba que era carne, resultó ser metal. Don Quijote cayó al suelo, pero sujetando al ave. Sancho aprovechó para echarle encima una manta que llevaba siempre en su cabalgadura y, así, lograron someterla.

Don Quijote agradeció a su escudero:

182

—Mi fiel y valiente amigo Sancho, gracias a tu ayuda, hemos derrotado al dragón.

—Pero, señor, si es un águila, no un dragón. Espere un poco, déjeme sujetarle el cuello por encima de esta manta y descubrirle con cuidado la cabeza.

Así lo hicieron mientras no dejaban de sujetarla. Sancho temía que, como en otras ocasiones, don Quijote pensara que por algún encantamiento el dragón hubiese sido convertido en águila. Pero don Quijote vio la cabeza del ave tal y como era, y se convenció de que no había tal dragón. Esa claridad de juicio lo puso triste.

—Sancho, si esta ave no es un dragón, seguramente tampoco lo que vi hace unos momentos era un *ajolocornio*. Será mejor que liberemos a esta criatura.

El escudero sintió que su corazón se empequeñecía un poco, como seguramente sentía también su señor y valiente hidalgo, pero otra vez sus avispados ojos le revelaron las cosas buenas que acostumbran seguir a las malas.

—¡Mi señor don Quijote, mirad! Parece que surgen unos pequeños animales del lago. Seguramente han caído en la cuenta de que el águila ya no es un peligro y hasta parece que hacen en el agua borbollones. Por pelos y señales que tuvo a

bien decirnos la anciana de San Nicolás, puedo asegurar que son *ajolotes*. A mis entendederas, la gente que sufre tan cruenta carencia de agua no sabe de este lugar, porque nos hubieran hablado de su existencia, y más aún, estuvieran trayendo en sus asnos castañas de madera para acarrear agua.

La inteligencia de don Quijote se aclaró y brilló, en parte por regresarle su buen juicio después del desengaño, y en parte porque en su corazón llevaba el anhelo caballeresco de hacer el bien a los hombres, mujeres y niños que veían morir a sus animales lentamente por falta de agua y, por consiguiente, de forraje o alimento cualquiera. Demostró su lucidez con un chispazo de ingenio.

183

—Sancho, vamos a llevar algunos ajolotes al pueblo para que nos crean que existe este lugar, donde agua y alimento han de encontrar con que alivien sus pesares.

—Pero, mi señor, necesitamos llevarlos con agua, y no veo otra forma más que en mi bota de vino, vacía ya desde hace muchos ayeres, a la cual con pesar mío tendremos que cortar de la parte estrecha para que podamos meter a los animalillos.

—No, Sancho, ni precisaremos de tu bota, la puedes conservar. Llevaremos unos cuantos ajolotes con agua en mi celada, que voltearé, abrazaré y llevaré con cuidado cabalgando al paso, por no derramar.

—¡No se me hubiera ocurrido! Por algo sois vos mi señor, ingenioso caballero.

Llevado a efecto lo pensado, se dirigieron los dos a lomos de sus cabalgaduras en dirección del pueblo. Llegaron al amanecer y la gente salió a la calle principal para verlos, como si adivinaran que algo bueno les traerían. Uno de ellos, de edad avanzada y que parecía el principal del pueblo, los recibió con amabilidad. Don Quijote le mostró su delicada carga y, después de saludarle, le dijo:

—Mi escudero y yo hemos encontrado un lugar de donde podrán traer agua y que, además, contiene estas criaturas a las que llamáis *ajolotes*, que son alimento mejor que las reses y aves de corral, según nos confiaron en otro pueblo cercano cuya iglesia está dedicada a San Nicolás.

184

Los ojos del anciano y de sus paisanos se abrieron primero con asombro, luego con un ligero esbozo de incredulidad y, finalmente, con una expresión de alegría, que acompañaron de vítores para los recién llegados. En efecto, el pueblo no tenía idea de que existía tal lago. De inmediato, llevaron a los animales que aún podían hacer la jornada para que bebieran y comenzaran a acarrear el agua en sus castañas, montadas sobre burros y acémilas.

Para festejar ese acontecimiento, todos los lugareños unieron esfuerzos y alimentos que pudieron, juntaron mesas y ofrecieron una comida de agradecimiento a don Quijote y Sancho. El convite se extendió varias horas, en que el hidalgo y su escudero pudieron deleitarse y deleitar al pueblo con la narración de sus aventuras. Sobre todo a los jóvenes y niños, que los oían embelesados. Dejaron libre al águila y, mientras la veían remontar el vuelo, Sancho agradeció a la gente por la comida y dijo a don Quijote:

—Mi señor, bien está lo que bien acaba.

Después de unos días de hospitalidad, caballero y escudero agradecieron y emprendieron su camino en busca de más aventuras, pues en realidad en el mundo nada acaba definitivamente. Hasta los árboles más añejos mueren, pero dejan semillas. Entre los niños de aquel pueblo, no faltó el que quedara pensando cómo llegar a ser, con el pasar de los años, un caballero andante como don Quijote.

## **Capítulo XIV**

De cómo don Quijote y Sancho atraviesan la Zona Colonial de Santo Domingo y descubren la más fantástica de todas las hechicerías en un liceo de la calle Juan Socorro Sánchez

Liceo escuela Ntra. Sra. del Carmen  
Santo Domingo. República  
Dominicana

**Tutor literario**  
Pedro Cabiya

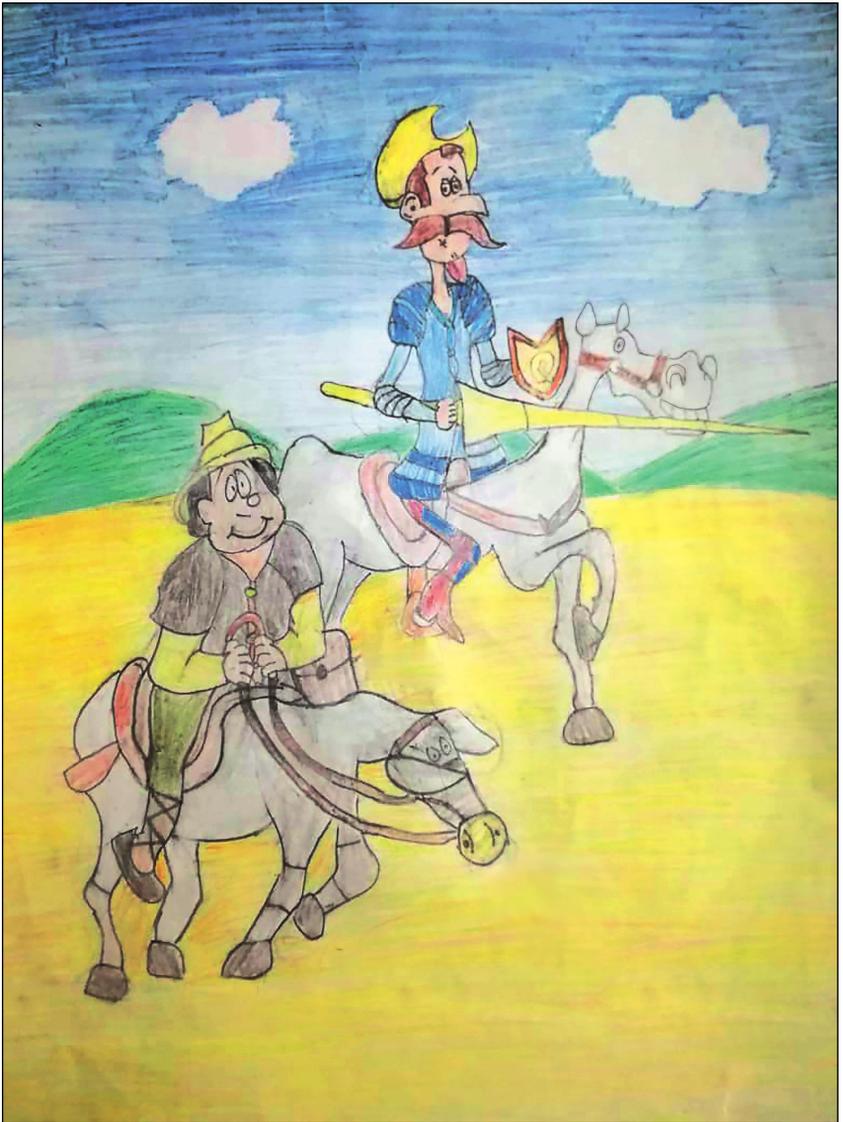


## **Profesorado**

José Amado León

## **Alumnado**

Nathalia Báez García  
Tiffany Berlota Henríquez  
Henry Enmanuel Cuevas  
Víctor Eliecer Cuevas Rosario  
Patricia Marie Despradel Encarnación  
Marifel Dini Vargas  
Pamela Encarnación De La Paz  
Deborah Marie Escaño Polanco  
Ramón Antonio Estrella Núñez  
Luis Alexander Galván Batista  
Frederick Junior Gomera Bisonó  
Ashley Abigail Guzmán Herrera  
Calorin Gesselle Lantigua Placido  
Carlos Manuel Luna Jiménez  
Daniel Antonio Mamolejo Jiménez  
César Jesús Martínez Urbáez



## Capítulo XIV

### De cómo don Quijote y Sancho atraviesan la Zona Colonial de Santo Domingo y descubren la más fantástica de todas las hechicerías en un liceo de la calle Juan Socorro Sánchez

En otra parte del mundo, en un pequeño lugar donde la música es el aire y los platos un manjar, caminaban sin rumbo alguno don Quijote de la Mancha y Sancho Panza por las estrechas calles de la vieja ciudad popularmente conocida como la Zona Colonial. Estos pensaban firmemente en encontrar todas las aventuras que algún día en España no pudieron terminar. Dejaron en un árbol a su caballo y burro y comenzaron a caminar.

La Zona Colonial, de ambiente elegante, antiguo y rústico, adornada con gente pintoresca de diferentes rasgos. Una variedad de hermosas esculturas y estructuras que lograron deslumbrar los ojos de don Quijote y su humilde amigo Sancho Panza, a pesar de que notaron que la gente que les rodeaba los observaba confundida y con una pizca de burla; estos, haciéndoles caso omiso, enfocados en su aventura, admirando el alrededor y las diferentes plazas que a don Quijote le parecían más que interesantes, como un reino de nobles doncellas y príncipes.

—Me recuerda a Toledo —le dijo el caballero a su escudero.

Al llegar a un parque que estaba al lado de una gran catedral, don Quijote se encontró con una bandada de palomas cuya presencia le hacía sentir amenazado. Con una postura imponente detuvo a Sancho y le avisó:

—Prepárate para la batalla, tenemos enemigos.

A lo que Sancho, extrañado por la advertencia de su amo le respondió:

—¿Dónde vuestra merced ve peligro alguno? Yo no veo nada.

Quijote levantó su vieja espada y apuntó a las palomas provocando que estas se asustasen y volasen por encima de ellos. Sancho reconoció que eran unas simples aves y trató de convencer al Quijote. El hidalgo lo miró con el ceño fruncido y con la palma de la mano le golpeó la cabeza y reprochándole dijo:

190

—¡Qué ignorante! ¡Cállate! No sabes nada de achaque de caballerías.

En ese instante, una de las palomas defecó en el hombro izquierdo del Quijote, quien lo tomó como una declaración de guerra, asió la espada, corrió hacia ellas y estas se alejaron des-pavoridas, lo cual bastó para que don Quijote se declarara vencedor.

Agotados por el largo recorrido, Quijote le propone a Sancho tomar un descanso y luego ir en busca del burro y el caballo.

Recuperadas sus monturas, don Quijote y su escudero Sancho Panza, pasaron frente a un grande, magnífico e imponente edificio de mármol, sin saber que ese era el reconocido Teatro Nacional Eduardo Brito. Caballero y escudero se detuvieron a admirar la inmensidad y perfección del edificio. Continuaron caminando y, más adelante, don Quijote se detiene al escuchar un ruido, como un silbido, y luego otro como un estruendo. Don Quijote, su natural curiosidad picada, sigue el sonido hasta su origen; lo recibe una entrada oscura de la cual emana una brisa cálida.

—Sancho, ¿estás viendo lo mismo que yo? —exclamó el delgado caballero de la triste figura.

—Estoy viendo algo, pero no estoy seguro de si es lo mismo que vuestra merced ve —dijo Sancho.

—¡¿Es que acaso no lo ves?! Es la entrada a la cueva de un dragón. Siente su caliente aliento directo de sus fosas —se exaltó Quijote frente a la estación Casandra Damirón del metro de Santo Domingo.

—No lo sé, mi señor, eso no suena como un dragón.

—¡Qué sabes tú, ignorante! Si temes por tu vida, quédate, yo iré a matar a ese dragón —respondió el entusiasmado caballero.

Sin siquiera pensarlo dos veces, el desquiciado Quijote se adentró a lo que en realidad era una boca del metro. Sancho, dudoso, lo siguió a aquel lugar desconocido. Al entrar, se toparon con tres filas de escaleras, pero se asombraron por dos de ellas en particular, las cuales se movían misteriosamente, una hacia arriba y la otra hacia abajo, movidas por una fuerza misteriosa.

—¡Sancho! ¿Estás viendo eso? ¡Eso debe ser obra de Frestón, que me odia y no pierde ocasión para anonadarme!! —exclamó don Quijote.

Sancho solo lo miró y, como todos los días, se cuestionó cómo podía caber tanta locura en una sola cabeza, pero al mismo tiempo, se sorprendió al darse cuenta de que era la primera vez que no podía contradecir lo que don Quijote afirmaba, porque realmente aquellas escaleras automáticas parecían estar movidas por fuerzas invisibles y hechicéiles.

—Hay una escalera normal, bajemos por esa —dijo el escudero.

—Sancho, no digas estupideces, puede ser otra trampa de Frestón, enfrentemos el peligro —habló Quijote.

Se decidieron a ir por la escalera que descendía hacia aquellos avernos, poniendo un pie primero y otro después, como si no su-

pieran caminar, sin darse cuenta de que había gente mirándolos con el ceño fruncido, como si estuvieran locos, lo cual no se alejaba mucho de la realidad. La tomaron hasta llegar al fondo de aquella supuesta cueva. Al llegar, se vieron rodeados de personas ocupadas en asuntos ajenos a los de ellos. A los ojos de don Quijote, aquella gente buscaba lo mismo que él: matar al dragón que calentaba el aire con sus sulfurosas respiraciones.

192

Quijote ve una extraña entrada, con barrotes giratorios en vez de puertas, por la cual intenta entrar sin éxito. De repente, escucha un agudo sonido; un policía soplando un silbato se le acerca y le dice:

—Señor, necesita su tarjeta para pasar.

Don Quijote no entendió a lo que se refería el uniformado, así que preguntó:

—¿Invitación? Para matar a un dragón no necesito que me inviten, es la labor de un caballero —expresó.

El policía, algo confundido, pensó que el hombre tal vez estaba loco o tenía trastornos mentales, y le pregunta a Sancho:

—¿Anda usted con este sujeto?

—Sí —confirmó Sancho—, pero no es sujeto, porque nadie lo sujeta ni está él sujeto a nada o a nadie, que no sea a la hermosa Dulcinea del Toboso, porque sepa que este es el famoso y renombrado don Quijote de la Mancha, enderezador de tueros y desfacedor de viudas y huérfanos.

Y el policía pensó: «Este está peor que el otro», con lo que procedió a abrirles la puerta de discapacitados para que don Quijote y su escudero entren a montarse en el dragón.

Cruzan los barrotes y de inmediato se ponen a buscar al dragón. Miran por todos lados y, luego de un breve momento, el metro/dragón llega a la estación/cueva. Sancho, algo sorprendido y confundido a la vez, dice:

—Don Quijote, esto no se parece a un dragón, aunque maravilloso es, y cueva tampoco me luce este túnel iluminado.

—Estas cosas son como yo digo que son, ¿acaso crees que estoy loco? —dijo su amo.

Este era el tipo de preguntas que Sancho Panza no podía responder con toda franqueza, pues temía represalias, así que decidió quedarse callado.

El metro hizo un silbido otra vez y las puertas se abrieron. Los pasajeros se apresuraron a entrar como estampida y acabaron arremetiendo contra Sancho y Quijote, empujándolos al interior del vagón. Ya adentro, las puertas se cerraron, y el tren dio inicio a la marcha; aquel panzón escudero y el lánguido caballero, apretados entre tal multitud, comenzaron a dialogar de cómo llegaron al interior del dragón, sin haber usado la lanza para lacerar su escamosa piel. Luego de unos instantes, don Quijote notó un pequeño pero importante detalle.

—Sancho —llamó don Quijote—, ¿dónde has dejado a Rocinante?!

Sancho solo lo miró y respondió:

—Vuestra merced, creo que los hemos dejado en la entrada de la cueva —respondió— y este dragón se está moviendo, debemos regresar a por ellos.

Esperaron a que el tren se detuviera y salieron corriendo sin saber a dónde ir, así que le preguntaron a una mujer con una niña.

—¿Sabe vuestra merced cómo llegar a la entrada inicial de esta cueva? —preguntó Sancho Panza.

La mujer, confundida, no responde nada, pero su niña grita:

—Es la Casandra Damirón, la estación pasada. Debes esperar al siguiente tren subiendo las escaleras y bajando al otro lado.

Don Quijote y Sancho se dieron cuenta de que efectivamente había otro vagón del otro lado, así que se dirigieron corriendo a él, entraron a ese otro extraño dragón, para ir en busca de su caballo y burro. Pero lamentablemente, o afortunadamente, sin matar al dragón.

Ya afuera, y otra vez cabalgando, nuestros aventureros sienten que el sol está picando más de la cuenta.

—Amo, pero ¿y este maldito calor? —exclamó Sancho—. Ni Sevilla en agosto.

194

—No es nada del otro mundo —dijo don Quijote, cocinándose a fuego lento dentro de su armadura. Era como estar dentro de un Chevrolet del 73 parqueado debajo del sol y con el aire apagado.

—Será que nos abrieron las puertas del infierno —dijo Sancho.

—No, esto es un clima caliente típico del trópico —replicó don Quijote.

—No sé si es trópico, pero este sol mépica y no poco —dijo Sancho.

—Ay, virgen santísima, ¿qué te dieron de comer? —dijo don Quijote, y es que nuestros aventureros iban absorbiendo la dominicanidad con cada minuto que pasaban en descampado sin contacto con su noble España.

—Y encima hace hambre. ¿Qué no daría yo porque jalláramos una mano de guineo con la pámpara prendía?

—Dios te oiga —dijo don Quijote.

Al cabo de un rato, Quijote y Sancho llegaron a la playa de Güibia y se les antojó darse un chapuzón y refrescarse. Sancho se le queda mirando a una muchacha en bikini y le dice a su amo con el tigueraje que ha venido agarrando en el camino:

—Don Quijote, ¿esa no es mi señora doña Dulcinea del Toboso? O más bien, Dulcinea de Güibia. Pítale a ver si te mira.

—No, descarado Sancho, ¿no ves que todavía no me atrevo a hablarle? —dijo Quijote.

—Muy valiente para enfrentarse las aventuras, pero para hablarle a una mujer, un gatito aterrorizado —dijo Sancho.

—¿Qué murmuras, Sancho, maldito?

—Nada, que aprovechemos y por lo menos en la orillita nos mojemos, que yo a nadar nunca aprendí.

Refrescados, y tras una larga cabalgata, don Quijote y Sancho Panza se detuvieron al ver un lugar peculiar con numerosos artilugios y aparatos. Dicho lugar tenía por nombre Minimarket Lantigua, junto con el mensaje «Entra si quieres y sal si puedes». Don Quijote, viendo esta frase desafiante, le dijo a Sancho Panza:

—¡Estos duendes creen que van a intimidarme con sus artilugios y baratijas! Demostrémosles quiénes somos.

—Pero, amo, ¿no ve vuesa merced que estos seres son simples mercaderes y que esto es un rincón de quincallería?

—No seas necio y déjame cumplir con mi deber.

—¡Contemple, amo! Están hablando de nosotros en ese espejo mágico.

Al instante, don Quijote se giró repentinamente hacia el televisor, donde en la pantalla se veían.

Al ver esto, el colmadero exclamó:

—¡Aaah, pero e' que utede' son famoso'!

Don Quijote ignora el comentario y atiende la noticia televisada.

*En el día de hoy, los estudiantes del Liceo Escuela Nuestra Señora del Carmen se dan a la tarea de escribir un nuevo capítulo de El Quijote. Participan de este taller los estudiantes de 4.º B de Secundaria, guiados por el célebre escritor caribeño...*

Don Quijote deja de escuchar y, asombrado, le dice a Sancho Panza:

—¡Vamos, mi fiel escudero! ¡Emprendamos la búsqueda de aquel misterioso lugar!

Nunca a Rocinante lo habían espoleado tanto y tan duro, y el pobre burrito de Sancho iba pisao. Caballero y escudero llegaron por fin al número 23 de la calle Juan Sánchez Ramírez, embistieron el portón, subieron las escaleras y, rodeados de la algarabía de docenas de estudiantes, penetraron en el aula donde se estaba escribiendo este mismo capítulo.

196

—¡Son ustedes, de verdad lo son! —exclamaron los estudiantes del 4.º B de Secundaria que en ese momento escribían esta mismísima línea, bajo la dirección del asombrado profesor de Literatura.

—¿Cómo sabéis de nosotros? —quiso saber don Quijote.

—Pero ¿cómo no saber de ustedes dos, si son tan famosos que no hay otros más famosos que ustedes? —respondió una niña. Pero don Quijote había perdido la paciencia y, juzgando que el responsable de todo aquello era el profesor que guiaba el taller, y tomándolo por un hechicero, posiblemente Frestón, arremetió contra él.

—¡Don Quijote! ¡No es lo que usted piensa! —exclamaron los estudiantes autores de este capítulo, levantándose a una para salvar al profesor.

—Este señor vino a instruirnos acerca de sus aventuras, para poder continuarlas, pero en esta ocasión por toda Iberoamérica.

—¿Iberoamérica? Pues si tal cosa existe, nos gustaría conocerla.

—Ya que estáis aquí —intervino una de las estudiantes del liceo—, ¿por qué no le da fin vuestra merced a este capítulo

que hemos escrito, y que lo ha llevado a conocer un poco de nuestra ciudad de Santo Domingo?

—No me desagrada la idea —dijo don Quijote, y se sentó frente al ordenador donde escribían los niños—. Venga entonces, ¿cómo funciona esto?

Los estudiantes se tomaron el tiempo de explicarle y don Quijote, que, aunque loco, era inteligente y buen entendedor, comprendió el uso de la máquina.

Y escribió una sola palabra. Esta:

FIN



## **Capítulo XV**

De cómo don Quijote y Sancho  
Panza corrigieron las  
injusticias del capataz de  
las porquerizas de un condado

Centro Escolar Caserío Las Lajas  
San Salvador. El Salvador

**Tutora literaria**

Claudia Renéé Meyer

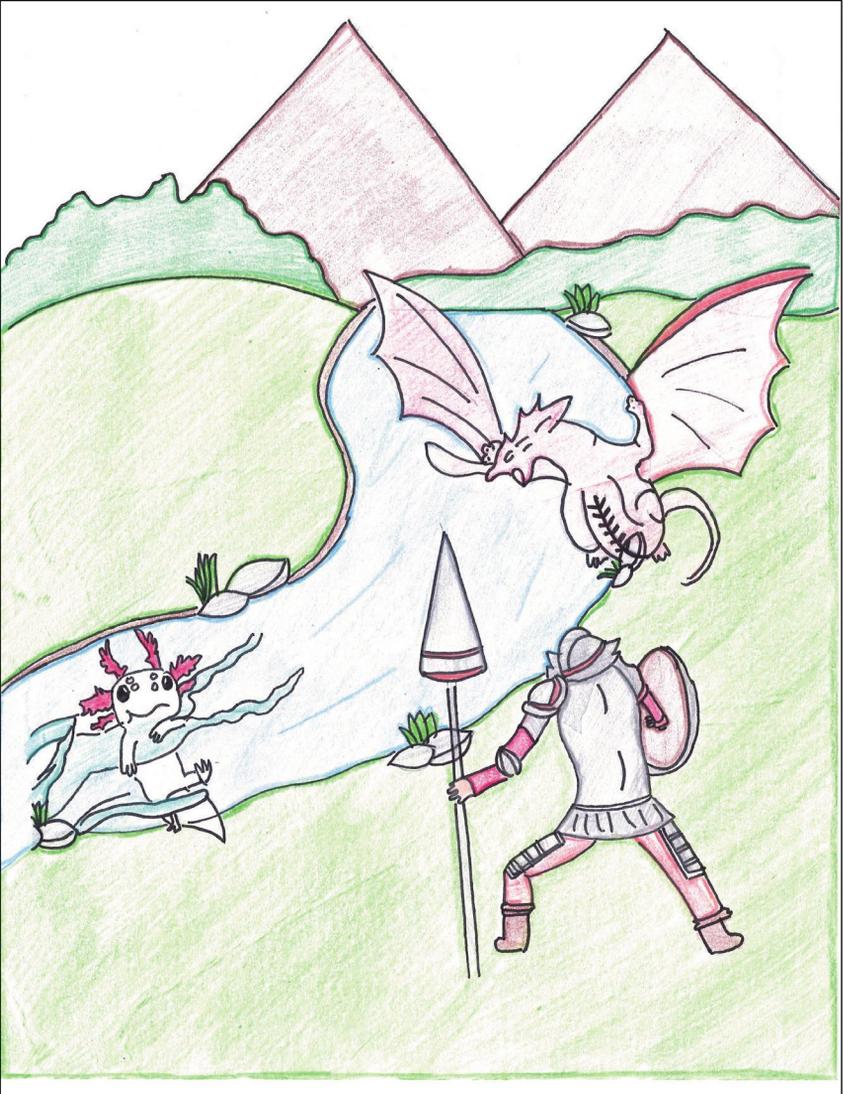


## **Profesorado**

Cristina Alvarado Castillo

## **Alumnado**

Nataly Jazmín Aragón Gómez  
Lesly Gabriela Navas Contreras  
Katerine Julissa Rodas Pérez  
Nataly Nicole Recinos Flores



## Capítulo XV

### De cómo don Quijote y Sancho Panza corrigieron las injusticias del capataz de las porquerizas de un condado

Luego de un largo viaje, don Quijote y Sancho llegaron a un hermoso pueblo, donde fueron recibidos por dos granjeras, que les dieron alojamiento; además, les ofrecieron un recorrido por el pueblo, ya que era una costumbre de los habitantes con los forasteros. Don Quijote y Sancho dieron las gracias por el recibimiento y la amabilidad.

203

Durante el recorrido, las granjeras contaron que la región era gobernada por un conde.

—¿Cómo es el gobierno del conde? —pregunta don Quijote; a lo cual una de las granjeras responde:

—Es un hombre estricto, distante, duro y serio; en cambio la condesa es todo lo contrario.

—¿Por qué lo contrario? —interroga don Quijote.

—Porque el conde es cruel con todos los trabajadores. Los hace trabajar sin descanso alguno, aguantando bajo el sol hambre y sed; no le importa el sufrimiento de los demás. La condesa, en cambio, es dulce, justa, entiende nuestra pena, pero poco la vemos.

—Mi hijo está pasando por una desgracia, está siendo maltratado —comenta una de las granjeras entre lágrimas—, fue forzado a trabajar en la porqueriza del conde... Por cierto, esa es la porqueriza de la que le hablamos.

Llegaron a un lodazal rodeado por un cerco. Dentro había una media docena de trabajadores exhaustos, sin protección alguna bajo el sol directo de la tarde; los chillidos de los cerdos se suman al mal olor y la desesperanza que se respira en el lugar. Una maltrecha cabaña colinda con la porqueriza, desde la que se escuchan lamentos, gritos y voces:

—¡Ay, ay, auxilio, basta, basta! —clama una voz.

—¡Escuchad, escuchad, don Quijote, ese es mi hijo, al que están golpeando! —se lamenta la granjera, reconociendo en los gritos a su hijo Felipe.

204

La voz del desdichado se fue apagando, hasta escucharse solo el silencio.

Don Quijote, con el ceño fruncido, entra raudo en la cabaña seguido de las dos mujeres y Sancho. Entre la oscuridad alcanzan a verse dos hombres en pie y uno medio desnudo en el suelo, que llora y gime desesperado. Don Quijote pregunta:

—¿Qué diantres pasa aquí, a quién maltratan en este espantoso lugar?

Al ver que nadie responde, pregunta por el encargado. De las sombras sale un hombre recio, alto, de tez curtida y facciones horrendas; parecía una bestia, un animal con rasgos humanos. El capataz se presenta y dice:

—Este miserable ha cometido una falta muy grave, se robó dos cerdos del señor conde; por eso, mañana, será ahorcado en la plaza al salir el sol.

La madre de Felipe exclama llorando:

—¡No, soltad a mi hijo, él es inocente!

—¿Tienes pruebas? —le pregunta el capataz.

—No, pero mi hijo sería incapaz de robarse un cuche.

Don Quijote interviene y asevera:

—Si el joven es culpable, lo decidirá el conde. Por justicia, mañana debería escuchar a todas las partes y ahí estaré, para cerciorarme de que así sea. Deja de maltratar al chico, que su sentencia debe ejecutarse a partir de mañana y no castigársele desde hoy.

El capataz, al ver la presencia y enojo de don Quijote, ordena a sus ayudantes llevarse a Felipe al fondo de la cabaña y comenta, irónico:

—No os preocupéis, señor, el joven ya no será golpeado. Esperaremos la decisión del señor conde.

205

En medio de la querrela, Sancho irrumpe y pregunta si continuarán con el recorrido. Salen de la cabaña y Sancho tranquiliza a las mujeres diciéndoles:

—No temáis, dolidas mujeres, que mi señor don Quijote se basta él solo para resolver entuertos y defender inocentes. Ya veréis, mujer, como tendréis a Felipe en casa de nuevo. Ahora tanta emoción me ha dado hambre, que con el estómago vacío no puede uno andar por ahí salvando el mundo, que cansa mucho eso.

—Gracias por el consuelo —contesta la madre de Felipe—, y si hambre tienes, os llevo a una venta que ofrece un rico platillo de moda en la región.

—¿Y de qué se trata? —pregunta Sancho, imaginando alguna delicia y relamiéndose, avanzando hacia el lugar con las mujeres y don Quijote.

—Es una tortilla rellena de queso, frijoles, chicharrones o una mezcla de todos esos ingredientes. Se cocina y se come caliente. Les dicen «pupusas», un platillo del otro lado del mundo. Según cuenta el dueño de la venta, la receta viene desde las Américas, de la provincia de San Salvador en la Capitanía General de Guatemala.

—Pues podrán venir de Timbuctú o de otra zona extraña, pero mientras no las pruebe, para mí no existen y menos la fama de su ricura, ¡así que a probarlas! —exclama entusiasmado.

206

Anocheía al llegar a la venta y el lugar estaba repleto. Tanta era la fama de las pupusas que la gente llegaba de pueblos cercanos a degustarlas. El dueño, hábil negociante, aprovechando la emoción por la novedad había creado un concurso: premiar al más comelón de pupusas. Justo empezando el concurso, entran Sancho, las mujeres y don Quijote a la venta. Este se excusa de ingresar y participar, acusando cansancio; les pide a las granjeras que le lleven mejor a descansar, así también podrá pensar en cómo salvar a Felipe al día siguiente. Las mujeres asienten, se retiran con don Quijote y dejan a Sancho bien instalado y participando de la contienda gastronómica. Sancho demuestra ser un hábil contrincante para devorarlas, pero no era el único: había cinco hombres más que comían tanto o más que Sancho. Teniendo Sancho en su haber más de diez pupusas, sintió la necesidad de liberar la barriga; salió, ya en la oscuridad, a buscar un lugar privado donde poder relajar los intestinos. En las sombras logra distinguir dos figuras y escuchar vagamente su conversación:

—... de aquí no sale ninguna palabra de lo que hemos hablado; quedamos que dentro de un mes robaremos otro cuche...

—Esta bien, jefe, pero habrá que buscar a quien culpar, porque a este Felipe seguro lo cuelgan mañana; el conde no anda preguntando ni haciendo juicios, confía en lo que le decís.

—Lo único que me preocupa es ese dizque caballero que apareció ahora. No creo que le tomen en cuenta y yo ya di mi

testimonio. Así que mañana ni por cerca en la plaza, por si preguntan, así lo cuelgan sin más averiguaciones. Es la palabra de un pobre diablo contra la mía, el capataz de las porquerizas del conde.

—Jefe, mientras no seamos nosotros los que vamos a la horca, no nos preocupemos.

Y se alejaron las dos sombras, riéndose, entre la negrura de la noche.

Sancho, de la impresión de lo escuchado, sacó todo lo comido y se le quitó el hambre. Alterado, corrió al alojamiento a contarle a don Quijote. Lo encontró ya en sus aposentos, de rodillas, haciendo sus oraciones. Esperó a que terminase con su devoción nocturna y procedió luego a contarle punto por punto lo tramado por los delincuentes. Don Quijote, indignado ante tanto atropello y villanía, acordó con Sancho llegar temprano al día siguiente a la plaza, para darle su testimonio al conde. Se retira Sancho a sus aposentos y don Quijote se duerme; en sueños se imagina entrando a la plaza montando un elefante, pasando pesadamente entre la muchedumbre, que lo vitorea como salvador del condado. Tanta era su fascinación con los halagos y elogios que manipula mal a la bestia, deslizándose y cayendo estrepitosamente entre fardos de paja... y así de estrepitosa fue la caída de la cama. En lugar de penumbra encuentra un tímido sol que asoma por la ventana; ¡ya era tarde! Se apresura con sus vestimentas, mientras urge a Sancho que esté listo con las bestias y llegar a la plaza a tiempo:

—Apura, Sancho, que los verdugos y la muerte no esperan.

—Adelántese don Quijote, que no puedo con vuestra premura y velocidad, yo iré detrás y llegaré cuando este jumento consiga llevar mis carnes al lugar.

Llega don Quijote a la plaza cuando la multitud ya está congregada. En un costado habían levantado un estrado, donde estaba acomodada la nobleza; presiden la condesa y el conde, quien justo se levanta y le indica al verdugo la señal que autoriza la ejecución de Felipe. En el centro de la plaza, en un tablado, a raíz de la señal del conde, pende ya colgando de la horca el pobre Felipe. Don Quijote irrumpe entre el gentío cabalgando velozmente en Rocinante y con la punta de su lanza logra cortar, a duras penas, la cuerda de la horca. Felipe cae pesadamente al suelo, sin dar señales de vida. La muchedumbre, por un instante muda, luego reclama a gritos la ejecución interrumpida; al momento un grupo de soldados rodean a don Quijote y, desde el estrado, el conde pide, molesto, silencio. Luego increpa:

—¿Quién ha osado interrumpir la ejecución?

—Yo, don Quijote, caballero andante que batalla contra las injusticias y aquí he logrado evitar una muy grande —afirma recia y severamente el hidalgo.

—Explícate caballero y pronto. Te advierto que si juzgo que tus palabras faltan a la verdad, serás enviado a galeras por este atropello —sentencia el conde.

—En honor al juramento que hice cuando me convertí en caballero, y en nombre de mi amada Dulcinea, os juro que este joven, Felipe, es inocente. Mi escudero escuchó anoche conversar al capataz y un ayudante sobre cómo traman en contra de vuestra merced, apropiándose de los cerdos e inculpando inocentes...

—¡Eso es cierto, yo los oí! —grita Sancho, recién llegando a la plaza, exhausto—. Esos malandrines son unos mamarrachos, bandidos, villanos, mal vivientes, unos mal nacidos también...

—Ya, Sancho, calla —demanda don Quijote— el conde, en su sabiduría, ha entendido el punto. Con mi escudero recién ayer llegamos a vuestras tierras y pasando por las porquerizas nos enteramos del caso. Ya en la noche, Sancho, en una venta, escuchó la conversación y hoy estamos aquí para evitar que cuelguen a un inocente.

En el tablado, Felipe se recompone para alivio de don Quijote y Sancho y empieza a lamentarse:

—Esto es por perder mi trabajo en otro pueblo; tuve que dejar a mi mujer e hijos para buscar mejores oportunidades. Regresé con mi madre a la granja y empecé a trabajar en esa maldita porqueriza que solo me ha traído desgracias. Mi vida siempre fue humilde, de mucho trabajo y sufrimiento, ¡pero honrada, señor conde, honrada! En esa infernal porqueriza, donde estamos hartos de los chillidos, la sangre, el lodazal, tanto sol y hambre, ahí el capataz nos maltrata y nos humilla como quiere. Yo me quejé, pedí un mejor trato, porque hasta los cuchos están mejor cuidados que nosotros, los seres humanos. Pero ese fue mi error, reclamar, alzar la voz, ser incómodo. Y hace dos días me apresaron en la cabaña de la porqueriza, me azotaron y se reían, me decían que era un imbécil por creer que nadie se daría cuenta de que me había llevado dos cuchos, y que ya el conde sabía que había sido yo y que me colgarían... ¿Qué clase de justicia es esta donde los pobres no somos escuchados y solo nos condenan?, ¿qué clase de vida es solo aspirar a morirse? ¡Escúchenme todos, soy inocente, no soy un ladrón, aquí me tienen pagando por algo que no hice! —termina exhausto y desconsolado Felipe, arrodillado en el tablado, con el cuello enrojecido por la soga que casi le mata.

La condesa, conmovida, pide la palabra a su marido y contesta:

—Querido pueblo, he aquí una triste muestra de lo mucho que sufrís y de lo poco que sois atendidos. Respetable esposo —dirigiéndose al conde—, yo les creo, pues, ¿qué razones tendrían dos forasteros en intervenir en asuntos ajenos y abogar por un desvalido? Por favor, ten piedad de la situación, de tu pueblo que padece de tantas penurias y dale un ejemplar castigo a quienes de verdad te han ofendido con engaños, no importando su rango —solicita suave, pero firme, la condesa.

210

—Esposa mía, has hablado de forma sensata y directa —contesta el conde—, no puedo más que atender tus sabias palabras y levantarle la sentencia al joven. Y a vosotros, mi pueblo, os prometo que de aquí en adelante se hará justicia de forma apropiada y por igual para todos. Estaré velando por que tengáis mejores condiciones de vida; también os invito a que si tenéis quejas o necesitáis ayuda, pidáis audiencia: desde ahora tendré sesiones para recibirlos y escucharlos —finaliza comprometido el conde.

El pueblo estalla en gritos de alegría y agradecimiento. Entre el barullo, Sancho ayuda a Felipe a quitarse la soga; el conde envía un mensajero para avisar a la madre que Felipe se ha salvado de la ejecución; además, ordena a sus soldados ir a la porqueriza y apresar al capataz y sus secuaces, para darles luego un castigo ejemplar.

Antes de retirarse, la condesa y el conde expresan su agradecimiento a don Quijote y a Sancho, invitándoles a degustar una bebida de la nobleza, un dulce brebaje caliente llamado chocolate, descubierto en las Américas, y traído en tablillas desde la región de los Izalcos, en la provincia de San Salvador.

Caballero y escudero beben, agradecen el gesto, se despiden de la madre de Felipe, quien ya llegó por su hijo, y le desean a Felipe una larga y próspera vida.

Después de remediar estos apuros producto de tantas injusticias, don Quijote y Sancho dejan el pueblo y cabalgan hacia nuevas aventuras.



## **Capítulo XVI**

De cuando don Quijote  
y Sancho Panza regresan  
de su viaje por Iberoamérica  
y llegan a la ciudad de Alcalá  
de Henares

Colegio Gredos San Diego de Alcalá.  
Alcalá de Henares. España

**Tutor literario**

Santiago García-Clairac

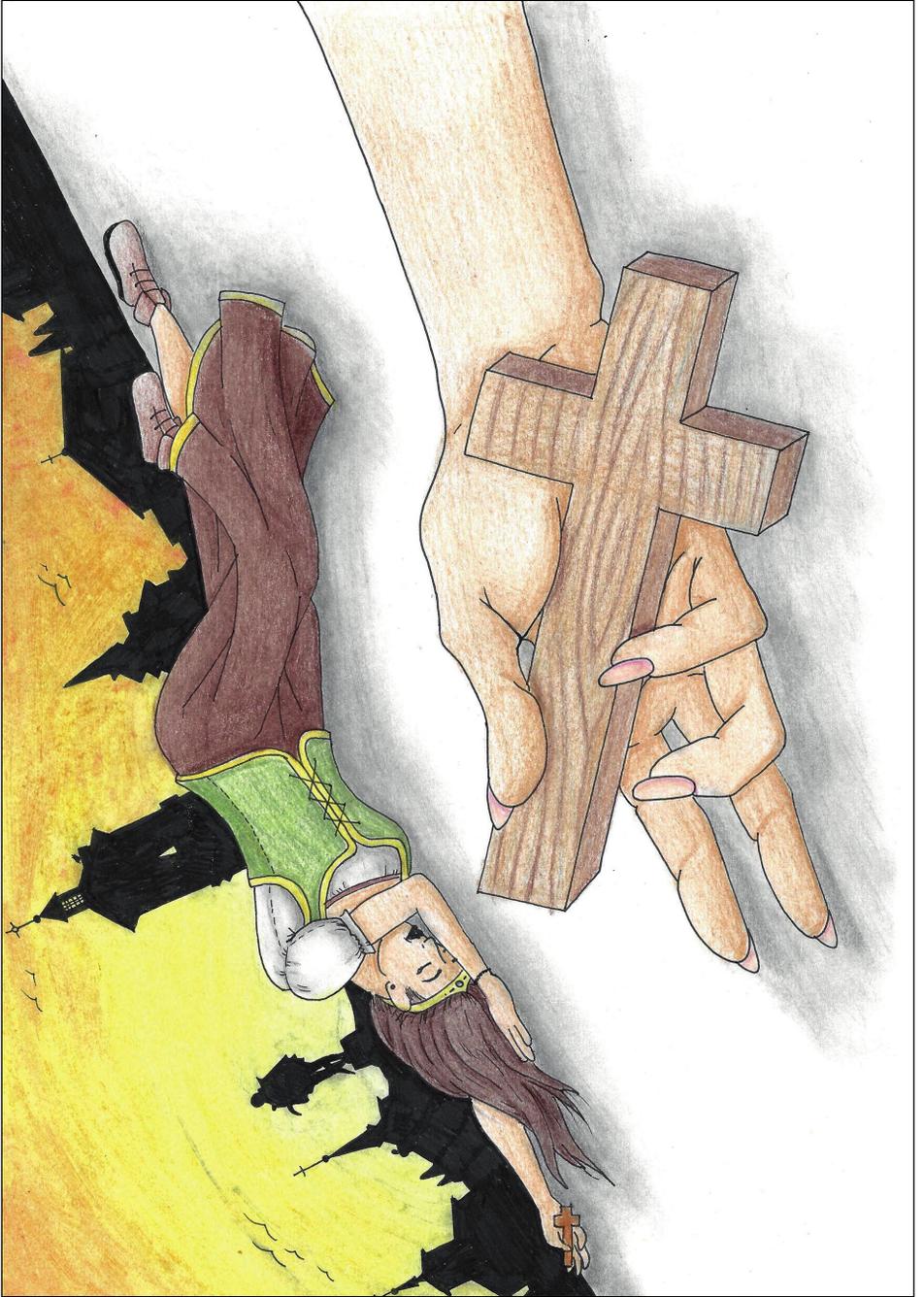


## Profesorado

Victoria Díaz Lucha  
Marta Escribano Núñez  
Cristina García Sáez  
Cristina Ramiro Téllez  
Anjara Ruiz Bodas  
M.<sup>a</sup> Val Fernández Rodrigo

## Alumnado

Daniel Baratto Valdivia  
Miguel Becerril Torres  
Blanca Belinchón Andrades  
Miguel Bergasa Ramiro  
Alba Calvo Valero  
Carlos Charro Galván  
Iván Delgado López  
Pablo García Alén  
Lucía García González  
Almudena García Martínez  
Diego García Peris  
Alberto Hermida Iglesias  
Nerea Luján Conde  
Laura Martínez López  
Carla Montesinos González  
Sofía Negueruela Avellaneda  
Cristina Pérez Escudero  
Celia Pérez Javato  
Clara Pérez Javato  
Irene Pérez Toribio  
David Pinaro Gutiérrez  
Claudia Reinares Juez  
Sara Rivera Tova  
Alejandro Romero Blázquez  
Elsa Ruiz González  
Lorena Ruiz González  
Leyre Ruiz Tirado  
Manel San Martín Urios  
Laura Talaya Moreno  
Cristina Tobarra María  
Ingrid Valenciano G de Viedma  
Andrea Valverde



## Capítulo XVI

### De cuando don Quijote y Sancho Panza regresan de su viaje por Iberoamérica y llegan a la ciudad de Alcalá de Henares

—Sancho, mis tripas braman por un buen cocido.

—Rucio no puede ir más deprisa, mi señor. No sea quejicoso, desde este camino ya se vislumbra la bella ciudad complutense.

En el horizonte, bajo la cálida luz del día, se recortaban los majestuosos edificios contra el firmamento. A su izquierda, se erguía, imponente, el Palacio Arzobispal. Y a su derecha, se podía apreciar la cúpula de la Universidad de Alcalá. A medida que se iban acercando a la ciudad, empezaron a distinguir las fragancias y aromas de los puestos que vendían flores y pan recién hecho en el mercadillo. Los niños correteaban por las callejuelas y las señoras de mediana edad discutían acerca de sus ropajes.

De repente, algo golpeó el costado de Sancho y acto seguido soltó un molesto quejido. Este giró bruscamente su cabeza, y alcanzó a ver a un muchacho huyendo con una hogaza de pan en la mano; y tras él, lo que parecía ser un panadero, que le perseguía al grito de «¡Al ladrón!».

Al llegar a la altura de Sancho y Quijote, el muchacho ya se había perdido por las callejuelas de la urbe (ciudad/burgo). Y el panadero, jadeando, exclamó:

—¡Zagal, vuelve aquí ahora mismo, te encontraré y te lo haré pagar muy caro!

Sancho, ante esta situación, decidió tomar cartas en el asunto y dirigiéndose al vendedor se ofreció a pagar la deuda del joven. Siempre dispuestos a desfacer agravios y ayudar a desventurados.

El panadero, apenado y frustrado por el injusto acontecimiento que acababa de suceder, se sorprendió al ver que un generoso forastero le brindaba su ayuda.

Sancho le ofreció pagarle la deuda del joven ladrón, pero el panadero, educadamente se negó a aceptarlo.

218 La razón de su negativa era debido a que lo que al panadero realmente le interesaba no era el dinero, sino el pan en sí. Su madre, por motivos digestivos, solo podía comer pan de centeno, y el ladrón se había llevado la última barra de este pan. El panadero no podía hacer más barras de centeno, puesto que no tenía harina suficiente y el lugar donde podía obtenerla estaba a un día a caballo.

Tras oír la historia del panadero, Quijote y Sancho decidieron que ellos mismos serían quienes fuesen a por la harina al lejano molino. Pero antes de emprender el viaje, decidieron calmar, de una vez por todas, sus estómagos en una taberna.

Tras saciar su hambre, prosiguieron su camino hacia aquel lejano molino en el cual producían la harina que tanto ansiaban encontrar. Anduvieron hasta divisar en la distancia unas aspas girando al son del viento. Al llegar allí hallaron unos cuantos sacos de harina envueltos en una gran nube de polvo.

—¡Callad, os lo ruego, estáis acabando con mi paciencia! —exclamó don Quijote intentando sofocar las burlas imaginarias que escuchaba en su cabeza.

—Mi señor, tan solo son unos sacos de harina —le contestó Sancho.

—¿Acaso tu vista ha resultado afectada por nuestro viaje en aquellas tierras extranjeras? ¿No ves a esos pequeños y repugnantes seres mofándose de mí? ¡Desenvainad vuestras espadas, terribles bestias, y atreveos a batiros en duelo con un caballero como yo!

—¡Pare ya, mi señor! ¿Acaso no recuerda cómo concluyó su última batalla frente a los molinos de La Mancha?

—¿Qué molinos? En La Mancha yo luché contra gigantes, ¡y a poco estuve de salir victorioso! ¿Qué te hace pensar que no podré frente a unos simples enanos?

—Señor mío, por aquel entonces, quedásteis inconsciente y le tuve que trasladar a una venta de la zona.

Una vez terminada la oportuna conversación, Quijote y su escudero cargan con aquellos preciados sacos de harina y deciden poner rumbo de vuelta a la ciudad de Alcalá de Henares. Parten al alba tras haber encontrado refugio en la humilde casa del molinero.

Después de un largo día de travesía avistan, por fin, el gran Palacio Arzobispal. Deciden acceder por la parte amurallada y así entrar directamente al interior de la ciudad y ofrecer sus servicios al rey. Nuestros protagonistas son tan generosos que quieren ayudar a todo aquel desfavorecido.

A pocos metros delante de ellos, se distingue una gran multitud.

Algo impactante estaba sucediendo. La ciudadanía de la urbe de Alcalá de Henares había salido a las calles para contemplar por primera vez en su vida la presencia de la princesa Dulcinea.

Era su decimoctavo cumpleaños y, al acercarse a la mayoría de edad, los validos de la corte habían decidido, junto con el rey, que era el momento de que los súbditos la conocieran y dieran cuenta de su gran belleza.

El mundo era algo asombroso para ella, nunca vio la luz solar con sus propios ojos. Su infancia había estado marcada por la pérdida de su madre, y su padre la concienció de que el mundo real era algo peligroso y nunca debía confiar en nadie.

Ella era, a pesar de lo vivido, una muchacha alegre y de gran corazón. Gran amante de los cuadros y los libros de aventuras, ya que, gracias a ellos, podía imaginar cómo era la vida más allá de aquellas paredes de piedra.

220 Las miradas de don Quijote y la princesa se encuentran. Él queda atónito ante su belleza, y ella percibe una sensación extraña, algo inexplicable le recorre por dentro.

Nunca sintió una emoción tan profunda como aquella.

Y entonces, la bella y hermosa Dulcinea del Toboso cayó desplomada al suelo ante todo el pueblo complutense. El bello cuerpo de Dulcinea comenzó a agitarse y a moverse de manera convulsa a un lado y a otro, y a estas gentes se horrorizaron ante el terrible acontecimiento que sus ojos presenciaban. Entonces, desde la posición privilegiada de la que disfrutaba don Quijote, pudo observar como un bello crucifijo de Dios Nuestro Señor caía estrepitosamente, quedando en una desproporcionada y grotesca pose que sugería la forma del Anticristo.

Entre las multitudes, al observar tan oscuro presagio de la mano de la hija de Su Majestad el rey, surgió un grito atronador y gutural, como si de la mismísima muerte proviniese, como si de una sola boca se tratase, y voceaban y gritaban: «¡Bruja, bruja!». Los guardias de la princesa se aprestaron a su defensa, colocándose valerosamente en falange en torno a la desprotegida y yacente princesa. Las multitudes estaban aterrorizadas ante aqueste temible espectáculo.

Don Quijote, valeroso como todos los grandes caballeros, se lanzó contra los despavoridos pueblerinos que huían del

espectáculo que trascendía a sus espaldas, con tan mala suerte que trastabilló torpemente y cayó entre los ciudadanos, siendo maltratado y pisoteado por los transeúntes. Sancho Panza, preocupado por su señor don Quijote, gritó:

—¡Muy señor mío!, ¿dónde os halláis?

—¡Mi fiel Sancho, me hallo a los pies de esta temible bestia conocida como multitud!

—¡Mi muy buen señor!, ¿qué puedo hacer para ayudaros?

—¡Ponte a salvo, mi fiel Sancho, que yo me las apañaré por mi cuenta y bravura!

Los guardas se llevaron a la princesa mientras el capitán tronaba: «¡Llamad al galeno real!».

Lleváronse a la princesa a sus majestuosos aposentos mientras se avisaba al galeno del rey para que preparase un exorcismo para la convulsionante próxima gobernanta. Cuando este arribó, tumbó a su majestad en la cama, sosteniendo en su mano derecha un crucifijo y recitando sagrados versos bíblicos en un idioma desconocido para todos los presentes. Sacó de su bolsillo una ampolla con agua bendita y empezó a arrojarla y verterla sobre el cuerpo de la siguiente heredera al trono.

Una vez el demonio fue expulsado de su frágil y delicado cuerpo, Dulcinea abrió los ojos de color esmeralda, encontrándose frente a ella al galeno, su padre y un cura.

—Oh, hija mía, cuánto me alegro de ver que finalmente el mal endemoniado fue expulsado de tu puro e inocente ser. ¿Cómo te hallas en estos instantes, bella flor?

—Gracias a Dios que os puedo volver a ver, padre. Me siento algo confusa. No recuerdo gran cosa. Tan solo un dolor digno del fuego infernal.

Habiéndose acabado la conversación, Su Majestad empezó a buscar un culpable al que ejecutar por la posesión de la

heredera al trono. Preocupose de encargar esta valerosa misión a un digno caballero, colgando en la puerta de palacio este encargo real con la ganancia de numerosos maravedíes.

Don Quijote y Sancho, presentándose en la Corte con este encargo en mano, se ofrecieron para llevar a cabo dicha tarea. El rey aceptó gustoso, y tanto don Quijote como su fiel escudero partieron en busca del portador del demonio que había poseído a la princesa.

222 Preguntaron a todas las gentes, mas la respuesta era siempre la misma, pues nadie tenía el coraje y la valentía de responder a dicha pregunta. Habiendo una bruja en el pueblo todos temían su poder, ya que años atrás gran multitud de pueblerinos hubieron desaparecido en extrañas circunstancias. Las malas lenguas decían que había sido ella, Heralda.

Tras un duro día de búsqueda sin descanso, fuéronse a descansar a la antigua venta de las afueras del pueblo.

—Sancho, ¿crees que conseguiremos encontrar al culpable de tan terrible posesión?

—Pues no sé, señor mío, pero las tripas me rugen con gana y me comería hasta una rana.

Encontrándose en la puerta de la venta un beodo varón de mediana edad y greñado pelo, don Quijote no pudo frenar el ansia de preguntarle, pues sabía que aquel varón le diría la verdad.

—¿Qué quieres, viejo? —preguntó el borracho con tono hiriente—. Más te vale no malgastar mi tiempo.

Don Quijote tragó saliva.

—No, no, para nada esa es mi intención, caballero, pero sería una gran ayuda si me dijerais dónde vive una tal Heralda. Solo eso, no quiero molestaros más.

De repente se notó un intenso e incómodo silencio en el ambiente, todos los ojos estaban posados sobre don Quijote y

el borracho, el cual ni se inmutó y simplemente se limitó a responder.

—¿Heralda, la vieja chiflada? Sí, claro, si buscas a esa mujer, vete a la casucha negra que se encuentra en la plaza de los Santos Niños, hazme caso que sabrás cuál es al verla.

Así, con esta nueva información, Sancho y don Quijote vieron bien ir a la casa y tratar de resolver todo este barullo.

Cuando llegaron a la vivienda de la tal Heralda, dieron tres golpes en la puerta de madera y les abrió una joven muchacha con pinta de doncella. Tras ella, Quijote y Sancho vislumbraron una figura de un hombre; una criatura con perilla afilada, de semblante altivo y que a primera vista parecía ser manco.

Con su único brazo estaba agarrando con fuerza la cintura de la bruja, que tenía su mirada perdida en ese condenado pelo de don Juan.

—Bienvenido a tu hogar, pequeña criatura mía —dijo con sorna el caballero—. Acomódate tranquilo, pues no eres más que sangre de mi tinta, de mí. Soy Miguel, y mi apellido, Cervantes.



## Capítulo XVII

De cuando don Quijote y  
Sancho regresaron finalmente  
a su hogar

**Autora**

Marinella Terzi



## Capítulo XVII

### De cuando don Quijote y Sancho regresaron finalmente a su hogar

Muy de mañana y sin ver más allá de dos palmos, pues una niebla densa cubría el llano, don Quijote y Sancho Panza salieron de la posada, se montaron en sus respectivas caballerías y emprendieron camino a casa. Ambos sabían que era la última jornada, que la meta estaba cerca y, sin embargo, ninguno de los dos tenía prisa por llegar.

Era una sensación extraña.

Tampoco Rocinante y el burro parecían tener ganas de regresar. Probablemente, tras tanto tiempo allende los mares, no reconocieran el paraje y ese fuera el motivo de que no adoptaran el trotecillo propio de las monturas deseosas por volver a su cuadra habitual.

Callados, taciturnos, iban los jinetes.

Calladas, taciturnas, iban las bestias.

No fue hasta unas cuantas leguas después cuando Sancho osó romper el silencio.

—¡Ay, mi amo, cuán largo se me ha hecho el viaje por las Américas y, en cambio, ahora quisiera alargarlo mucho más! ¡No entiendo qué me pasa!

—Debe ser normal porque a mí me sucede tres cuartos de lo mismo, amigo Sancho. ¡Tantas experiencias, tantos infortunios han marcado nuestros cuerpos y nuestras almas! Pero

ahora llega el instante de la verdad y tememos enfrentarnos a algo para lo que no estamos preparados.

—¿Seguirá todo igual? —se atrevió a preguntar el escudero apartando los ojos del camino y girando la cabeza hacia el caballero, que, ahora que lo observaba con detenimiento, ofrecía un aspecto más escuálido y maltrecho que nunca. Y es que habían sido múltiples los contratiempos, pero también miles las emociones hermosas.

228

—Si es por temer... —confesó don Quijote con pesimismo—, temo, incluso, no disponer ya de la hacienda. En cuanto al ama y a mi sobrina, ¿estarán aguardándome todavía o habrán tomado las de Villadiego?

Sancho suspiró hondo al pensar en sus queridas Teresa y Sanchica. ¿Continuarían también ellas en la aldea? Más anciana la primera, más lozana la segunda, eso sí, pero ¿esperando al hombre de la casa con la ilusión en el rostro? Le podía la duda y optó por no abrir la boca en varias leguas más. ¿Para qué?

Pero, de pronto, se disipó la niebla y un sol naranja asomó, redondo, inmenso, en la línea del horizonte.

—Se acerca la hora —anunció don Quijote, haciendo de tripas corazón, e hincó las espuelas en los costados de Rocinante.

El animal, obediente, viró a un trote ligero.

Por su parte, Sancho chasqueó la lengua para que el burro comprendiera que no debía quedarse atrás.

Allí estaba ya el pueblo y, enseguida, la verja de la hacienda de don Quijote, que ambos cruzaron tiesos, con la mayor apostura posible por lo que pudiera pasar. Al momento, se corrió la cortinilla de la ventana y, casi de inmediato, antes incluso de que la pareja pudiera apearse de sus respectivas monturas, se abrió la puerta de par en par. Ama y sobrina aparecieron en el porche, arboladas y gritando sin parar:

—¡Don Alonso, don Alonso!

—Tío, tío, ¿estáis bien? Creíamos que ya no íbamos a veros nunca más...

Con una sonrisa de alivio, el caballero don Quijote se dirigió hacia ellas, dispuesto a dejarse abrazar, mientras Sancho le seguía a pocos pasos para, cumpliendo las normas de todo buen escudero, proceder a quitarle la armadura si su amo así se lo ordenaba. Pero ambos se detuvieron cuando, a sus espaldas, una voz chillona y familiar pronunció unas palabras verdaderamente crípticas:

—¿Dónde está el carro?

¿Teresa? Sí, era Teresa, la mujer de Sancho, no podía ser otra. Qué rápido había corrido por la aldea la noticia de la llegada de los viajeros.

—¡Teresa! —gritó el escudero y cambió el rumbo de la marcha con intención de saludarla, pero ella se apartó con brusquedad y volvió a la carga:

—¿Dónde está el carro?, digo.

—Pero, el carro..., ¿qué carro? —se extrañó don Quijote entrometiéndose en la conversación.

Y Sancho repitió:

—Sí, ¿qué carro?

—Pues el carro de los tesoros —respondió Teresa con una resolución que dejaba a las claras que le parecía innecesario dar más explicaciones.

Sin embargo, al rato, y viendo que el mutismo se había adueñado de los cuatro, cambió de opinión y añadió:

—Antes de partir, dijiste, Sancho, que en América había minas repletas de oro y piedras preciosas, que había telas nunca vistas, pócimas mágicas que curaban todo tipo de enfermedades, animales desconocidos, alimentos que crecían de la

tierra ilimitadamente... Bueno, pues muy bien, ahora tu amo y tú habéis vuelto, pero ¿dónde está el carro en el que traéis todas esas maravillas? ¿Esas maravillas que me prometiste, y que nos permitirán comprar lo que queramos y comer hasta hartarnos? Nuestra hija ansía vestidos, alhajas, plumas de pavo real y una buena olla podrida cada día en su mesa.

Sancho no encontró palabras para responder a las reclamaciones de su mujer porque, en realidad, no traía nada nuevo que ofrecerle ni a la madre ni a la hija. Pero don Quijote llegó en su auxilio.

230

—Maravillas traemos, por supuesto —afirmó con rotundidad—. Mas son tan maravillosas que no necesitamos ningún carro para transportarlas. Nunca antes nadie ha visto maravillas iguales.

—¿Son invisibles, entonces? —preguntó Teresa con inocencia.

—Invisibles para aquellos que no tienen el don de imaginar. Pero no es tu caso, Teresa. Tú las verás en tu mente cuando yo te hable de ellas. Te lo aseguro. Sin embargo —continuó el caballero don Quijote—, el camino ha sido largo, lleno de aventuras y de experiencias. Muchos los días y muchos los puertos nunca vistos. Por eso, es preciso que Sancho y yo descansemos. Ten paciencia hoy, permite que Sancho y yo reposemos nuestros cuerpos magullados. Y regresa mañana con tu hija al caer la tarde. Mi ama se encargará también de dar aviso al cura, al barbero y al bachiller. Y aquí todos juntos, escuchando mi relato, asistiréis a los mayores portentos que imaginar podáis. Veréis monstruos, gigantes, palacios, navíos y un océano inmenso que oculta secretos insondables. Ah, y os prometo que al acabar la velada cenaréis olla podrida por una vez en la vida —terminó, llevándose la mano a la faltriquera y sacando

unos doblones de oro—, que, aunque son las últimas monedas que me quedan, para celebrar un ágape valdrán. Vamos a tirar la casa por la ventana. Y, después, Dios dirá.

Y así se marcharon todos felices a sus respectivos aposentos, con la esperanza del prodigio que estaba por venir.

Aquí acaba este libro  
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso  
por personas que aman los libros.  
Aquí acaba este libro que tú has leído,  
el libro que ya eres.

Es la primera vez que estudiantes hispanoparlantes de ambos continentes dan vida a Don Quijote, haciendo realidad el sueño de Cervantes, que siempre quiso viajar a aquellas tierras, cosa que le fue negada. Después del tercer y el cuarto *Quijote* escritos por escolares alcalaínos, el quinto amplía sus horizontes y encuentra el apoyo de la creatividad colectiva de cientos de jóvenes estudiantes iberoamericanos que se suman a esta singular aventura literaria. Se ha contado para ello con el apoyo de la Organización de Estados Iberoamericanos, de la Universidad de Alcalá, del Ayuntamiento de Alcalá de Henares y de la editorial Loqueleo / Santillana. El personaje universal vive ahora aventuras sorprendentes que ponen de manifiesto la fortaleza y modernidad del mundo iberoamericano, que, por fin, se une en una extraordinaria hazaña llena de ideas que reflejan el sentir y la visión de las nuevas generaciones. Don Quijote cabalga por quinta vez, y esperamos que no sea la última.

[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

